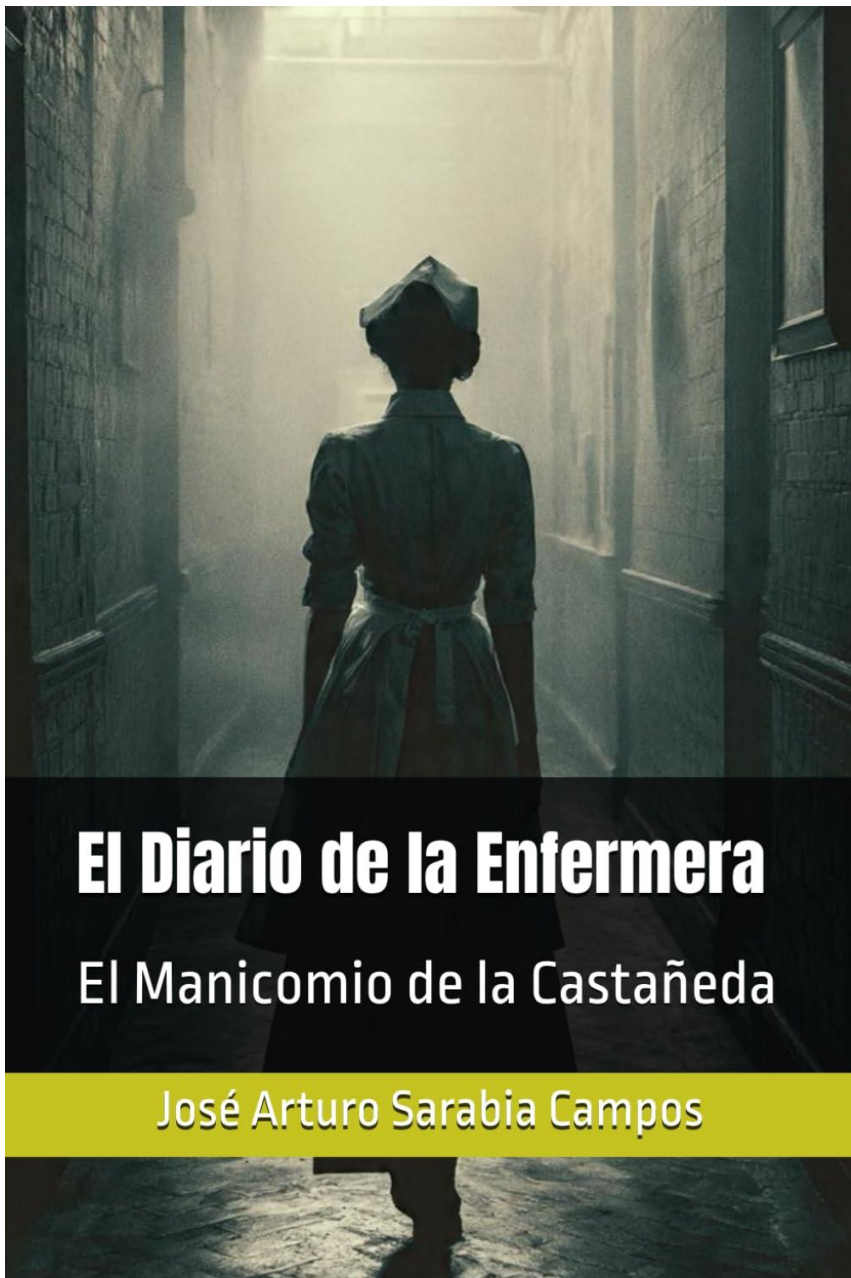


EL DIARIO DE LA ENFERMERA



El Diario de la Enfermera

El Manicomio de la Castañeda

José Arturo Sarabia Campos

EL DIARIO DE LA ENFERMERA

EL DIARIO DE LA ENFERMERA

***UNA CRÓNICA DESDE EL CORAZÓN DEL
MANICOMIO DE LA CASTAÑEDA***

JOSÉ ARTURO SARABIA CAMPOS



EL DIARIO DE LA ENFERMERA

El Manicomio de La Castañeda

Primera edición 2025

© José Arturo Sarabia Campos

© Derechos reservados

ISBN: 9798274443968

Queda estrictamente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular.

ÍNDICE

DEDICATORIA	7
PRÓLOGO	9
CAPÍTULO 1 ¡TODOS MURIERON!	13
CAPÍTULO 2 LOS INTERNOS SE HABÍAN MASTURBADO	22
CAPÍTULO 3 EL HURACÁN DE LA CASTAÑEDA	26
CAPÍTULO 4 LA HISTORIA DE TERESA	42
CAPÍTULO 5 LA HISTORIA DE LUZ DOMÍNGUEZ	49
CAPÍTULO 6 EPILEPSIA, HISTERIA Y MASTURBACIÓN	54
CAPÍTULO 7 ¡PRESENCIÉ UNA MASACRE!	62
CAPÍTULO 8 LA LEONA DEL NOROTAL	75
CAPÍTULO 9 EL ECO DE LA REVOLUCIÓN	85
CAPÍTULO 10 LA CORONELA CLARA DE LA ROCHA	97
CAPÍTULO 11 ME ENCERRARON POR CANTAR	104
CAPÍTULO 12 YO NO NACÍ, A MI ME DESPERTARON	114
CAPÍTULO 13 ME QUITARON A MI BEBÉ	121
CAPÍTULO 14 LA FAMOSA CANCIÓN <<VALENTINA>>	130
CAPÍTULO 15 UNA DE LAS INTERNAS FUE SOLDADERA	139

CAPÍTULO 16 NOCHE BUENA	146
CAPÍTULO 17 LA CORONELA	155
CAPÍTULO 18 RECORRIDO POR EL MANICOMIO	161
CAPÍTULO 19 LA CIUDAD MAS INSALUBRE DEL MUNDO	166
CAPÍTULO 20 EL CORONEL TRANSGENERO	172
CAPÍTULO 21 VIVIAN EN CONDICIONES DE HACINAMIENTO	179
CAPÍTULO 22 WINTER LA NIÑA SAURINA	184
ACERCA DEL AUTOR	192

DEDICATORIA

A los olvidados, a los silenciados, a los que cruzaron las rejas del Manicomio General La Castañeda y dejaron en sus muros un pedazo de su alma. Este libro es para ustedes, cuya existencia fue relegada a los márgenes de la historia, pero cuyo coraje, dolor y humanidad merecen ser recordados. A cada interno que, en medio del hacinamiento, el abandono y el estigma, encontró un instante de dignidad, una chispa de resistencia, o un sueño que el mundo no pudo apagar.

A las mujeres y hombres que, caminaron por los pasillos polvorientos de La Castañeda, llevando en sus manos no solo medicamentos, sino compasión. A las enfermeras que, agotadas por turnos interminables, aún encontraron fuerzas para escuchar; a los doctores que, entre la burocracia y la escasez, buscaron aliviar el sufrimiento; y a los trabajadores sociales que, con el corazón roto, intentaron reunir familias que el tiempo y la pobreza habían fracturado. Este libro es un reconocimiento a su labor, a menudo invisible, que dio un rostro humano a un lugar donde la humanidad era un lujo.

A los revolucionarios que, como Amelio Robles, desafiaron no solo a los ejércitos, sino a las normas de un mundo que los quiso encasillar. A las soldaderas, como Soledad, que cargaron fusiles y esperanzas en los campos de batalla, solo para ser olvidadas en los pabellones del manicomio. A los veteranos cuyos recuerdos de guerra se mezclaron con el humo de la marihuana, al buscar en ella un refugio efímero. Sus luchas, tanto en la trinchera como en la mente, son el latido de esta novela, un homenaje a su rebeldía y su sacrificio.

A los niños como Winter Yrenea, cuyas mentes brillantes y dones extraordinarios fueron temidos. A los que, como ella, pagaron el precio de ser diferentes en un México que aún no sabía comprenderlos. Su breve paso por el mundo, marcado por la

clarividencia y la tragedia, es un recordatorio de que incluso las vidas más cortas pueden dejar un eco eterno. Este libro es para ellos, para que sus historias no se pierdan en las sombras de la superstición o el miedo.

A México, mi patria herida y resiliente, que en 1915 enfrentó el hambre, la guerra y las epidemias, pero nunca dejó de soñar. A sus pueblos, como Xochipala y El Triunfo, donde nacieron héroes y leyendas; a sus ciudades, donde la desigualdad y la esperanza coexisten; y a su gente, que lleva en la sangre la fuerza de levantarse una y otra vez. Este libro es un espejo de sus grietas y su grandeza, una ofrenda a un país que, como La Castañeda, guarda en su interior historias que claman por ser contadas.

Y a ti, lector, que sostienes estas páginas. Que encuentres en ellas no solo el eco de un manicomio, sino el latido de vidas que, aunque olvidadas, aún luchan por ser escuchadas. Que este libro sea un puente hacia su memoria, un acto de justicia para los que ya no están, y un recordatorio de que, incluso en los lugares más oscuros, la humanidad persiste.

Con respeto, José Arturo Sarabia Campos

PRÓLOGO

«El Diario de la Enfermera» es una novela histórica basada en hechos reales. La historia comienza con el hallazgo de unos cuadernos olvidados durante décadas en cajas de cartón en una librería de segunda mano. El empleado que los descubre, al hojearlos, deduce que podrían ser apuntes o, tal vez, un diario.

En estos cuadernos, una enfermera relata con detalle el día a día en el Manicomio General de La Castañeda, ubicado en el antiguo pueblo de Mixcoac, en lo que entonces era el Distrito Federal, hoy Ciudad de México, donde antes se alzaba la hacienda pulquera del mismo nombre. Inaugurado el 1 de septiembre de 1910 por el presidente Porfirio Díaz Mori, en un evento que reunió a la élite de la alta sociedad, el Manicomio fue considerado el más grande y moderno de Latinoamérica. Con una capacidad inicial para 1200 internos, llegó a albergar a más de 3500 personas —hombres, mujeres y niños— en condiciones de hacinamiento.

Durante sus 58 años de operación, atendió a más de 60,000 pacientes. Sin embargo, las denuncias por injusticias y maltratos llevaron a su cierre en 1968, bajo la «Operación Castañeda», ordenada por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, para reubicar a los internos en hospitales psiquiátricos modernos.

El estallido de la Revolución Mexicana, el 20 de noviembre de 1910, marcó los primeros 14 años del Manicomio con condiciones precarias. Médicos y enfermeras enfrentaron adversidades económicas y sociales, pero realizaron esfuerzos extraordinarios para atender a los internos. Las vivencias de esa época, plasmadas en los cuadernos de la enfermera, incluyen historias de pacientes que participaron en la Revolución, héroes anónimos que enorgullecen a México y otros sucesos históricos de gran relevancia.

A continuación, presento algunos ejemplos que ilustran el contenido de este apasionante libro.

En uno de los pabellones, se aplicaba un tratamiento con dosis crecientes de insulina para inducir un coma insulínico, revertido luego con azúcar. En una ocasión, debido a la escasez de suministros, una enfermera confundió una bolsa de ácido oxálico —usado para limpiar pisos— con azúcar, lo que provocó la muerte de varios pacientes en un trágico error.

Otro relato describe cómo, durante la Revolución Mexicana, el Manicomio fue tomado en dos ocasiones por las fuerzas zapatistas de Emiliano y Eufemio Zapata. Enfrentados a los «Carranclanes», soldados carrancistas leales a Venustiano Carranza, los zapatistas lucharon por el control de Mixcoac, lo que causó daños significativos en La Castañeda, incluida la destrucción parcial de las viviendas de los médicos y la casa del administrador. En la primera toma, los revolucionarios se llevaron 200 gallinas, 3 conejos y 16 cabras; en la segunda, una máquina de escribir Oliver, 39.64 pesos, 202 sarapes y 10 rebozos. Antes de retirarse, dieron de alta a tres internos y un profesor como soldados zapatistas, bajo órdenes del general Sandoval.

La enfermera también narra su indignación al ser enviada a verificar si los internos se habían masturbado durante la noche, una práctica considerada entonces «locura amoral» y tratada en el Manicomio, aunque se creía que las mujeres rara vez la padecían. Otro caso es el de Teresa, una joven diagnosticada con histeria, locura moral e imbecilidad. Su madre, quien la internó, señaló que Teresa asistía a fiestas populares —algo inapropiado para su clase— y había escrito cartas de amor con contenido erótico a su antiguo novio, lo que se consideraba inmoral para una mujer de buena posición.

Luz Domínguez, otra paciente, ingresó el 28 de septiembre de 1911 acompañada de su esposo. Relató que, tras sufrir enfermedades en su juventud y nerviosismo desde los 15 años,

contrajo fiebre puerperal tras su matrimonio, lo que derivó en un estado de nerviosismo agudo. Aunque los viajes y distracciones aliviaron su condición, el consumo excesivo de alcohol por prescripción médica la llevó a la dipsomanía. La infidelidad de su esposo y las dificultades emocionales la condujeron a recaídas, pasando por el Hospital de La Canoa antes de ser internada en La Castañeda.

La enfermera describe además la epilepsia, clasificada en la época en «gran mal» —convulsiones y caídas— y «carácter epiléptico», asociado a comportamientos como maltrato animal o agresiones. Considerada una enfermedad de «degenerados», se relacionaba con vicios como el alcoholismo o prácticas sexuales anormales. Los epilépticos eran aislados para evitar la «degeneración de la raza», un concepto entonces vigente, y el Manicomio buscaba proteger a la sociedad de conductas escandalosas.

Otro relato aborda la histeria femenina, atribuida a excesos como escuchar música, frecuentar el teatro, usar perfumes, consumir café, té, cocaína (usada como medicamento), morfina, o practicar la masturbación. Se creía que la ociosidad, fomentada por una educación que priorizaba la belleza y los modales, y el uso de corsés restrictivos, contribuían a esta condición.

Un caso notable es el de una joven de 19 años, ingresada en 1911 por histeria aguda y trasladada a La Castañeda por orden judicial. Diagnosticada con locura moral, manifestaba actos impulsivos y comportamientos considerados «perversos». Su madre denunció una posible violación por dos empleados, pero el juez cuestionó si la joven podría haberse «desflorado» sola, dado su diagnóstico. Los médicos confirmaron que la joven estaba desflorada desde hacía años y que, debido a su excitación, requería de cuatro a seis hombres para sujetarla.

Si estas historias te han cautivado, te aseguro que son solo una muestra de los fascinantes relatos que encontrarás en El Diario de la Enfermera.

El autor

CAPÍTULO 1 ¡TODOS MURIERON!

El aire en la librería de mi padre era una mezcla embriagadora de papel envejecido, tinta desvaída y recuerdos que nadie había reclamado. Era un aroma que se adhería a la piel, cálido como una manta vieja, pero con un peso que a veces se sentía asfixiante. La librería, con sus estanterías de madera torcida y pilas de libros apilados como torres al borde del colapso, había sido alguna vez un santuario para los amantes de las letras. Décadas atrás, según mi padre, las personas entraban con los ojos brillantes, en busca de historias, conocimiento o solo el consuelo de una página bien escrita. Ahora, en un mundo dominado por pantallas brillantes y algoritmos que dictaban qué pensar, la librería era poco más que un mausoleo de papel, un recordatorio de una era que se desvanecía. Apenas generaba lo suficiente para cubrir las facturas, y cada mes era una lucha para no caer en el abismo financiero.

Mi padre, un hombre de sesenta años con el rostro surcado por arrugas y ojos cansados que aún guardaban un brillo obstinado, se aferraba a la librería como si fuera su propio corazón. Creía en el valor de cada libro, incluso en aquellos que acumulaban polvo en los rincones más olvidados del local. Yo, en cambio, no compartía su romanticismo. Para mí, los libros eran polvo. Polvo que se metía en mi nariz, irritaba mis ojos y desencadenaba una sinfonía de estornudos que me recordaban, con cada caja que abría, lo mucho que detestaba mi alergia. Había crecido entre estas paredes, ayudaba a mi padre desde que era un niño, pero nunca había sentido la misma conexión con los libros. Para mí, eran un trabajo, una obligación, no una pasión.

Hace unos días, una llamada rompió la monotonía de nuestra rutina. Alguien ofrecía un lote de libros antiguos, un tesoro raro en un mundo donde los libros impresos eran reliquias de un

pasado olvidado. Mi padre, con la chispa de un cazador de antigüedades, dejó todo lo que hacía y salió de inmediato a evaluar la mercancía. Su entusiasmo era casi infantil, una mezcla de esperanza y nostalgia que rara vez veía en él.

—¡Esto podría ser grande, hijo! —me comentó, con una voz que aún resonaba con ecos de los días en que la librería estaba llena de clientes, cuando las campanas de la puerta tintineaban sin cesar y las risas llenaban el aire.

Como siempre, el trabajo pesado me tocó a mí. Revisar cajas, clasificar títulos, limpiar el moho y el polvo, buscar ese libro especial —por su antigüedad, su tema o su autor— que pudiera significar una venta importante. Una venta que nos sacara, aunque fuera por un mes, del borde del precipicio financiero. No era una tarea que disfrutara, pero lo hacía por él. Por la chispa en sus ojos, por la fe que aún tenía en un negocio que el mundo había dejado atrás.

Esa mañana, el sol apenas lograba filtrarse por las ventanas empañadas de la trastienda, proyectaba una luz opaca sobre el caos de cajas y estanterías. Me puse los guantes de látex, más por mi alergia que por cuidado, y enfrenté el nuevo lote. La primera caja era una bestia: grande, pesada, atada con mecates deshilachados que parecían a punto de desintegrarse con el menor roce. Al cortarlos con el cúter, una nube de polvo se alzó como una maldición antigua, envolviéndome en un torbellino de partículas que me hizo toser y estornudar. Mientras agitaba las manos para despejar el aire, algo salió disparado de entre los libros. Arañas, cucarachas, pequeñas sombras que se escabullían hacia las grietas del suelo de madera. Me estremecí, pero seguí adelante. Había aprendido a ignorar las náuseas que me provocaba el olor a humedad, el crujido de las páginas quebradizas y el cosquilleo de mi piel al imaginar insectos que corrían por ella.

Pasé horas para clasificar el contenido de las cajas. Encontré un tomo de historia de México con grabados tan desvaídos que apenas se distinguían los contornos de los personajes. Había un manual de botánica con ilustraciones de plantas que parecían sacadas de un sueño febril, sus colores aún vibrantes a pesar del paso del tiempo. También descubrí un tratado de medicina tan antiguo que sus diagramas parecían más magia que ciencia, con dibujos de órganos y venas que parecían trazados por un alquimista. Cada libro era un recordatorio de un mundo que ya no existía, de conocimientos que habían sido reemplazados por bases de datos y algoritmos. Mis ojos lagrimeaban, mi nariz goteaba, pero seguí, impulsado por la esperanza de encontrar algo valioso. Algo que le diera a mi padre una razón para sonreír, algo que justificara su fe en este lugar.

Entre el montón, una caja más pequeña llamó mi atención. No era como las demás, que tenían la palabra «libros» garabateada en letras torpes con un marcador gastado. Esta era diferente, casi secreta. Más ligera, con el cartón arrugado y manchas oscuras que sugerían años de abandono en un sótano húmedo. La acerqué con cuidado, como si temiera despertarla. El cúter cortó los mecates con un chasquido seco, y al abrir la tapa, un olor fétido me golpeó: una mezcla de humedad, vejez y algo tal vez orgánico que me hizo arrugar la nariz. Dentro, envuelto en sombras, había un uniforme. Alguna vez debió haber sido blanco, pero ahora era un lienzo amarillento, salpicado de manchas que parecían orines de ratón. La tela estaba podrida, deshilachándose en los bordes, aunque su forma sugería que había pertenecido a una enfermera. Me imaginé a su dueña, hace décadas, mientras recorría por los pasillos de un hospital con pasos firmes, el uniforme impecable, la cabeza en alto.

Exploré la caja como un arqueólogo en una tumba olvidada. Encontré revistas con portadas descoloridas, sus titulares apenas legibles bajo capas de tiempo. Había un par de zapatos blancos, compañeros del uniforme, con las suelas desgastadas y el cuero

cuarteado. También descubrí monedas antiguas, con rostros de presidentes que ya nadie recordaba, y billetes arrugados que valían más como curiosidad que como dinero. Encontré un reloj de mujer, detenido para siempre en las tres y cuarto, con la correa de cuero agrietada. Había canicas de vidrio opaco, pasadores oxidados, ligas quebradizas y juegos de mesa que me arrancaron un destello de nostalgia: La Oca, Serpientes y Escaleras, con tableros desvaídos pero intactos, como si esperaran a que alguien volviera a jugar.

Entonces, en el fondo de la caja, bajo una capa de polvo que parecía arena del tiempo, encontré tres cuadernos. Eran pequeños, con tapas de cartón mordisqueadas por ratones y manchas de humedad que se extendían como venas. Los tomé con cuidado, temía que se deshicieran en mis manos. Al abrir el primero, las páginas amarillentas crujieron, y una letra manuscrita, precisa pero desvaída, llenó mi vista. Era un diario, o quizás el cuaderno de trabajo de la enfermera cuyo uniforme había encontrado. Las primeras líneas hablaban de internos, terapias, medicamentos, pabellones. Cada palabra era un eco de un mundo perdido, de un lugar donde la vida y la muerte se cruzaban en cada turno.

Decidí llevarme los cuadernos a casa. Había algo en ellos que me atraía, como si sus páginas guardaran un secreto que necesitaba ser escuchado. Esa noche, después de un día agotador, me acomodé en la cama con una lámpara tenue y el primer cuaderno en las manos. El silencio de la casa, roto solo por el tic-tac de un reloj viejo en la sala, me envolvió. Abrí el cuaderno con cuidado, y las primeras líneas me arrastraron a otro tiempo, a un lugar que olía a desinfectante y desesperación: el Manicomio de la Castañeda.

18 de marzo de 1912, Manicomio General de La Castañeda, Mixcoac.

Hoy me levanté con el corazón ligero, como si el mundo aún tuviera espacio para la esperanza. Desayuné con mi mamá en la cocina, rodeada por el aroma del café recién hecho y el pan calentándose en el comal. Hablamos de cosas simples: el vecino que siempre llegaba tarde, la radio que no dejaba de sonar música ranchera, el gato que se colaba en el patio para robar sobras. Mi mamá me dio su bendición, como siempre, con un gesto tierno que me hacía sentir protegida. Me despedí con un beso en la mejilla, tomé mi bolso, ajusté mi uniforme blanco —aún impecable, recién planchado— y caminé hacia el Manicomio de la Castañeda. Cada paso que daba estaba cargado de emoción. Había soñado con esto desde niña: ayudar, curar, ser un faro de consuelo en un lugar donde la luz parecía escasa.

El manicomio se alzaba como una fortaleza sombría, con sus paredes grises y sus ventanas enrejadas que parecían mirar al mundo con desconfianza. El aire estaba cargado de un silencio opresivo, roto solo por los murmullos lejanos de los internos y el eco de pasos en los pasillos de piedra. Registré mi entrada en la recepción, donde una recepcionista de rostro cansado apenas levantó la vista de su escritorio. Me reuní con mis compañeras en la sala de enfermeras, un cuarto pequeño con paredes descascaradas y un olor a alcohol medicinal que se pegaba a la piel. Ahí estaba Esther, una enfermera nueva, con los ojos brillantes pero nerviosos, como si aún no supiera si pertenecía a este lugar. Nos dieron las indicaciones del día: asistir al Dr. Martínez en una terapia de insulina para veinte internos, hombres y mujeres, en el pabellón sur.

El Dr. Martínez era un hombre de pocas palabras, con el rostro marcado por arrugas que parecían talladas por años de decisiones difíciles. Nos guio al pabellón, un salón largo y frío con camas alineadas como soldados en formación. Los internos ya estaban allí, algunos sentados, otros miraban al vacío con expresiones que parecían atrapadas entre el miedo y la resignación. Sus rostros eran un mosaico de emociones: algunos

mostraban un destello de esperanza que se apagaba rápido, otros parecían haber olvidado cómo sentir. Intentábamos aliviar la tensión con bromas suaves, con palabras que pretendían ser un bálsamo.

—No se preocupen, es solo un piquetito —decía Esther, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Me acerqué a Lupita, una interna de unos cuarenta años con el cabello gris y una mirada que me recordaba a mi mamá. Le tomé la mano, al tiempo que sentía la fragilidad de sus dedos, y le prometí que todo estaría bien.

—Confía en mí —le dije, y ella asintió con una sonrisa frágil, como si quisiera creerme.

Preparamos el instrumental con la precisión de un ritual. Las jeringas brillaban bajo la luz pálida de las lámparas, y el aire se llenó del tintineo del metal contra el vidrio. La terapia de insulina era una práctica común en el manicomio: dosis crecientes para inducir un coma controlado, un estado que, según los médicos, podía «reiniciar» la mente de los pacientes. Luego, los despertábamos con azúcar, que los familiares traían en pequeñas bolsas de papel porque el hospital siempre estaba corto de recursos. Esther se ofreció a ir a la bodega por el azúcar, y regresó con una bolsa que dejó sobre la mesa. Nadie revisó el contenido. Nadie dudó.

Comenzamos a administrar las dosis. Uno a uno, los internos se deslizaban en un sueño profundo, sus cuerpos relajándose sobre las camas. Lupita fue la última. Le acaricié la mano mientras la insulina entraba en su cuerpo, y sus párpados se cerraron con suavidad.

—Descansa, todo estará bien —murmuré, más para mí que para ella.

Entonces, llegó el momento de despertarlos. Esther vertió el contenido de la bolsa en un recipiente, y preparamos las

soluciones. Una a una, las jeringas se llenaron, y comenzamos a inyectar. El primero en reaccionar fue un hombre joven, de unos veinte años. Su cuerpo se convulsionó, sus ojos se abrieron de golpe, y un grito gutural escapó de su garganta. Pensé que era normal, una reacción al despertar. Pero entonces, otra interna comenzó a temblar, su piel palideció como si la vida se le escapara. Luego otro, y otro. El pabellón se llenó de jadeos, espasmos, gritos que no parecían humanos. Corrí hacia Lupita, que yacía inmóvil, con los labios azules y los ojos entreabiertos, como si mirara un abismo invisible.

—¡Lupita, despierta! —grité, sacudiéndola. Pero no respondió.

El Dr. Martínez irrumpió en el pabellón, su rostro desencajado.

—¡Qué pasa! —rugió, mientras revisaba a los internos uno por uno.

Sus manos temblaban mientras tomaba el pulso, comprobaba pupilas, buscaba signos de vida. Esther y yo nos mirábamos, paralizadas, mientras el caos se apoderaba del salón. De pronto, el doctor tropezó con la bolsa de papel, que cayó al suelo con un golpe sordo. El contenido se derramó: un polvo blanco, fino, que no parecía azúcar. Martínez lo tocó, lo olió, y su rostro se transformó en una máscara de horror.

—¡Ácido oxálico! —gritó, su voz quebrándose—. ¡Esto es ácido oxálico, no puede ser!

El mundo se detuvo. Ácido oxálico. Un veneno usado para limpiar los pisos del hospital. No azúcar. No vida. Muerte. Mis piernas cedieron, y caí de rodillas junto a la cama de Lupita, cuya mano aún sostenía. Sus dedos estaban fríos, rígidos.

—No, no, no... —susurré, mientras las lágrimas quemaban mis mejillas.

A mi alrededor, el pabellón era un infierno: enfermeras corrían, internos se convulsionaban, el Dr. Martínez gritaba órdenes que nadie podía cumplir. Veinte vidas se apagaban ante nuestros ojos, y la culpa, como una sombra negra, se cernía sobre nosotras.

La policía llegó poco después, junto con hombres de traje oscuro que parecían más sombras que personas. Nos llevaron a una oficina pequeña, con una sola bombilla que colgaba del techo. El interrogatorio fue un torbellino de preguntas, acusaciones, miradas que cortaban como cuchillos.

—¿Quién trajo la bolsa? ¿Por qué no revisaron? ¿Saben lo que han hecho?

Esther estaba hecha un ovillo, sollozaba y repetía que no lo sabía, que nunca quiso esto. Yo apenas podía hablar, mi voz atrapada en un nudo de terror y dolor. Pensé que nos arrestarían, que pasaríamos el resto de nuestras vidas en la cárcel por un error que no podíamos deshacer. Recé, con cada fibra de mi ser, rogándole a Dios que nos sacara de esto.

Por algún milagro, nos dejaron ir. Pero la libertad no trajo alivio. Cuando llegué a casa, el peso de lo sucedido me aplastó. Mis padres me encontraron en la puerta de la vecindad, con el rostro hinchado de tanto llorar. Les conté todo, entre sollozos que apenas me dejaban respirar. Mi mamá me abrazó, me preparó un té de manzanilla que temblaba en mis manos.

—Todo va a estar bien, hija —dijo, pero sus palabras sonaban huecas.

No podía comer, no podía dormir. Los rostros de los internos —Lupita, el joven de los gritos, la mujer de mirada vacía— se repetían en mi mente como un carrusel macabro. Les había pedido que confiaran en mí. Y ahora estaban muertos.

Cerré el cuaderno con un golpe seco, mi corazón latía como si quisiera escapar de mi pecho. El silencio de mi habitación se

sentía opresivo, como si las paredes mismas guardaran el eco de aquella tragedia. La enfermera, cuyo nombre aún no conocía, había escrito esas palabras con una mezcla de dolor y desesperación que traspasaba las décadas. Podía imaginarla, sola en su cuarto, con la pluma temblorosa en su mano, intentaba encontrar sentido en un día que lo había cambiado todo.

Me recosté, al tiempo que miraba el techo, aunque no podía cerrar los ojos. La imagen de Lupita, con sus labios azules y su mano fría, se mezclaba con el olor a polvo de la librería, con el crujir de las páginas del diario. ¿Quién era esta enfermera? ¿Qué pasó después de esa tragedia? Los otros dos cuadernos estaban en mi mesa de noche, a la espera. Pero esa noche, no pude seguir leyendo. El horror de lo que había descubierto era demasiado grande, demasiado real. Sin embargo, sabía que no podría resistirme. El diario me había atrapado, y sus secretos, como fantasmas, me seguirían hasta que conociera toda la verdad.

CAPÍTULO 2 LOS INTERNOS SE HABÍAN MASTURBADO

Hoy terminé de leer un relato en uno de esos cuadernos polvorientos que guardo de manera celosa bajo mi cama, y su impacto me ha perseguido todo el día. No puedo dejar de pensar en él. La historia de esa enfermera, atrapada en las entrañas de un lugar tan opresivo como el Manicomio de La Castañeda, me ha removido de una manera que no esperaba. Sus palabras, impregnadas de una humanidad frágil y a la vez resistente, pintaron un cuadro tan vívido que sentí los muros de ese lugar cerrándose a mi alrededor. La vida dentro de ese manicomio, con sus paredes que ocultaban tanto sufrimiento, me parecía un mundo lejano, casi de otro tiempo, pero al mismo tiempo tan cercano. La voz de esa joven enfermera, su lucha por aferrarse a la esperanza en un entorno que parecía diseñado para apagarla, me atrapó desde la primera línea. Su diario, su refugio en el papel, era más que un simple registro: era un salvavidas, un grito mudo contra la desesperación.

Me pregunté cómo alguien tan joven podía soportar la carga de trabajar en un lugar así. ¿Cómo podía una mujer, que apenas comenzaba su vida, enfrentar tareas tan crueles como inspeccionar la intimidad de los internos? Esa escena, en particular, me dejó un nudo en el estómago. La idea de violar la privacidad de personas ya despojadas de tanto me resultó insoportable. Me hizo reflexionar sobre cuánto hemos avanzado —o cuán poco— en el respeto por la dignidad humana. ¿Es posible que, incluso hoy, justifiquemos prácticas que deshumanizan en nombre de la «ciencia» o la «moral»? Ese relato me obligó a mirar dentro de mí, a cuestionarme dónde trazamos la línea entre el cuidado y la crueldad.

22 de marzo de 1911, Manicomio General de La Castañeda,
Mixcoac

El sol se alzaba radiante sobre los muros del Manicomio General de La Castañeda, al bañar los jardines con una luz dorada que parecía susurrar promesas de esperanza, aunque todos sabíamos que era una ilusión fugaz. Los pasillos, flanqueados por jardineras rebosantes de flores multicolores —rosas, claveles, buganvillas—, exhalaban un perfume delicado que se mezclaba con el canto de las aves que anidaban en los árboles centenarios. Era un contraste cruel, casi burlón, con los gritos ahogados que a veces se escapaban de los pabellones, como si los muros mismos lloraran. Este lugar, construido en los terrenos de una antigua hacienda pulquera, según contaban mis abuelos, había sido diseñado con la noble intención de sanar a los enfermos mentales. El aire puro, los espacios abiertos, la belleza de los jardines: todo prometía ser un refugio para almas atormentadas. Pero en el fondo, todos sabíamos la verdad. La Castañeda no era un santuario; era un depósito para los olvidados, para aquellos cuyas verdades la sociedad prefería encerrar tras estas paredes de piedra.

Soy una de las enfermeras de nuevo ingreso. Cada mañana, cuando cruzo el portón principal, siento un nudo en el estómago, una mezcla de temor, fascinación y un inexplicable deseo de entender. Mi padre nunca aprobó que trabajara aquí.

—¡Todos están locos ahí dentro! —me repetía, su rostro ensombrecido por la preocupación—. Te puede pasar algo, hija. Ese no es lugar para una muchacha decente como tú.

Pero yo, obstinada, veía en este manicomio algo más que un lugar de locura. Creía —o quería creer— que aquí podría encontrar un propósito, una manera de aliviar, aunque fuera de manera mínima, el sufrimiento de los que residen entre estos muros. Quería entender el alma humana, sus fracturas, sus abismos. Tal vez, en el fondo, también quería probarme a mí misma.

Aprovecho un breve descanso para escribir en mi diario, un hábito que me ancla a la cordura en medio de este caos. Estas

páginas son mi refugio, mi confidente silencioso. En ellas descargo el peso de los días, las dudas, los miedos. Pero el tiempo apremia. La jefa de enfermeras, doña Mercedes, me espera para asignarme mi próxima tarea. Su presencia impone un respeto casi intimidante, con su voz seca y su mirada que parece capaz de atravesar el alma. Sea cual sea la tarea, prometo ante estas páginas que nada arruinará mi espíritu. No hoy.

Sin embargo, mi encuentro con doña Mercedes puso a prueba esa promesa. Con su tono cortante, me asignó una labor que me dejó helada.

—Vas a ir al pabellón de hombres —dijo, sin levantar la vista de sus papeles—, debes verificar si alguno se ha... bueno, si se han masturbado.

Sus palabras cayeron sobre mí como un balde de agua fría. El rubor subió por mis mejillas, y un torbellino de emociones — indignación, vergüenza, incredulidad— me envolvió. ¿Cómo podía ser parte de mi trabajo invadir la intimidad de estos hombres? ¿No era suficiente con el sufrimiento que ya cargaban, con las cadenas invisibles que los ataban a este lugar? La sola idea de entrar al pabellón y enfrentarme a sus miradas me resultaba insoportable. Imaginé sus rostros, algunos confundidos, otros desafiantes, mientras yo, una extraña, cumplía con una orden que me parecía absurda y humillante, tanto para ellos como para mí.

Según los médicos, estos hombres padecen una enfermedad mental relacionada con la masturbación, un «trastorno grave» que justifica esta vigilancia invasiva. Sin embargo, ¿acaso no merecen un mínimo de dignidad? Me pregunto si, dentro de cien años, la ciencia encontrará una cura para este supuesto mal. Tal vez entonces puedan vivir libres, con esposas que los comprendan, que atiendan esas «necesidades» que, según nos dicen, son inherentes a su naturaleza. Nosotras, las mujeres, se nos enseña que somos más fuertes, que podemos controlar nuestros deseos, que nuestra virtud nos eleva por

encima de tales impulsos. Pero ¿y si no es así? ¿Y si también nosotras cargamos deseos que el mundo condena, solo que no nos atrevemos a nombrar? Estas preguntas me persiguen, aunque no tengo respuestas.

No le contaré esto a mis padres. Si tan solo imaginaran las tareas que me asignan, me sacarían de aquí a rastras. Recuerdo sus advertencias, sus súplicas para que buscara un trabajo «más apropiado». Pero yo, terca, insistí en quedarme. No podía rendirme tan pronto.

Cuando regresé al pabellón, escuché las risas sofocadas de mis compañeras.

—Es una novatada —me susurró Rosario, una enfermera joven con una chispa de picardía en los ojos—, no te espantes si los ves... bueno, ya sabes, en plena acción, a la luz del día.

Las demás rieron, y yo sentí una mezcla de alivio y enojo. ¡Canijas! Me habían hecho caer en su juego, pero juré que no me verían doblegarme. Con el corazón aún acelerado, regresé con doña Mercedes y, con la voz más firme que pude reunir, le informé que todo estaba en orden en el pabellón. Ella asintió sin mirarme, despachándome con un gesto seco.

Respiré hondo, para tratar de recuperar mi optimismo. Como escribí al amanecer, nada arruinaría mi día. Estos internos, después de todo, son almas enfermas, atrapadas en sus propios tormentos. Mi trabajo es cuidarlos, no juzgarlos. Si esta es la prueba que debo pasar para ganarme un lugar aquí, que así sea. Pero en el fondo, una voz me susurra que este lugar, con sus muros y sus reglas, podría cambiarme más de lo que estoy dispuesta a admitir.

CAPÍTULO 3 EL HURACÁN DE LA CASTAÑEDA

Entre los numerosos relatos que he leído, pocos han logrado dejar una huella tan profunda en mi alma como la historia de Amalia García. Su vida, un torbellino de rebeldía, pasión y tragedia, se grabó en mi mente como un incendio que no se apaga. Amalia no era una mujer común; era una fuerza indomable, una chispa que desafiaba las normas de una sociedad que no sabía cómo contenerla. Su bisexualidad, su promiscuidad, su vida desenfundada y su negativa a doblegarse la convirtieron en un enigma, en una figura que no encajaba en ningún molde. Los diagnósticos que le imponían —locura moral, perversión sexual, dipsomanía, toxicomanía— eran más un reflejo de los prejuicios de la época que una descripción justa de quién era. Amalia vivía sin miedo a sus deseos, y esa valentía la hacía tanto fascinante como temida. Su historia, marcada por fugas, incendios y enfrentamientos, era un desafío constante al mundo que intentaba encerrarla.

La primera vez que conocí a Amalia García fue un día gris, impregnado del olor a humedad y desinfectante que caracterizaba los pasillos del Manicomio General de La Castañeda. Doña Mercedes, la jefa de enfermeras, me llamó a su despacho con su habitual tono autoritario. Sus ojos, siempre alerta, parecían cargar con el peso de un lugar que albergaba almas rotas.

—Necesito que vayas al pabellón de mujeres —me dijo, sin levantar la vista de los papeles que revisaba—. Hay una interna en observación. Quiero que la vigiles de cerca.

No me dio más detalles, solo señaló con un gesto vago el camino hacia el pabellón. Mientras caminaba por los corredores, el eco de los gemidos de las internas y las voces apresuradas de las enfermeras componían una sinfonía inquietante. El aire estaba cargado de una tensión que parecía adherirse a las paredes. Al llegar al pabellón, me deslicé con sigilo hacia el escritorio donde descansaban los expedientes, ansiosa por saber a quién debía

cuidar. Tomé el archivo con el nombre de Amalia García, escrito en tinta negra, y sentí que esas letras cargaban un peso que trascendía el papel.

Me acerqué a su cama, una estructura de hierro oxidado que parecía más una prisión que un lugar de descanso. Amalia estaba recostada, su figura frágil contrastaba con la intensidad que desprendía. Su rostro, pálido como la luna, estaba enmarcado por mechones de cabello oscuro que caían en desorden. Sus ojos, perdidos en algún horizonte invisible, parecían contener un universo de emociones. Me presenté con suavidad, trataba de no perturbar el frágil equilibrio de su mundo.

—Amalia, soy la enfermera —dije, al tiempo que mantenía la voz baja—. Estaré aquí para cuidarte. Si necesitas algo, solo dímelo.

Ella alzó la mirada, y por un instante, sus ojos se encontraron con los míos. En ese destello fugaz, vi una chispa de humanidad, un espíritu que el mundo aún no había logrado apagar. Había algo en ella que me intrigaba, algo que me hacía querer entenderla, a pesar de las advertencias implícitas en su expediente.

Con el paso de los días, logré ganarme su confianza. Amalia comenzó a hablar, y su voz, aunque temblorosa, estaba cargada de una intensidad que me atrapaba. Cada palabra suya era como un hilo que desenredaba el ovillo de su vida, una historia marcada por el dolor, la rebeldía y un ansia insaciable de libertad.

—Mi vida no ha sido fácil —comenzó una tarde, mientras el sol se filtraba por las rejas de la ventana y bañaba el pabellón en una luz mortecina—. Nunca he encajado, y nunca lo haré.

Su relato me llevó a los orígenes de su tormento. Amalia tenía apenas 19 años cuando su madre, una mujer de rostro endurecido por la vida, la llevó por primera vez a un hospital psiquiátrico. Era diciembre de 1909, y el destino elegido fue el

Hospital de Mujeres Dementes del Divino Salvador, conocido como «La Canoa». Ese lugar, con sus muros húmedos y sus celdas oscuras, era más una prisión que un centro de curación. Las internas, atrapadas en un sistema que las deshumanizaba, eran tratadas con desprecio, como si su sufrimiento fuera un delito. Allí, los médicos diagnosticaron a Amalia con «histeria aguda», un término vago que servía para etiquetar a cualquier mujer que se atreviera a desafiar las normas. Tras cinco meses de encierro, el doctor Ernesto Rojas la declaró «curada» y la envió de vuelta a casa. Pero la libertad fue solo un espejismo.

Diez meses después, en marzo de 1911, su madre, incapaz de lidiar con la naturaleza indomable de Amalia, decidió internarla de nueva cuenta. La Canoa ya había cerrado, así que Amalia fue remitida al Manicomio de La Castañeda por orden del Juzgado Séptimo de Instrucción. Esta vez, el diagnóstico fue aún más cruel: «imbecilidad». Sin embargo, el director del manicomio, un hombre de mirada severa y protocolos estrictos, se resistió a aceptarla. Argumentó que no traía los dos certificados médicos requeridos, un requisito burocrático que parecía más un obstáculo que una medida de protección. La madre de Amalia, con una determinación que rayaba en la obsesión, logró obtener los documentos, y así comenzó el segundo capítulo del calvario de su hija.

En La Castañeda, los médicos realizaron una nueva evaluación. Descartaron la imbecilidad, pero en su lugar la etiquetaron con «locura amorala», un diagnóstico que la condenaba por sus «actos impulsivos, repugnantes y llenos de perversión sexual». Esas palabras, frías y despectivas, resonaban en el expediente como un martillo que golpeaba un clavo. Amalia, con lágrimas contenidas, me confesó una tarde que nunca entendió por qué la veían como un monstruo.

—Solo quería vivir —dijo, con la voz quebrada—. Solo quería sentir algo más que dolor.

Su confesión me golpeó como un viento helado. En sus palabras había una verdad cruda, una súplica que el mundo parecía ignorar. Amalia no era solo una interna; era una mujer atrapada en un sistema que castigaba su esencia, que la encerraba por atreverse a ser ella misma.

Un día, doña Mercedes me llamó de nuevo a su despacho. Me entregó un folder con un aire de gravedad que no podía ignorar.

—Léelo con cuidado —me advirtió, su voz baja pero firme—. Es un interrogatorio para el juez. Está relacionado con una denuncia que la madre de Amalia presentó contra dos empleados del manicomio. Acusaciones graves. Sé discreta y llévaselo al mensajero cuando termines.

Me retiré a una de las jardineras del patio, donde las flores, con su falsa alegría, parecían burlarse de la tragedia que sostenía en mis manos. Abrí el folder, y cada pregunta del interrogatorio me heló la sangre:

1. Si tomamos en cuenta que la señorita Amalia García padece de sus facultades mentales, ¿sería posible que todo hubiera sido producto de su imaginación?

Los médicos respondieron con ambigüedad, incapaces de confirmar o desmentir la acusación. Sin embargo, señalaron que Amalia sufría de «locura moral» desde hacía años y que era una «pervertida sexual» por naturaleza, como si eso invalidara su testimonio.

2. ¿Cabría la posibilidad de que ella misma se hubiera desflorado, si tomamos en cuenta su locura?

La respuesta fue devastadora: según los médicos, Amalia estaba «desflorada desde hacía muchos años» y acostumbrada a masturbarse, al introducir en su vagina objetos «voluminosos y extravagantes» ideados por ella misma. Las palabras, escritas

con una frialdad clínica, reducían su humanidad a un puñado de juicios.

3. Si algún hombre le propusiera tener sexo, ¿ella aceptaría bajo su consentimiento?

Los médicos afirmaron, con una certeza que me revolvió el estómago, que Amalia estaba acostumbrada a tener relaciones sexuales con hombres y mujeres, como si su promiscuidad justificara cualquier abuso.

4. Si tomamos en cuenta su constitución física, ¿cabría la posibilidad de que un hombre robusto la pudiera violar?

La respuesta fue aún más contundente: cuando Amalia entraba en crisis, hacían falta entre cuatro y seis hombres para sujetarla, lo que hacía «imposible» que alguien la dominara sin su consentimiento.

El juez, en una nota final, pidió que se aclarara si Amalia carecía del uso de la razón, pues de ello dependía la aplicación del artículo 796 del Código Penal contra los acusados. Los doctores Mesa Gutiérrez y Sunderland certificaron que Amalia tenía pleno uso de la razón, sin retraso mental, pero que su «perversión sexual» era congénita, una «tendencia bestial irresistible» fruto de su falta de principios morales.

Cerré el folder con las manos temblorosas. La Amalia que había conocido, la que me hablaba con voz quebrada de su dolor, se desvanecía ante las palabras frías de los médicos. ¿Era ella una víctima, como aseguraba, o una manipuladora atrapada en su propia mente, como sugerían los informes? La imagen de su madre, que luchaba por justicia, chocaba con las acusaciones de los médicos, que la pintaban como una criatura depravada, incapaz de ser víctima. La contradicción me desgarraba. Regresé al pabellón y, al mirar a Amalia, ya no vi a la mujer frágil de antes. Sus ojos, ahora, parecían ocultar secretos que nunca descifraría. Me pregunté si este lugar, con sus muros y sus diagnósticos, no

era más que una jaula para quienes se atrevían a desafiar al mundo.

Amalia no era una interna más. No era una de esas almas apagadas que se deslizaban por los pabellones con la mirada perdida, ni una de las que se doblegaban ante el peso de las cadenas invisibles del Manicomio. Ella era un incendio, una fuerza que desafiaba las reglas, los diagnósticos y la paciencia de todos los que la rodeaban. Sus múltiples ingresos, como un ciclo maldito, contaban la historia de una mujer que no encajaba en ningún lado.

El proceso jurídico relacionado con la denuncia de violación terminó por absolver a los acusados. La madre de Amalia, devastada, aunque incapaz de rendirse, solicitó un permiso especial para llevársela a casa. Los médicos, ansiosos por deshacerse de una interna que ponía a prueba su autoridad, declararon que había mostrado mejorías. Le otorgaron dos meses para probar que podía reintegrarse al mundo exterior, que su «locura moral» era cosa del pasado. Pero la libertad fue un espejismo. Apenas unas semanas después, Amalia regresó al Manicomio, más furiosa, más rota. Su madre, con lágrimas en los ojos, confesó que no podía controlarla. La chispa de Amalia, que en otro contexto podría haber sido luz, aquí solo encontraba sombras.

La internaron en el pabellón de imbeciles, un lugar donde los internos apenas articulaban palabras. Pero Amalia no pertenecía allí. El encargado del pabellón, un hombre de rostro curtido y paciencia agotada, se quejó con vehemencia.

—¡No es imbecil! —gritó, exasperado—. Es un demonio con forma de mujer. Enseña a las demás a maldecir, a pelear, a desobedecer. ¡Y pega! No hay quien la soporte.

Amalia, con su risa estridente y su lengua viperina, convertía el pabellón en un campo de batalla. Golpeaba a quien se le cruzara en su camino, hombre o mujer, sin importar las

consecuencias. Su presencia era un desafío constante, un recordatorio de que el Manicomio no estaba diseñado para contener a alguien como ella.

El director, atrapado en un dilema, no sabía qué hacer con ella. Ningún pabellón la quería. Los encargados la rechazaban como si fuera una plaga. Desesperado, envió un telegrama a la madre de Amalia, implorándole que viniera por ella. La pobre mujer, con el peso de la resignación en los hombros, vino por su hija y se la llevó. Pero incluso en su casa, Amalia era un huracán. Su madre, exhausta, buscó ayuda en el Hospital Juárez, donde la recibieron con la esperanza de estabilizarla. La tregua duró poco. En abril de 1914, Amalia fue devuelta al Manicomio, remitida de forma directa desde el hospital. El motivo no sorprendió a nadie: se había involucrado en una pelea violenta, una más de sus muchas batallas contra el mundo.

Esta vez, su estancia fue breve. Las enfermeras, agotadas de lidiar con sus arranques, encontraron una solución pragmática: declarar que Amalia «no presentaba nada anormal». Era una mentira descarada, aunque necesaria. Nadie quería lidiar con ella, y el alta fue la vía más rápida para sacarla de los pasillos del Manicomio. No obstante, la libertad no duró. Meses después, un juez la remitió de nuevo, y Amalia volvió a irrumpir en nuestras vidas como un relámpago en una noche tranquila. Su expediente crecía, pero no sus esperanzas. Los médicos anotaban con frialdad sus «degeneraciones sexuales», sus «amoríos» con otras internas, su gusto por los «placeres solitarios». Cada palabra era un clavo más en el ataúd de su reputación.

Amalia, sin embargo, no se rendía. En una ocasión, solicitó con una mezcla de astucia y descaro ser trasladada al pabellón de tranquilas «A», donde, según ella, tenía «amigas y conocidas». La petición fue denegada de inmediato, no solo por su historial de desorden, sino porque su cuerpo cargaba otra marca de su vida tumultuosa: sífilis. La enfermedad, resultado de lo que los médicos llamaban su «inmoralidad», la perseguía como una sombra. Para colmo, estaba embarazada. Dio a luz a una niña, también

infectada, que fue enviada a la Casa de Niños Expósitos, un lugar donde los hijos de la desgracia crecían sin amor ni futuro. La pequeña, frágil y enferma, sobrevivió por un tiempo, pero su destino estaba sellado.

Los médicos trataron a Amalia con Salvarsán, el «remedio milagroso» para la sífilis. Contra todo pronóstico, se curó. Le entregaron a su hija, sin embargo la tragedia ya estaba escrita. La niña murió, y Amalia, una vez más, quedó a la deriva. Su alta fue un alivio para el Manicomio, pero no para ella. Su vida era un ciclo de caídas y retornos, un vals macabro con la locura y la desesperación.

A veces me preguntaba, con el corazón encogido, qué destino habría esperado a esa criatura con una madre que apenas podía sostenerse a sí misma. Amalia era una madre rota, una mujer que amaba con la misma intensidad con la que destruía. Su dolor era tan grande como su fuerza, y en sus ojos siempre había un brillo de desafío, como si el mundo entero fuera su enemigo.

En una de sus tantas reincidencias, Amalia regresó por séptima vez, remitida por la Sexta Demarcación de Policía. Apenas cruzó la puerta, el caos la siguió. En un descuido del vigilante, prendió fuego a una estufa y un botiquín, como si quisiera reducir el Manicomio a cenizas.

—¡Es un peligro! —gritaban los enfermeros, mientras apagaban las llamas.

Pero nosotros, las enfermeras, ya conocíamos el guion. La soportamos un tiempo, fingimos que todo estaba en orden y, al final, la dimos de alta. Por casi dos años, creímos que nos habíamos librado de ella. No obstante el destino, cruel como siempre, tenía otros planes.

Una tarde de abril de 1917, Amalia reapareció, enviada por la Séptima Demarcación de Policía. Su llegada fue como un trueno que anuncia la tormenta. Apenas puso un pie en el

pabellón, comenzó a generar problemas. Doña Mercedes, cuya paciencia parecía infinita, no podía ocultar su exasperación.

—¡Es insoportable! —exclamaba, mientras revisaba los reportes diarios.

En una ocasión, le dimos permiso para salir a dar un paseo, una decisión que lamentaríamos. Amalia aprovechó para robar cigarros y cerillos a la criada del portero. Otra enfermera, indignada, contó cómo le había dado veinte centavos para comprar enchiladas, solo para descubrir que los gastó en más cigarros, su vicio constante. Fumaba como si el humo pudiera llevarse sus demonios.

Las quejas se acumulaban como nubes negras. El director, harto de la situación, ordenó que no se le permitiera salir de su pabellón. La restricción la afectó de manera profunda. Amalia, encerrada, rugía como un león enjaulado, sus ojos brillaban con una mezcla de rabia y astucia. Pero ella era más lista de lo que todos creíamos. Cambió su comportamiento, fingió calma, sumisión, cordura. Su plan funcionó. Dos meses después, el Manicomio, engañado por su fachada, le extendió un alta que declaraba que no presentaba «perturbaciones psíquicas», solo «desórdenes morales». La verdad era solo una excusa, una manera de justificar su expulsión. Amalia salió libre, aunque no redimida.

Fuera del Manicomio, buscó refugio en los márgenes de la sociedad. Se unió a un amigo, un personaje conocido como «El Pulquero de Mixcoac», un hombre de risa estruendosa y vida desordenada. Juntos, se sumergieron en una noche de excesos, bebieron hasta que el mundo se volvía borroso. En un arranque de audacia, decidieron regresar a La Castañeda, tal vez para desafiar, tal vez para reclamar algo que Amalia sentía que le pertenecía. A medianoche, llegaron a la reja principal, donde el vigilante, inflexible, les negó la entrada. Pero Amalia no aceptaba un «no» como respuesta. Con la ayuda de su amigo, lo rodearon y escalaron la barda, como ladrones en la noche.

Cruzaron el pabellón de imbéciles, sus pasos resonaron en la oscuridad. Amalia corrió hacia el cuarto de la jefa de enfermeras, gritaba que llevaba un puñal y una pistola. Su voz era un alarido de desafío, pero su aventura terminó de manera abrupta. Cinco vigilantes la esperaban, alertados por el escándalo. La sujetaron mientras ella se retorció, maldecía al mundo que la había encerrado una y otra vez. Su amigo, el Pulquero, huyó despavorido, saltó la barda hacia los establos y la dejó sola frente a su destino.

Su aliento, cargado de alcohol, y su voz lanzaban improperios que hacían temblar a los vigilantes. Era una mujer de fuerza descomunal, una presencia que desafiaba las reglas de la institución y de la sociedad misma. Esa noche, su embriaguez la traicionó, tornaba sus movimientos torpes, pero no menos peligrosos. Los vigilantes, sudorosos y jadeantes, lucharon por someterla en un forcejeo que parecía una danza macabra bajo la luz tenue de las lámparas de queroseno.

La contienda fue feroz. Amalia, con su metro ochenta de estatura y una musculatura endurecida por años de vida al límite, lanzaba puñetazos y patadas, sus ojos encendidos de furia y licor. Los vigilantes, cinco hombres de rostros desencajados, apenas podían contenerla. Uno de ellos, un joven novato llamado Esteban, recibió un golpe en la mandíbula que lo hizo retroceder, tambaleándose, mientras sus compañeros gritaban órdenes desesperadas.

—¡Agárrala de los brazos! ¡No la sueltes!

Pero Amalia era un toro desbocado, y su risa ronca resonaba como un desafío al orden del lugar. Al final, exhaustos, aprovecharon un tropiezo de Amalia para inmovilizarla con cuerdas y arrastrarla al pabellón de violentos, un ala reservada para las internas más rebeldes.

Encerrada en una celda acolchada, Amalia permaneció hasta pasadas las cuatro de la madrugada, cuando el alcohol

comenzó a desvanecerse de su sangre. Los médicos, con rostros de preocupación, la observaban a través de una pequeña ventana. Temían una congestión alcohólica, un colapso que podría llevarla a la muerte. Su respiración era errática, su rostro sudoroso, pero incluso en ese estado, su presencia seguía siendo imponente, como si el mismísimo diablo la protegiera. Nadie en el Manicomio podía ignorar a Amalia, una mujer que parecía desafiar no solo las leyes humanas, sino las del destino mismo.

Al amanecer, el aire en el Manicomio estaba cargado de tensión. Se abrió una carpeta de investigación, y los agentes del servicio secreto llegaron con rostros severos, sus libretas abiertas y sus preguntas afiladas como cuchillos. El vigilante Esteban, aún con la mandíbula hinchada, fue interrogado con dureza.

—¿Por qué no hiciste sonar tu silbato de emergencia? —le espetó un agente, su voz cortante como el viento de invierno.

Esteban, avergonzado, balbuceó que no lo creyó necesario, que Amalia había dicho que solo buscaba a la jefa de enfermeras, Doña Lucha, para cobrarle una deuda. Según Amalia, ese dinero le permitiría pagar un coche de alquiler que la esperaba afuera. Pero la historia no cuadraba. Doña Lucha, una mujer de porte rígido y mirada gélida, negó cualquier deuda.

—Lo único que quería esa mujer era su ropa, la que guardamos en el almacén —afirmó, su voz teñida de desprecio—. ¿Por qué le debería dinero a alguien que no trabaja?

Las versiones contradictorias encendieron aún más el misterio. ¿Qué buscaba Amalia en verdad? ¿Era un pretexto para desatar el caos, o había algo más profundo en su irrupción? Entre los murmullos de las enfermeras y los vigilantes, se tejían rumores: algunos decían que había jurado vengarse de Doña Lucha por un agravio del pasado; otros, que buscaba a su amante, Concepción, para planear una fuga. Lo cierto era que nadie podía descifrar el torbellino que era Amalia, una mujer que parecía habitar en los márgenes de la cordura y la moral.

El caso escaló de forma rápida al juzgado. Amalia fue acusada de allanamiento de morada y robo, cargos graves que amenazaban con enviarla a prisión. Sin embargo, el juez, un hombre de cejas pobladas y gesto cansado, exigió un informe detallado sobre el estado mental de la acusada. Si estaba loca, como muchos en el Manicomio creían, volvería a sus muros; si estaba cuerda, podría salir libre en poco tiempo. La decisión recayó en el director del La Castañeda, el doctor Donato Ramírez, un hombre atrapado entre la presión de las autoridades y la repulsión que Amalia generaba en su personal. Sabía que su dictamen sería decisivo, pero también que nadie la quería de vuelta. Su presencia era un veneno que envenenaba la rutina del lugar.

El doctor Ramírez, con el peso del mundo sobre sus hombros, encargó la evaluación al doctor Manuel Sunderland, un psiquiatra de renombre conocido por su minuciosidad. El médico se sumergió en el historial de Amalia, para desentrañar su vida como quien deshoja una cebolla, capa por capa, hasta llegar a un núcleo oscuro y perturbador. Su informe, un documento de páginas densas y apretadas, se convirtió en una radiografía de una existencia marcada por la rebeldía y el exceso. Los puntos más destacados eran los siguientes:

Primero: Desde niña, Amalia desafió las normas. Nunca jugó con muñecas, prefería trepar árboles y pelear con los niños del barrio. En la escuela, los maestros la llamaban «insoportable», una niña que cuestionaba todo y se burlaba de la autoridad. Sin embargo, su inteligencia era innegable: a los cinco años ya leía, escribía y resolvía problemas aritméticos con una facilidad que desconcertaba.

Segundo: A los doce años, Amalia tuvo su primera experiencia sexual con una mujer mayor, una relación que marcó el inicio de una vida de excesos. Su apetito sexual se volvió insaciable, buscaba siempre mujeres mayores que ella, como si en ellas encontrara algo que le faltaba. Con los años, el sexo se convirtió en un ritual diario, acompañado de vicios que la

consumían: el tabaco, el alcohol y las apuestas. Amalia vivía al borde del abismo, y parecía disfrutarlo.

Tercero: Su incursión en el espiritismo añadió un matiz aún más inquietante a su historia. Un médium, en una sesión cargada de humo y susurros, le dijo que estaba poseída por el «hijo del diablo», un espíritu que la impulsaba a actuar con violencia y desenfreno. En una ocasión, bajo el supuesto influjo de esta entidad, Amalia ensilló un caballo, armada con un puñal y una pistola, y galopó hacia Santa Julia en busca de una amante. El episodio, narrado por Sunderland con un tono entre fascinado y horrorizado, la pintaba como una figura casi mítica, una fuerza de la naturaleza imposible de contener.

El informe fue enviado al juez, y el Manicomio quedó en vilo, a la espera de un veredicto que parecía imposible de prever. Amalia era un enigma, una mujer que desafiaba cualquier categoría. Los médicos, exhaustos de lidiar con ella, no ocultaban su desprecio. El doctor Salvador Quevedo, un hombre de modales refinados pero lengua afilada, la describía como «una interna degenerada, una ebria que babea mal tabaco por su boca torcida». Su lesbianismo, su agresividad y su negativa a someterse a las reglas la convertían en una paria dentro de los muros de La Castañeda. Solo el doctor Niderláker, un hombre de mirada serena y paciencia infinita, parecía capaz de calmarla. Ella lo respetaba, tal vez porque él la trataba como persona y no como un caso perdido.

Sus acciones la habían convertido en una figura temida. Blandía cuchillos contra los vigilantes, saltaba bardas con cuerdas para buscar aventuras sexuales con desconocidos y regresaba al Manicomio como si fuera su reino. Cuando los agentes del servicio secreto la interrogaron, su cinismo los dejó atónitos.

—No me arrepiento de robar —dijo con una sonrisa desafiante—. Siempre devuelvo lo que tomo, o lo pago. Y si me salté la barda, es porque este lugar me pertenece más que a esas enfermeras estiradas.

Luego, con un brillo en los ojos, añadió:

—No le temo a la cárcel. El hijo del diablo me protege, y me fugaré como ya lo hice antes, en la comisaría Victoria y en la Séptima Demarcación.

Sus palabras resonaron como una profecía oscura. Amalia no solo se jactaba de sus fugas pasadas, sino que prometía volver por Concepción, su amante, una joven de rostro dulce pero espíritu rebelde. Aunque Concepción puso condiciones:

—Me fugaré contigo, Amalia, pero solo si dejas los vicios.

La respuesta de Amalia fue un rugido de desprecio:

—Nunca dejaré mis vicios. Si no vienes conmigo, me iré con Mariana.

Mariana, otra interna que había caído bajo su hechizo, era solo una pieza más en el tablero caótico de Amalia.

El personal del Manicomio estaba al borde del colapso. Los médicos, las enfermeras y los vigilantes suplicaban una solución. El director Ramírez recibió una carta confidencial de la Beneficencia Pública, solicitaban información sobre Amalia. En su respuesta, Ramírez detalló cómo su familia, desesperada por su conducta, la internaban de manera constante a través de demarcaciones policiales. Su lesbianismo, aunque no era un delito, la convertía en una candidata perpetua para La Castañeda, un lugar que la acogía por temporadas cortas pero nunca lograba reformarla.

Cansados de su presencia, los médicos instaban al director a enviarla a prisión, pero Ramírez dudaba.

—¿Y si está loca de verdad? —se preguntaba, atrapado en un dilema moral.

El proceso judicial se estancaba, pues aún no capturaban al Pulquero de Mixcoac, un supuesto cómplice de Amalia. La situación parecía insoluble, hasta que Ramírez tuvo una epifanía. Decidió informar al juez que la daría de alta y retiraría los cargos, con una condición innegociable: que nunca regresara al Manicomio. Era una solución pragmática, un acto de liberación mutua. Amalia recuperaría su libertad, su familia se libraría de la vergüenza, y La Castañeda se desharía de una presencia que desestabilizaba a todos.

El juez aceptó la propuesta, y Amalia salió libre, dejaba tras de sí un rastro de temor y alivio. Pero su sombra permaneció. Años después, quienes la conocieron aún hablaban de ella, de su risa ronca, de su mirada desafiante, de su vida al borde del abismo. Amalia no era solo una mujer; era un huracán, y aunque el Manicomio cerró sus puertas para ella, nadie podía estar seguro de que no regresaría, guiada por el hijo del diablo o por su propio corazón indomable.

Epílogo

La historia de Amalia García no termina con su salida de La Castañeda. Su vida, como un río desbordado, continuó fluyendo por los márgenes de la sociedad. Los rumores decían que se unió a un grupo de mujeres que, como ella, vivían al límite y desafiaban las normas de una Ciudad de México que aún no estaba preparada para ellas. Algunos afirmaban que se convirtió en una figura mítica en los barrios bajos, una mujer que cantaba en las pulquerías y peleaba con cualquiera que se atreviera a desafiarla. Otros decían que encontró un amor verdadero, una mujer que logró calmar su espíritu inquieto, aunque nadie podía confirmarlo.

Lo que sí es cierto es que Amalia dejó una marca imborrable en quienes la conocieron. En el Manicomio, su nombre se convirtió en una advertencia, una historia que las enfermeras contaban a las nuevas generaciones de internas y vigilantes. Para algunos,

era una loca peligrosa; para otros, una heroína trágica que se negó a ser domesticada. Para mí, Amalia era ambas cosas y ninguna a la vez. Era una mujer que vivió con una intensidad que el mundo no podía soportar, un alma que ardía demasiado brillante para los muros de La Castañeda. Su vida, con todas sus contradicciones, era un testimonio de la lucha por ser libre en un mundo que castiga a quienes se atreven a ser diferentes.

CAPÍTULO 4 LA HISTORIA DE TERESA

En los fríos corredores del Manicomio General de La Castañeda, donde los muros de piedra parecen absorber los suspiros de las almas olvidadas, me siento esta noche a escribir en mi diario, con la pluma temblorosa y el corazón apesadumbrado. Como enfermera, he sido testigo de innumerables historias que desgarran el alma, pero ninguna me ha tocado de manera tan profunda como la de Teresa, una joven cuya vida parece haber sido triturada por las expectativas implacables de una sociedad que castiga a quienes se atreven a desafiar sus normas. Aquí, en este lugar donde la locura se etiqueta con facilidad y las mujeres son silenciadas bajo el peso de diagnósticos crueles, me pregunto si la verdadera enfermedad no reside en quienes juzgan con tanta severidad. Esta es la historia de Teresa, un testimonio de su dolor, su resistencia y su esperanza, que hoy plasmo con la intención de que su voz no se desvanezca en el olvido.

Era una mañana fría, de esas que engañan con una calma aparente, como si el mundo contuviera el aliento antes de desatar una tormenta. El sol apenas lograba colarse por las ventanas enrejadas del manicomio, para proyectar sombras largas y afiladas sobre los suelos desgastados. Mi rutina, como siempre, comenzaba temprano: revisar los expedientes de las internas, preparar las medicinas, repartir las bandejas de comida y escuchar los murmullos que llenaban los pabellones. Algunas internas hablaban en susurros, atrapadas en delirios que las alejaban del mundo; otras, sumidas en un silencio tan profundo que parecía gritar más que cualquier alarido. Todo transcurría con la monotonía habitual, hasta que llegó el momento de llevar a Teresa al consultorio del Dr. Juan Gutiérrez, un médico cuya autoridad era tan incuestionable como su semblante severo.

Teresa era una figura que parecía desvanecerse en su propia fragilidad. Menuda, de piel pálida y cabello negro que caía liso como un velo sobre sus hombros, tenía una presencia casi etérea, como si el peso de su tristeza hubiera erosionado su sustancia. Sus ojos, oscuros y profundos, cargaban un océano de penas no dichas, aunque también una chispa de rebeldía que se negaba a apagarse. Al tomarla del brazo para guiarla por los interminables pasillos del manicomio, sentí un nudo en el pecho, una mezcla de compasión y rabia. Había leído su expediente la noche anterior, y las palabras en él me perseguían como un eco cruel: «Histeria, locura moral, imbecilidad». Diagnósticos fríos, clínicos, que no parecían encajar con la joven que caminaba a mi lado, con pasos lentos pero firmes, como si aún conservara un resquicio de dignidad que nadie había logrado arrancarle.

Confío en los doctores, en su saber acumulado tras años de estudio, pero mi corazón de enfermera, que ha aprendido a escuchar más allá de los expedientes, me hacía dudar. Había hablado con Teresa en varias ocasiones, en esos momentos robados entre las tareas diarias, cuando las internas descansaban en los bancos de madera del patio o en las horas tranquilas de la tarde. En sus palabras no encontraba la histeria ni la locura moral que le atribuían, mucho menos esa imbecilidad que el expediente proclamaba con tanta severidad. Lo que sí veía era una tristeza profunda, como un pozo sin fondo, y una fuerza interior que se resistía a ser aplastada. Aunque yo no era médico, no tenía autoridad para cuestionar los diagnósticos. O al menos, eso me repetía mientras avanzábamos por los corredores, donde el eco de nuestros pasos resonaba como un lamento.

El expediente de Teresa, redactado con la precisión de un juez, detallaba las razones de su internamiento, según el testimonio de su madre. Decía que Teresa tenía una inclinación «indecorosa» por participar en «vulgares fiestas populares» con los vecinos, un comportamiento inaceptable para una señorita de su posición social. Además, se había descubierto que había

escrito cartas de amor, impregnadas de un «carácter marcadamente erótico», dirigidas a un antiguo novio. Para su madre, esto era una afrenta imperdonable, una prueba de su inmoralidad. En una sociedad donde las mujeres debían ser castas y sumisas, expresar deseos, y mucho menos plasmarlos en papel, era un acto impúdico, una mancha en el honor familiar. Mientras leía esas acusaciones, no podía evitar preguntarme: ¿quién no ha sentido el ardor de un amor prohibido? ¿Quién no ha querido gritar al mundo lo que el corazón guarda? Pero en este mundo, las mujeres como Teresa pagaban un precio desproporcionado por atreverse a sentir.

El trayecto al consultorio del Dr. Gutiérrez pareció eterno. Los pasillos del manicomio, con sus paredes descascaradas y su aire cargado de desinfectante, parecían cerrarse sobre nosotras. Al llegar, el doctor, con su bata impecable y su aire de autoridad, le indicó a Teresa que tomara asiento frente a su escritorio. Yo me quedé en un rincón, como una sombra, que observaba y escuchaba, siempre atenta a cada palabra, a cada gesto. El consultorio estaba impregnado de un olor a medicinas y cera para pisos, y la luz tenue apenas alcanzaba a iluminar el rostro severo del doctor.

—¿Por qué está aquí, señorita? —preguntó el Dr. Gutiérrez, su voz firme pero teñida de una curiosidad clínica—. Cuénteme, por favor, ¿cuál es su padecimiento?

Teresa alzó la mirada, y por un instante, sus ojos brillaron con una mezcla de desafío y resignación. Con una calma que desmentía la tormenta en su interior, comenzó a hablar, como si desentrañara un ovillo de recuerdos dolorosos.

—Le contaré desde el principio, doctor, para que usted mismo juzgue por qué me trajeron aquí —dijo, su voz suave, aunque cargada de una determinación que me sorprendió—. En mi casa, la vida se volvió insoportable. Mi madre y mi hermana mayor me hicieron la existencia imposible. No me permitían tener

novio, mucho menos pensar en casarme. Hubo un hombre al que amé con todo mi corazón, pero me lo arrebataron. Me obligaron a dejarlo, y luego supe que se casó con otra, una mujer bizca que nunca lo quiso como yo.

Hizo una pausa, como si las palabras le pesaran. Continuó, y relató cómo su hermana mayor, soltera y sin pretendientes, la miraba con envidia, como si el simple hecho de que Teresa soñara con el amor fuera una afrenta personal. Mencionó también a un médico que la había tratado años atrás por «escrófulas», una enfermedad que la había debilitado en su adolescencia. Sus manos temblaban al confesar que ese hombre, en quien había confiado, abusó de ella. Pero lo que más me estremeció fue lo que dijo después: con el tiempo, ella había terminado por aceptar tener relaciones íntimas con él, no por coacción, sino por un afecto que, aunque fugaz, fue real.

—No me arrepiento, doctor —afirmó, con una valentía que contrastaba con su figura frágil—. Sabía que él no se casaría conmigo, pero lo quise. Fui consciente de cada decisión.

El Dr. Gutiérrez escuchó en silencio, su rostro imperturbable, aunque sus ojos destilaban un juicio que no necesitaba palabras. Para él, las palabras de Teresa no eran más que la confirmación de su inmoralidad, de esa histeria que los médicos atribuían a una sexualidad desviada. No dijo nada sobre el abuso del médico anterior, como si esa transgresión no mereciera comentario. Recordé entonces las palabras del Dr. José Terréz, un colega venerado en el manicomio, quien solía decir:

«La histeria es un desborde del furor uterino, un delirio frenesí que lleva a las mujeres a cometer excesos vergonzosos, repugnantes para las personas honestas y recatadas. La medicina conoce remedios para esta enfermedad, pero nuestra santa religión los prohíbe como ilícitos».

Esas palabras resonaban en mi mente como un eco cruel, una sentencia que no admitía apelación. La idea de que la sexualidad de una mujer, su deseo, pudiera ser una enfermedad me parecía absurda, sin embargo ¿quién era yo para contradecir a los sabios doctores?

Cuando el doctor terminó la consulta, me indicó que llevara a Teresa de regreso a su pabellón. Salimos del consultorio en silencio, y mientras caminábamos, noté que ella mantenía la cabeza baja, como si cargara el peso de un mundo que la había juzgado sin piedad. Intenté animarla con bromas ligeras, con palabras amables, no obstante su rostro permanecía sombrío. Al llegar al pabellón, me senté junto a ella en un banco de madera gastada, bajo la luz mortecina de una lámpara que parpadeaba como si estuviera a punto de rendirse.

—¿Hay algo que pueda hacer para verte sonreír? —le pregunté, con la esperanza de arrancarle, aunque fuera un destello de alegría.

Teresa me miró, y por un instante, sus ojos se suavizaron.

—Te agradezco, de verdad —respondió, su voz apenas un susurro—. Pero no recuerdo cuándo fue la última vez que sonreí de corazón. Mi madre y mi hermana se encargaron de arrancarme la felicidad desde niña. Cuando me dijeron que me traerían al manicomio, pensé que sería un alivio. Con tal de no volver a verlas, prefiero quedarme aquí para siempre.

Sus palabras me golpearon como un viento helado. Me contó cómo su madre, amargada por la muerte de su esposo cuando Teresa tenía apenas dos años, había proyectado su dolor en ella. Su hermana, atrapada en su propia soledad, la había convertido en el blanco de su resentimiento. De tanto escuchar que su risa era una señal de locura, había comenzado a creérselo.

—¿Cómo sería tu vida si tu padre no hubiera muerto? —le pregunté, en busca de un atisbo de esperanza en su relato.

Ella se quedó pensativa, con la mirada al vacío, como si intentara visualizar un mundo que nunca existió.

—Todo sería diferente —dijo al fin—. No estaría aquí, encerrada. Mi madre no viviría amargada, y mi hermana, quizás, habría encontrado un esposo que le diera esas noches de pasión que tanto le hacen falta.

Sonrió de manera sutil, y de pronto, sus ojos se iluminaron con una chispa traviesa.

—Y yo... yo habría tenido mi propia familia, mis hijos y mi esposo.

No pude evitar reírme, y ella se unió a mi risa, un sonido que resonó en el pabellón como un pequeño acto de rebeldía.

—¡Mira, ya te ríes! —exclamé, y ella asintió, con una sonrisa que, aunque frágil, era sincera—. Te ríes porque tú también tendrías noches de pasión desenfundada, ¿verdad?

Bromeé, y ambas estallamos en carcajadas, un momento de complicidad que pareció detener el tiempo. Por un instante, el manicomio dejó de ser un lugar de encierro y se convirtió en un refugio donde dos mujeres podían compartir un destello de humanidad.

No soy médico, pero en mi corazón sé que Teresa no está loca. Si hubo locura en su vida, fue la que su madre y su hermana intentaron imponerle, la que la sociedad quiso grabar en su alma. Aquí, en este manicomio, lejos de sus opresores, parece haber encontrado un refugio, aunque sea imperfecto. Antes de despedirnos, me tomó de la mano y, con una mezcla de esperanza y determinación, me dijo:

—Tengo fe en que me recuperaré. Cuando me den de alta, buscaré a mi tía, una mujer buena que me ha prometido ayudarme. Me conseguiré trabajo, y viviremos juntas. A mi madre

y a mi hermana, que Dios las perdone, pero no quiero volver a verlas nunca.

Me alejé del pabellón con el corazón apesadumbrado, pero también con un destello de esperanza. Teresa no era una loca, ni una histérica, ni una imbécil. Era una mujer que había resistido, que había encontrado en su dolor una fuerza que pocos podían comprender. Mientras escribo estas líneas, bajo la luz tenue de mi lámpara, me pregunto cuántas Teresas más habitan estos muros, cuántas almas han sido condenadas por el simple delito de sentir, de desear, de ser humanas. En este manicomio, donde la locura se mide con diagnósticos fríos y las mujeres son silenciadas, la historia de Teresa es un recordatorio de que la verdadera locura no está en las internas, sino en un mundo que las castiga por ser quienes son.

CAPÍTULO 5 LA HISTORIA DE LUZ DOMÍNGUEZ

La historia de Luz Domínguez, tal como la narra la enfermera, es un retrato conmovedor y de gran humanidad de una mujer atrapada entre su fuerza interior y las sombras de su tormento. Su relato, extraído de ese expediente polvoriento, trasciende el frío diagnóstico clínico para revelar una vida marcada por la resiliencia, el dolor y una lucha constante contra las etiquetas que el mundo le imponía.

1 de junio de 1918, Manicomio General de La Castañeda, Mixcoac.

Aquella mañana, apenas acababa de salir del pabellón donde atendí a un interno, una urgencia me empujó a correr por los largos corredores del hospital. Tenía que recoger los expedientes de varios internos para llevarlos a consulta. El archivo general es un vasto mausoleo de papel y polvo que me espera paciente. Con estantes repletos de historias humanas atrapadas en carpetas desgastadas.

Mis manos, temblorosas por la premura, revisaban carpeta tras carpeta, en busca de los nombres que necesitaba. Por suerte, encontré casi todos los expedientes, pero uno se resistía, escondido entre el caos de documentos arrumbados en un rincón olvidado. Me acerqué, atraído por una pila desordenada que parecía llamarme con un susurro inaudible.

Tomé una carpeta cubierta de polvo, y al abrirla, mis ojos se posaron en un nombre: Luz Domínguez. Era el expediente que buscaba, pero algo en su título, escrito con una caligrafía firme y elegante, me detuvo. No pude resistirme. La curiosidad, como un veneno dulce, me llevó a hojear sus páginas, a sumergirme en la vida de una mujer cuya historia parecía gritar desde el papel. Lo que leí no era solo un registro clínico; era un testimonio de dolor,

lucha y una mente atrapada en un torbellino de pasiones y tragedias.

El expediente comenzaba con los datos de ingreso, fechados el 28 de septiembre de 1911. La Sra. Luz Domínguez había llegado al hospital acompañada de su esposo, un hombre cuya presencia, según las notas, era más una sombra opresiva que un apoyo. A diferencia de muchos internos, cuya mente nublada les impedía articular sus pensamientos, Luz participó de forma activa en su entrevista. Su lucidez era notable, casi desafiante, como si quisiera reclamar su voz en un lugar donde tantos la habían perdido. Las páginas incluían fotografías suyas: unos ojos profundos, cargados de una mezcla de desafío y melancolía, y un rostro que, aun en la rigidez de la imagen, parecía contar una historia de lucha interna. También había un examen físico y psicológico, pruebas rutinarias para evaluar la condición de los nuevos ingresos. Pero lo que capturó mi atención fue una hoja escrita de su propio puño y letra, una narración íntima de su enfermedad, como si Luz hubiera decidido tomar la pluma para no dejar que otros definieran su verdad.

En esa narración, Luz se presentaba con una claridad que contrastaba con el caos que la había llevado a La Castañeda. Había nacido en 1874, a los seis años, una fiebre escarlata la había postrado, pero su cuerpo joven y robusto logró sobreponerse. Creció fuerte, saludable, una niña que parecía destinada a una vida sin sombras. A los trece años, la llegada de su menstruación marcó un cambio natural, sin complicaciones, sin embargo a los quince, un nerviosismo inexplicable comenzó a apoderarse de ella. Era como si su alma, demasiado grande para su cuerpo, empezara a desbordarse. Sin embargo, el matrimonio a los diecisiete años trajo una calma temporal, un refugio efímero en un mundo que pronto se revelaría cruel.

Durante cuatro años, Luz vivió en una aparente armonía, dedicada a criar a una hija robusta y sana, un faro de esperanza en su existencia. Pero las penas morales, como ella las llamó,

comenzaron a acecharla. Entre febrero y agosto de un año no especificado, un estado nervioso la consumió, desencadenado por pérdidas físicas y emocionales que no detallaba, aunque parecían pesar como cadenas. Con el tiempo, logró recuperarse, no obstante la sombra de la fragilidad nunca la abandonó por completo.

El destino, sin embargo, no le permitió descansar. Cinco años después, la fiebre puerperal, esa traicionera secuela del parto, la sumió en un estado de agitación aguda. Viajes y distracciones aliviaron su mente, pero fue entonces cuando el alcohol entró en su vida, no como un vicio, sino como un remedio prescrito por médicos que, en su ignorancia, no midieron las consecuencias. Luz, en su narrativa, admitía con una mezcla de culpa y resignación que tal vez había abusado de esas dosis. El alcohol, que al principio parecía un bálsamo, se convirtió en un monstruo que la arrastró a su primer ataque de dipsomanía en 1899. Fue el Dr. Liceaga, una figura respetada en la medicina mexicana, quien la convenció de internarse en la Quinta de Tlalpan, un sanatorio donde buscó redimirse de sus demonios.

Pero el verdadero golpe vino después. Mientras estaba internada, su esposo, el hombre que debería haber sido su pilar, la traicionó. Llevó a otra mujer a su hogar, profanaba el espacio que Luz consideraba sagrado. Ese acto de infidelidad no solo rompió su matrimonio; abrió un «vacío en el alma», como ella lo describía, que ninguna medicina podía llenar. Desde entonces, juró no volver a tocar una copa de vino, un voto que, aunque valiente, no pudo sostener frente a las tormentas que aún la esperaban.

En 1901, tras unos días de recaída en el alcohol, fue internada en el Hospital del Divino Salvador, un lugar que, según sus palabras, la acogió por solo tres meses antes de devolverla a la libertad. Durante varios años, Luz logró mantenerse firme, reconstruía su vida con la fuerza de quien conoce el borde del abismo. Pero en 1906, el peso de los «trabajos excesivos, penas

morales y disgustos espantosos» la quebró de nuevo. Una recaída la llevó de vuelta a ser internada, donde, tras un tiempo, fue dada de alta. Aunque la salud de Luz parecía un castillo de naipes, siempre al borde del colapso. Una fiebre intestinal la obligó a regresar al hospital, esta vez por un año y cinco meses, un período que debió sentirse como una eternidad en los confines de un sanatorio.

La última página de su narración mencionaba el episodio que la llevó a La Castañeda. El 29 de septiembre de 1911, en una reunión que debió ser un momento de alegría, Luz se dejó llevar por el coñac y el pulque durante un día y medio. No era una bebedora habitual, insistía. «Jamás tenía la costumbre de tomar ni una sola copa de vino, ni pulque, ni cerveza», escribió, «a menos que los nervios, las penas morales y, sobre todo, el vacío del alma me consumiera». Esa frase resonó en mí como un grito desgarrador, una confesión que revelaba el tormento de una mujer atrapada entre su fuerza y su fragilidad.

En una hoja final, Luz añadía una reflexión que parecía un desafío al mundo que la juzgaba:

«Yo, en el uso pleno de mi razón, soporto grandes cosas, que no quitan el gran dominio que debo tener, dada mi difícil situación, mi manera exagerada de sentir y de ser, así como el desborde de las pasiones y la excitación más completa».

Era como si, al escribir esas palabras, Luz reclamara su humanidad, negándose a ser reducida a un diagnóstico o a un número en un expediente.

En él incluía también las notas del médico residente, Agustín Torres, quien describía a Luz con una mezcla de admiración y condescendencia. Elogiaba su «claro talento» para expresar sus sentimientos y pensamientos, pero diagnosticaba un estado crónico de excitación maniaca, más mental que físico. Según él, los brotes de dipsomanía eran solo la superficie de un problema más profundo: una mente que generaba nuevas ideas cada día,

nuevos planes, desde escapar del hospital hasta confrontar al esposo que ella culpaba de su desgracia. Torres también señalaba síntomas físicos —dolores erráticos en las piernas o los brazos, mareos, náuseas, dolor en el ovario izquierdo, hipo— que lo llevaban a sospechar de histeria.

Mientras leía, no podía evitar imaginar a Luz, una mujer de mirada ardiente y pluma afilada, atrapada en un sistema que no comprendía la complejidad de su dolor. La Castañeda, con sus muros grises y sus rutinas rígidas, debía sentirse como una jaula para alguien cuya alma era un torbellino. El archivo, con su frialdad y su silencio, parecía un reflejo de la indiferencia del mundo hacia mujeres como ella, cuyas pasiones eran vistas como enfermedad en lugar de fuerza.

Cerré el expediente con un nudo en el pecho. La historia de Luz Domínguez no era solo un registro clínico; era un retrato de una mujer que luchaba contra sus demonios, contra un esposo que la traicionó, contra una sociedad que la etiquetaba como enferma. La imagen de Luz, con su vacío del alma y su pluma valiente, se quedó grabada en mi mente. En cada paso, sentía el peso de su historia, como si ella, desde algún pabellón de La Castañeda, me pidiera que no la olvidara.

CAPÍTULO 6 EPILEPSIA, HISTERIA Y MASTURBACIÓN

El aire en el Manicomio General La Castañeda es un velo denso, cargado de desinfectante y el polvo acumulado de siglos, un aroma que se adhiere a la piel como una memoria que no se borra. Hoy, como cada mañana, recorrí los pabellones con pasos cuidadosos, para guiar a los internos hacia sus destinos de cemento y rejas. Sus pasos resonaban en los corredores de piedra, cada uno cargaba un peso invisible: historias silenciadas, vidas que el mundo ha decidido olvidar. Mi cuaderno, mi único refugio en este reino de sombras, descansa ahora en mis manos, sus páginas en blanco a la espera de ser testigos de un día que ya se perfila como imborrable. En el auditorio, el murmullo de los médicos se mezcla con el crujir de las sillas de madera, mientras nos reunimos para escuchar a los doctores más eminentes de México y a los recién llegados de Europa, con sus promesas de avances en el arte de sanar mentes quebradas. Pero bajo sus palabras, late una verdad más oscura: aquí, en este coloso de muros grises, la humanidad lucha por no desvanecerse.

El tema de hoy es abrumador, un torrente que amenaza con desbordar los cimientos mismos de La Castañeda. Han llegado 779 nuevos internos, trasladados desde los antiguos hospitales del Divino Salvador, fundado en 1687, y San Hipólito, erigido en 1567, ambas reliquias de la caridad colonial en el Distrito Federal, ahora cerrados para siempre. A ellos se suman algunos internos del olvidado Hospital para Epilépticos de Texcoco, un lugar que parece desvanecerse en las brumas del tiempo. De los recién llegados, 429 son mujeres y 350 son hombres, pero llegan desnudos de pasado: sin historiales, sin diagnósticos, sin más que una boleta de ingreso que a veces ni siquiera lleva un nombre. Es como si la historia los hubiera borrado, dejándolos a la deriva en este nuevo hogar de frío cemento y barrotes implacables.

La Castañeda, con su aura de modernidad, se alza como el hospital psiquiátrico más avanzado de América Latina, diseñado para albergar a 1200 almas. Contamos con un estudio fotográfico, una novedad que nos permite capturar los rostros de los internos: ojos hundidos, miradas perdidas, frentes marcadas por el peso de lo que fueron. Cada fotografía es un intento de devolverles algo de identidad, un registro de su existencia en un mundo que los ha desechado. Pero las boletas de los recién llegados cuentan una historia desoladora. En los hospitales de donde provienen, los internos no eran más que sombras, asilados sin distinción ni cuidado, amontonados en un caos de sufrimiento. Epilépticos y sífilíticos compartían catres, toxicómanos e infecciosos respiraban el mismo aire viciado. Aquí, en cambio, los distribuimos en 25 pabellones, separados por género y padecimiento. Cada interno tiene un expediente: una hoja de interrogatorio, una fotografía, un diagnóstico, un historial. Es un esfuerzo por imponer orden, por devolverles algo de dignidad a través de la estructura.

En el auditorio, los médicos, con sus batas blancas y sus voces graves, diseccionan el pasado de los hospitales antiguos. En San Hipólito, los hombres eran etiquetados casi de manera universal como epilépticos; en el Divino Salvador, las mujeres cargaban el estigma de la histeria, un término que parece abarcar todo lo que una mujer no debe ser. Aquí, en La Castañeda, nuestra taxonomía es más refinada, o al menos eso queremos creer. Tenemos pabellones para los agitados, los violentos, los alcohólicos, los melancólicos, y aquellos a quienes, por falta de un término mejor, llamamos «dementes». Pero hoy, la discusión se centró en la epilepsia, un mal que los médicos describen con una mezcla de fascinación y temor, como si fuera un enigma que desafía tanto a la ciencia como a la fe.

Los doctores europeos, con sus acentos marcados y sus cuadernos llenos de diagramas, nos hablan de la epilepsia no como una sola enfermedad, sino como un espectro de trastornos, cada uno con su propia furia. La más temida es el «gran mal», un

torbellino de convulsiones que arroja a los pacientes al suelo, sus cuerpos sacudidos por una fuerza invisible, sus rostros contorsionados en un rictus de agonía. Aunque también existen las crisis parciales, menos visibles, pero igual de devastadoras: momentos en los que el interno se desvanece en sí mismo, perdido en un mundo que nadie más puede alcanzar. Los médicos insisten en que la epilepsia no es un castigo divino ni una marca de degeneración, como muchos aún creen, sino un desequilibrio en las corrientes eléctricas del cerebro, un misterio que la ciencia apenas comienza a desentrañar. Sus palabras son un faro en la oscuridad, sin embargo no todos en el auditorio las reciben con entusiasmo.

Algunos doctores mexicanos, aferrados a las ideas de antaño, ven a los epilépticos como «peligrosos», como si sus convulsiones fueran un reflejo de un carácter defectuoso. Escucho, con el corazón apesadumbrado, cómo describen a ciertos internos como «de mala entraña». Hablan de niños que, según ellos, maltrataban animales o rompían juguetes, como si esos actos fueran presagios de una vida condenada. Pero yo, que paso mis días entre los pabellones, que veo los ojos de estos hombres y mujeres, no puedo evitar preguntarme si no será la miseria, el abandono o el peso de un mundo cruel lo que los ha moldeado. ¿No es posible que la sociedad, con su rechazo y su indiferencia, haya forjado las conductas que ahora condenamos? Mi pluma tiembla al anotar estas preguntas, como si temiera que el papel mismo pudiera traicionarme.

La discusión tomó un giro aún más sombrío cuando abordaron la herencia. Los médicos antiguos, con sus rostros endurecidos por la convicción, insisten en que la epilepsia se transmite de generación en generación, como una maldición que mancha la sangre. Hablan de los vicios —el alcohol, las drogas o la masturbación— como semillas de la enfermedad, sembradas en los hijos por los pecados de los padres. Algunos llegan a sugerir que los epilépticos deben ser aislados, no solo para

tratarlos, sino para «proteger a la raza» de una supuesta degeneración. Sus palabras caen como piedras en el auditorio, y mi pecho se oprime. ¿Cómo puede la ciencia, que promete luz, justificar tal crueldad? En mi cuaderno, garabateo con furia: ¿Es justo encerrar a alguien por lo que podría ser, no por lo que es?

Los médicos europeos, sin embargo, ofrecen un contrapeso. Nos hablan de tratamientos incipientes: el bromuro de potasio, que puede calmar las convulsiones; la importancia de una dieta adecuada; la necesidad de un entorno tranquilo. Insisten en que la epilepsia no es una sentencia de por vida, que muchos internos pueden llevar existencias plenas con el cuidado adecuado. Pero también reconocen los límites de nuestro conocimiento, admiten que el cerebro es un océano inexplorado, y cada interno, un enigma único. Sus voces traen un destello de esperanza, aunque el peso de la realidad en La Castañeda lo opaca: con solo 300 empleados para más de 3500 internos, operamos al borde del colapso. Muchos internos duermen en el suelo, entre sombras y susurros.

El auditorio se llenó de murmullos cuando la conversación viró hacia las mujeres etiquetadas como histéricas. En los hospitales antiguos, este diagnóstico era un cajón de sastre, un castigo para cualquier mujer que osara desafiar las normas: jovencitas que se rebelaban contra sus padres, esposas que cuestionaban a sus maridos, o aquellas cuyo espíritu parecía demasiado libre para los confines de su tiempo. Aquí, en La Castañeda, intentamos ser más precisos, pero los prejuicios persisten como fantasmas. Los médicos hablan de la histeria como un trastorno del cuerpo y la mente, aunque yo veo en esas mujeres una chispa de resistencia, un grito ahogado contra un mundo que las quiere sumisas. En los pabellones, he visto a estas internas escribir poemas en trozos de papel, cantar canciones que nadie escucha, o mirar por la ventana como si buscaran un cielo que les pertenece. Sus historias, pese a ser silenciadas, resuenan en mi corazón.

El tema de la sexualidad, de manera inevitable, emergió como un relámpago en la tormenta. El Padre Agustín, nuestro capellán, se alzó con su sotana negra y su mirada severa, su voz que resuena como en los sermones de la capilla. Nos habló del deseo como una fuerza peligrosa, un fuego que consume el alma. Condenó cualquier práctica que se desvíe del matrimonio y la procreación, pintó un mundo donde el placer es pecado, donde el cuerpo es un campo de batalla entre la virtud y la condenación. Relató su tiempo en un manicomio de París, donde se practicaban sangrías en los muslos de los hombres para «calmar sus impulsos» y lavativas de hierbas en las mujeres para sofocar su deseo. Habló de penitencias para los que se entregaban a lo que él llama «actos contra la naturaleza»: días de ayuno, rezos interminables, celdas de aislamiento. Sus palabras, impregnadas de un fervor que hieló la sangre, resonaron con la autoridad de la Iglesia.

—El deseo sexual es una enfermedad que puede condenar nuestra alma y volverla pecaminosa; lo que, de manera irremediable, nos condenaría al infierno. El sexo solo debe practicarse dentro del matrimonio y con el casto motivo de la reproducción. Por esta razón, se condena el sexo entre los muslos, porque se usa con una finalidad distinta a la reproducción, además de que puede provocar una ulceración en el pene. No se debe tener sexo con una mujer que tiene la matriz sucia, llena de sangre por la regla, dado que puede provocar enfermedades en el pene. Cuando un hombre o una mujer no sienten deseo de tener sexo ni pareja, es porque han sido agraciados por Dios y han trascendido su naturaleza pecadora. No se debe tener sexo entre hombres o entre mujeres, ni tampoco masturbarse, por ser actos contra la naturaleza.

A los internos que se masturban les impone cuarenta días de penitencia, con pan y agua. La penitencia es mayor para quienes tienen sexo entre hombres o entre mujeres. Lo sé porque he escuchado cuando les preguntaba:

—¿Has fornicado con otro hombre contra las caderas, es decir, has situado el miembro viril entre las caderas de otro y, por lo tanto, producir semen sin penetración? Si lo has hecho, haz cuarenta días de penitencia, con pan y agua.

»Has tomado el pene de otro en tu mano, y el tuyo en la suya, para después frotarlos, para producir placer y proyectar semen? Si lo has hecho, sesenta días de penitencia y reza diez Padres Nuestros y diez Aves Marías.

»¿Has fornicado como lo hacen los sodomitas, es decir, has insertado tu pene en las nalgas de otro y, por lo tanto, tenido sexo a la manera de los sodomitas? Si tienes esposa y lo hiciste una o dos veces, diez años de penitencia. Si lo has hecho de forma habitual, doce años de penitencia».

Sus palabras me persiguen mientras camino por los pasillos al anochecer, el eco de sus juicios resonaba en mi mente. Pero no puedo evitar cuestionarlas. ¿Es el deseo, ese impulso humano tan natural, un pecado que merece tal castigo? En los pabellones, he visto a los internos buscar consuelo en pequeños gestos: una caricia furtiva, una mirada compartida, un momento de cercanía en un mundo que los ha despojado de todo. ¿Cómo podemos condenar lo que les da un instante de humanidad en medio de tanta desolación?

Mientras escribo, mi mente vuelve a los rostros de los internos que hoy acompañé de regreso a sus camas. Pienso en María, una joven de ojos grandes etiquetada como histérica, que me confesó su sueño de ser pintora. Sus manos temblaban al mostrarme un dibujo hecho con un trozo de carbón, un paisaje de montañas que nunca ha visto pero que lleva en el alma. Pienso en Juan, un hombre de manos callosas y mirada ausente, cuyas convulsiones lo traicionan, sin embargo, en sus momentos de lucidez, me cuenta historias de su infancia en un pueblo donde el río cantaba. ¿Qué los trajo aquí? ¿La enfermedad, la pobreza, la incompreensión de un mundo que no sabe qué hacer con ellos?

Sus rostros se graban en mi memoria, como las fotografías que tomamos, aunque con un peso que ninguna cámara puede capturar.

La Castañeda, con su grandeza y sus grietas, es un reflejo de nuestra propia humanidad: frágil, rota, pero aún capaz de soñar con la redención. Hoy, al borde del colapso, sus pasillos resuenan con el eco de pasos cansados y susurros de dolor. No obstante en medio de esta penumbra, hay destellos de luz. Los médicos europeos nos han traído ideas nuevas, un atisbo de que la ciencia puede ofrecer respuestas más allá del castigo y el encierro. La epilepsia, nos dicen, no es una maldición, sino una condición que podemos aprender a controlar. La histeria, o lo que sea que llamemos a esos arrebatos del alma, no es un delito, sino un grito que merece ser escuchado. Y la sexualidad, ese misterio que tanto teme el Padre Agustín, no es un pecado que deba ser purgado, sino una parte intrínseca de lo que nos hace humanos.

Cierro mi cuaderno con manos temblorosas, el peso de la jornada asentándose en mi pecho. Pienso en el futuro, en un día en que entendamos mejor estas enfermedades, estas mentes que hoy encerramos. Tal vez entonces veamos a los internos no como «degenerados» o «peligrosos», sino como personas, cada una con su historia, su dolor, su luz. Hasta entonces, seguiré mi camino por estos pasillos, con mi cuaderno en la mano, para recoger los fragmentos de un mundo que aún no sabemos cómo sanar. En cada página, en cada palabra, intento capturar no solo el sufrimiento, sino también la resistencia, la esperanza, la chispa de humanidad que aún brilla en los ojos de quienes habitan este lugar.

La noche cae sobre La Castañeda, y los muros parecen susurrar las historias de quienes duermen tras ellos. Afuera, el viento arrastra el polvo de Mixcoac, como si quisiera borrar las huellas de este día. Pero yo, con mi pluma y mi cuaderno, me resisto a olvidar. Estas páginas son mi testimonio, mi manera de dar voz a los silenciados, de recordar que incluso en la oscuridad,

hay vidas que merecen ser contadas. Que este diario sea un faro, aunque pequeño, para iluminar el camino hacia un mundo donde la compasión triunfe sobre el juicio, y donde cada alma encuentre, al fin, un lugar para sanar.

CAPÍTULO 7 ¡PRESENCIÉ UNA MASACRE!

El sol de aquella mañana era un bálsamo, un abrazo cálido que se filtraba entre los muros fríos y descascarados del manicomio. Nos reunimos en los jardines, un espacio de césped desigual salpicado de flores: rosas, claveles y buganvillas que desprendían un aroma dulce, casi consolador. Las enfermeras, con sus uniformes almidonados, y los internos, con sus ropas gastadas, compartíamos un momento de paz poco común. Las bancas de madera crujían bajo nuestro peso mientras disfrutábamos de un desayuno sencillo: café humeante servido en tazas desportilladas y bolillos recién horneados, cuyo olor se mezclaba con el de la tierra mojada por el rocío. Los internos, muchos de ellos olvidados por sus familias y el mundo, sonreían con una gratitud que partía el corazón. Sus rostros, marcados por el sufrimiento, parecían encontrar un instante de alivio bajo los rayos dorados del sol.

La noche anterior, en cambio, había sido cruel. El frío en los pabellones era implacable, como si los muros mismos exhalasen hielo. Imagino a esos pobres, acurrucados en el suelo de cemento, abrazándose unos a otros para compartir el calor de sus cuerpos, envueltos en las pocas cobijas raídas que el manicomio proporcionaba. Los pabellones, con sus paredes desnudas y sus ventanas que nunca cerraban bien, eran como celdas de hielo que congelaban no solo el cuerpo, sino también la esperanza. El viento se colaba por las rendijas, al tiempo que silbaba como un lamento, y los gemidos de algunos internos resonaban en la oscuridad, un coro de almas perdidas que buscaban consuelo en un lugar que pocas veces lo ofrecía.

Mientras los jardineros regaban el césped y las flores desprendían sus fragancias, el aire se llenaba con el canto alegre de los pájaros. Los gorriones y palomas, ajenos al drama humano que los observaba, se bañaban en los charcos formados por el

riego, salpicaban agua con sus alas. Nosotros, en cambio, éramos simples espectadores de esa efímera belleza. Sentados en silencio, dejábamos que el sol calentara nuestros rostros y nuestros huesos, como si su calor pudiera derretir, aunque fuera por un instante, el peso de nuestras tragedias. Era un momento de tregua, un paréntesis en la monotonía de este lugar donde el tiempo parecía detenerse, atrapado entre los muros de La Castañeda.

Me senté junto a un interno nuevo, un joven de mirada inquieta, aunque amable, que apenas llevaba unas semanas en el manicomio. Su nombre era Juan Hernández, un estudiante de leyes de apenas 23 años, con un rostro que aún conservaba rastros de la vitalidad que la vida le había robado. Su cabello oscuro, desordenado, caía sobre su frente, y sus ojos, de un castaño profundo, parecían cargar con un dolor que no podía expresar. Su expediente, que leí con atención la noche anterior, era un relato de desencanto y sufrimiento. Según su madre, Juan comenzó a mostrar signos de locura durante el breve y turbulento gobierno del presidente Francisco I. Madero. Su decepción con el régimen, que prometió cambios pero no los cumplió, lo sumió en un estado de agitación constante. Se irritaba con todo: el ruido de las carretas en las calles, el canto de los pájaros, incluso el roce de su propia ropa contra su piel. Sin embargo, esa mañana, sentado a mi lado, parecía tranquilo, contemplaba a las aves con una calma que desmentía su historial.

La madre de Juan relató que su depresión se agravó tras presenciar un tiroteo en la Plaza de Armas, un evento que dejó un reguero de sangre y muerte en el corazón de la Ciudad de México. Él llegó a casa con la ropa manchada de sangre, el rostro pálido como la cera, las manos temblorosas y los ojos llenos de un horror que no podía articular. Apenas comió ese día, y lo único que dijo fue que nunca imaginó que algo así pudiera sucederle, que había «vuelto a nacer» tras escapar de la masacre. Pero el golpe final, según su madre, fue presenciar el asesinato de Gustavo Madero,

hermano del presidente, en La Ciudadela. Ese evento lo quebró por completo. Abandonó la universidad, se encerró en su habitación, se entregó al alcohol y comenzó a escribir versos febriles, como si intentara exorcizar sus demonios a través de la pluma. Sus escritos, según su familia, eran un torbellino de dolor, ira y desesperación, un intento desesperado de darle sentido a un mundo que se había vuelto incomprensible.

Juan también escribió cartas, primero a Madero, para implorarle cambios que nunca llegaron, y luego a Victoriano Huerta, el nuevo presidente, ofreciéndose como diputado en un gesto que mezclaba idealismo y desesperación. Ninguna obtuvo respuesta. La última de esas cartas, según su madre, marcó el inicio de una crisis nerviosa tan severa que lo trajo hasta aquí, a este manicomio donde las almas rotas buscaban refugio, aunque pocas veces lo encontrarán.

Mi curiosidad por conocer su versión era inmensa. Quería entender cómo un joven estudiante, lleno de sueños y esperanzas, había terminado en este lugar, atrapado entre muros que olían a humedad y desesperanza. Así que, mientras el sol calentaba nuestros rostros y los pájaros seguían su danza en los charcos, me acerqué a él con cuidado, como quien se aproxima a un animal herido. Hablamos de cosas triviales al principio: el aroma del café, la belleza de las flores, el frío insoportable de la noche. Poco a poco, gané su confianza, y tras una hora de charla, me atreví a preguntar:

—Oye, Juan, ¿y tú por qué estás aquí?

Su sonrisa se desvaneció como si una nube hubiera cubierto el sol. Guardó silencio, con la mirada perdida en el horizonte. Un nudo en la garganta parecía ahogarlo. Vi cómo dos lágrimas rodaban por sus mejillas, y me sentí culpable por mi imprudencia. Él se limpió el rostro con la manga de su camisa, respiró hondo y, con una voz cargada de valor, contestó:

—Estoy seguro de que ya conoce mi historia, enfermera. Pero es entendible su curiosidad. ¿En verdad estoy loco? No lo sé. Lo que sí sé es que lo que vi en la Plaza de Armas y en La Ciudadela me ha marcado para siempre.

Me sentí morir por haberlo hecho llorar. Su dolor era palpable, como una herida abierta que aún sangraba. Sin embargo, él, con una fortaleza que no esperaba, continuó:

—Es una larga historia, pero aquí el tiempo es lo que más sobra. ¿En realidad quiere escucharla?

Asentí de inmediato, con el corazón acelerado, sabía que lo que estaba a punto de contarme no sería solo la historia de un hombre, sino el eco de una nación convulsionada.

Juan levantó la mirada, sus ojos oscuros brillantes con una mezcla de tristeza y determinación. Se acomodó en la banca, como si se preparara para desenterrar un recuerdo oculto bajo capas de dolor.

—Todo empezó con el gobierno de Madero. Cuando asumió la presidencia en 1911, México estaba lleno de esperanza. Yo mismo era uno de los que creían en él. Había logrado lo imposible: derrocar a Porfirio Díaz, un dictador que nos tuvo sometidos durante más de tres décadas. Sus fraudes electorales, su favoritismo hacia los ricos, su desprecio por los pobres... todos estábamos hartos. Madero era nuestra luz, nuestro «Apóstol de la Democracia». Sus discursos encendían el alma, prometían un México justo, libre, donde los campesinos tendrían tierra y los obreros, dignidad. Yo, un estudiante de leyes en la Universidad Nacional, me sentía parte de esa promesa. Soñaba con un país donde la justicia no fuera un privilegio, sino un derecho.

»Pero esa luz se apagó pronto. Quince meses de promesas vacías, de decisiones tibias, de favorecer a los mismos privilegiados de siempre. Los zapatistas, los villistas, los intelectuales, los periodistas... todos nos sentimos traicionados.

Yo escribí decenas de cartas a Madero, pidiéndole que escuchara al pueblo, que cumpliera sus promesas. Las escribía de noche, a la luz de una vela, con la esperanza de que mis palabras llegaran a su escritorio. Nunca respondió. Mi decepción crecía, y con ella, mi rabia. Me volví irritable, nervioso. Todo me molestaba: el ruido de las carretas en las calles, el canto de los pájaros, incluso el roce de mi propia ropa. Sentía que el mundo entero conspiraba contra mí, que el México que soñaba se desmoronaba ante mis ojos.

»Pero nada, nada en lo absoluto, pudo prepararme para lo que vi el 9 de febrero de 1913.

Hizo una pausa, como si necesitara reunir fuerzas para continuar. Sus manos temblaban un poco, y su mirada se perdió en los árboles del jardín, como si viera en ellos las imágenes de aquel día fatídico.

—Ese día amaneció hermoso, como hoy. El cielo estaba despejado, el aire fresco. Me levanté temprano para ir al centro de la ciudad. Quería rezar en la catedral, buscar un poco de paz en medio de tanta incertidumbre. El parquecito frente a Palacio Nacional estaba lleno de vida: familias que paseaban, niños que corrían, vendedores ambulantes que ofrecían tamales y atole. Compré El Diario, me senté en una banca y me puse a leer. Todo parecía normal, una mañana cualquiera en la Ciudad de México. Pero entonces noté un movimiento extraño. Soldados armados, muchos, comenzaron a reunirse frente a Palacio. No eran los guardias habituales; estos estaban pertrechados, con rifles y cartucheras, como si se prepararan para una batalla. Pensé que era un simulacro, una práctica militar. No obstante, algo en sus rostros, en la tensión de sus movimientos, me hizo dudar.

»Entonces vi algo que me heló la sangre. Sacaron una ametralladora enorme, del tamaño de un cañón, y la montaron en la puerta Mariana de Palacio Nacional. Un oficial gritaba órdenes, y los soldados obedecían con una precisión aterradora. La gente,

curiosa, comenzó a acercarse. Yo también, aunque algo en mi interior me decía que debía alejarme. Pero no podía. Era como si una fuerza invisible me empujara a quedarme, a ser testigo de lo que estaba por suceder.

»Desde el lado de la catedral, llegaron más soldados. No eran los mismos. Estos venían en formación, con fusiles al hombro, y se dirigían hacia los que estaban en el Palacio. La tensión en el aire era insoportable. La gente murmuraba, algunos corrían, otros se quedaban paralizados. Yo busqué refugio cerca de la catedral, pero no podía despegar los ojos de lo que pasaba.

»De pronto, un estallido. La ametralladora rugió, y el mundo se convirtió en caos. Gritos, disparos, el olor a pólvora. Vi cuerpos caer, sangre que corría por el pavimento. Hombres, mujeres, incluso niños, atrapados en el fuego cruzado. Corrí hacia la catedral, tropecé con los cuerpos, con el corazón latiéndome en la garganta. No sé cómo logré entrar, pero cuando lo hice, me desplomé en un rincón, tembloroso, con la ropa manchada de sangre que no era mía.

Juan se detuvo, su voz se quebraba. Sus ojos estaban vidriosos, y por un momento pensé que no podría continuar. No obstante, respiró hondo y siguió:

—Ese fue solo el comienzo. Días después, en La Ciudadela, vi algo aún peor. El asesinato de Gustavo Madero. Lo mataron a sangre fría, como si su vida no valiera nada. Sus gritos aún resuenan en mi cabeza. No puedo dormir sin ver su rostro, sin escuchar los disparos. Después de eso, ya no fui el mismo. Dejé la universidad, me encerré en mi cuarto, bebía para olvidar. Escribía versos, cartas a Huerta, cualquier cosa que me diera un propósito. Pero nada funcionó. Y ahora, aquí estoy, en este lugar donde el tiempo se detiene, preguntándome si alguna vez podré olvidar.

»El aire estaba cargado de una tensión que cortaba la respiración. De repente, todo era silencio, un silencio pesado,

como si el mundo entero contuviera el aliento, a la espera del primer golpe que rompiera la calma. Los presentes, una muchedumbre de civiles curiosos, comerciantes y transeúntes, nos mirábamos unos a otros con los ojos abiertos de par en par, volteábamos hacia un lado y otro, en busca de una señal, un indicio de lo que estaba por desatarse. Nadie hablaba. Nadie se movía. Pero todos sabíamos, en el fondo de nuestras almas, que aquello no era un simulacro. La amenaza era real, y la muerte acechaba en cada esquina del Zócalo.

»Frente al majestuoso Palacio Nacional, el número de soldados que parecían dispuestos a atacar crecía minuto a minuto. Sus figuras, envueltas en uniformes polvorientos, se multiplicaban como una plaga. Al frente, erguido sobre un caballo negro, un hombre de porte imponente, se notaba que era de alto rango, observaba la escena con ojos fríos y calculadores. Era el líder, el cerebro detrás de aquella tropa. Sus gestos eran precisos, su mirada afilada como una navaja. Los soldados, alineados en filas desordenadas, esperaban su señal, con los rifles apretados contra el pecho y los rostros endurecidos por la determinación. Nadie dudaba de su intención: si atacaban, sería una carnicería.

»En mi mente, una sola idea resonaba con fuerza: si aquellos hombres cargaban contra Palacio Nacional, donde una ametralladora aguardaba lista para escupir fuego, no habría escapatoria. La imagen de cuerpos despedazados y sangre que corría por las losas del Zócalo se formó en mi cabeza como una visión infernal. Era un acto suicida, una danza macabra en la que aquellos soldados parecían dispuestos a participar sin importarles el costo. Y, sin embargo, algo en la postura del hombre a caballo me hacía pensar que él lo sabía. Sabía que la muerte los esperaba, pero no le importaba. Su rostro no mostraba miedo, solo una determinación gélida, casi inhumana.

»De pronto, un grito rasgó el aire desde el lado de Palacio Nacional:

»¡Fuego!

»El rugido de la ametralladora estalló como un trueno, y las balas comenzaron a silbar, cortaban el aire como cuchillos invisibles. El hombre a caballo fue el primero en caer, su cuerpo atravesado por una ráfaga que lo arrancó de su montura. Cayó al suelo con un golpe seco, su sangre tiñendo la tierra. Los soldados, tomados por sorpresa, se dispersaron en un caos de gritos y movimientos frenéticos. Algunos intentaron responder al fuego, otros corrieron en busca de refugio, pero el repiqueteo de la ametralladora no se detenía. Era una máquina de muerte implacable, y su furia no discriminaba.

»¡Era una locura! Gente gritaba, caballos relinchaban en pánico, cuerpos caían como marionetas cuyos hilos habían sido cortados. El fuego cruzado alcanzó a todos: hombres, mujeres y niños. En el jardín del Zócalo, donde momentos antes familias paseaban y niños jugaban, ahora yacían cuerpos destrozados. Una madre, con su hijo aún en brazos, cayó muerta junto al quiosco, sus ojos abiertos en una expresión de incredulidad. Un anciano, que apenas había alcanzado a levantar su bastón, fue segado por una ráfaga. El aire olía a pólvora y sangre, el suelo, antes seco y polvoriento, se convirtió en un lodazal de color rojo profundo.

»Yo estaba ahí, paralizado por el terror. Me tiré al suelo, con el corazón que latía tan fuerte que pensé que me estallaría en el pecho. No podía moverme, no podía hablar. El miedo me había convertido en una estatua, incapaz de hacer nada más que observar el horror que se desplegaba ante mis ojos. Los gritos de los heridos se mezclaban con el estallido de las balas, y cada sonido se clavaba en mi mente como un puñal.

»Cuando el fuego cesó, el silencio volvió, pero no era el silencio tenso de antes. Era un silencio de muerte, un vacío que pesaba sobre los hombros de los sobrevivientes. Me levanté, tembloroso, y salí de la catedral, donde me había refugiado de

manera instintiva. Lo que vi me dejó sin aliento. El Zócalo era un campo de batalla: sangre por todas partes, cuerpos amontonados, caballos muertos con las patas rígidas que apuntaban al cielo. El panorama era una pesadilla hecha realidad, un cuadro de guerra que no podía borrar de mi mente.

»Conmocionado, caminé entre los cuerpos, buscaba de manera desesperada a alguien con vida. Pero no había esperanza. Los rostros de los caídos, algunos aún con los ojos abiertos, parecían gritar en silencio su incredulidad ante la muerte. Niños, mujeres, ancianos, soldados... todos yacían juntos, víctimas de una violencia que no respetaba inocencia ni rango. Los caballos, con sus cuerpos destrozados, parecían ser los únicos testigos mudos de la tragedia.

»Entre varios sobrevivientes comenzamos a cargar los cadáveres, apilándolos en montones para facilitar su recolección. Cada cuerpo que levantaba era un peso en mi alma. Nunca imaginé que llegaría el día en que mis manos, temblorosas y manchadas de sangre, sostendrían el cuerpo de un niño, su rostro pálido y sus ropas empapadas en rojo. Me sentía al borde de la locura. ¿Cómo podía ser que los responsables de esto, los hombres de ambos bandos, hubieran ignorado la vida de los inocentes? Para ellos, éramos peones en un juego de poder, sacrificables sin pensarlo dos veces.

»Del lado de Palacio Nacional, los soldados comenzaron a recoger a sus propios caídos, incluido el hombre a caballo, cuyo cuerpo fue arrastrado sin ceremonia. Mientras tanto, los atacantes, o lo que quedaba de ellos, se dispersaron. Algunos, los más audaces o desesperados, escalaron la torre de la catedral, me imagino que eran francotiradores en busca del último bastión. Más tarde supe que permanecieron allí varios días, escondidos con la complicidad de los sacerdotes, quienes, para mi horror, parecían estar de acuerdo con aquella carnicería.

»Los periódicos, como era de esperarse, minimizaron la tragedia. Los titulares hablaban de «enfrentamientos» y «bajas», aunque las cifras reales de muertos y heridos eran un secreto a voces. La sociedad estaba consternada, pero también temerosa. Yo, por mi parte, me encerré en mi casa durante días, incapaz de enfrentar el mundo exterior. El eco de los disparos, los gritos, la sangre... todo aún resonaba en mi cabeza, como un tambor que no dejaba de sonar.

»Pero el aislamiento no podía durar para siempre. El 13 de febrero, cuatro días después de la masacre, decidí salir. Necesitaba aire, luz, algo que me devolviera un poco de cordura. Caminé hacia la Alameda Central, con la intención de sentarme en una banca junto al Hemiciclo a Juárez. Llevé conmigo unos bolillos para alimentar a las palomas, un acto simple que esperaba me trajera algo de paz. Me senté bajo el sol, cerraba los ojos y dejaba que sus rayos cálidos aliviaran el frío que sentía en el alma.

»Estaba sumido en mis pensamientos cuando una comitiva pasó frente a mí. Caminaban por la calle de Patoni, frente al templo de Corpus Christi; alcancé a reconocer al presidente Francisco I. Madero. Su rostro, aunque sereno, cargaba el peso de los días turbulentos. La comitiva siguió por la calle de Plateros; era obvio que se dirigían a Palacio Nacional. No sé qué me impulsó, pero me levanté y me uní al grupo, caminaba a una distancia prudente. No tenía nada mejor que hacer, y la curiosidad, o tal vez el deseo de sentirme parte de algo, me llevó a seguirlos.

»Cuando pasábamos frente al demolido Gran Teatro Nacional de México, el infierno se desató otra vez. Una balacera estalló sin previo aviso, un ataque planeado, una emboscada. Los disparos resonaban desde los edificios cercanos, y los gritos de la multitud llenaron el aire. Me tiré al suelo, para cubrir mi cabeza con las manos, mientras los hombres de Madero respondían al fuego. El caos era absoluto: mujeres corrían, hombres caían, y el polvo se alzaba en nubes densas.

»Entonces, como surgido de la nada, apareció el general Victoriano Huerta. Vestido de civil, con una pistola en la mano, descendió de un automóvil particular. Su presencia era imponente, casi teatral. Corrió hacia Madero, lo tomó del brazo y, tras susurrarle algo al oído, lo llevó rápido al estudio fotográfico Daguerre. Minutos después, ambos se asomaron por el balcón, observaban la calle ahora silenciosa. Un soldado yacía muerto en un charco de sangre, se trataba de uno de los escoltas de Madero, según los murmullos de los curiosos que se arremolinaban.

»Huerta no perdió tiempo. Organizó la marcha hacia Palacio Nacional, y Madero, a caballo, encabezó el grupo como si nada hubiera pasado. La gente, fascinada por el espectáculo, se unió al cortejo, incluían cadetes del Heroico Colegio Militar y civiles curiosos como yo. La entrada al Palacio fue casi triunfal, pero la tensión seguía en el aire. Todos sabíamos que los días de calma eran un espejismo.

»Días antes, el 11 de febrero, otro evento había sacudido la ciudad. En La Ciudadela, Huerta había fingido un ataque de caballería, una maniobra que resultó en una masacre aún peor que la del Zócalo. Durante ocho horas, el enfrentamiento dejó un reguero de cuerpos: soldados, civiles, mujeres, niños, todos mezclados en un tapiz de muerte. El suelo, según los testigos, estaba cubierto de sangre, y los relatos de los sobrevivientes eran tan escalofriantes que apenas podían creerse.

»El 18 de febrero, movido por una mezcla de curiosidad y morbo, visité La Ciudadela. La escena era desoladora. Aunque la gente circulaba, lo hacía con cautela, como si temiera que la violencia pudiera resurgir en cualquier momento. Estaba sentado, observaba el ir y venir de los transeúntes, cuando un grupo de soldados apareció, escoltaban a un hombre detenido. Era Gustavo Madero, hermano del presidente, conocido como «El Ojo Parado» por su ojo de vidrio. Su rostro, aunque marcado por la tensión, mantenía una dignidad que contrastaba con la brutalidad que estaba por desatarse.

»De pronto, los soldados comenzaron a golpearlo con una saña inhumana. La multitud, horrorizada, se dispersó, buscaban refugio detrás de los árboles. Yo, paralizado, vi cómo lo atacaban a quemarropa, disparándole y acuchillándolo con bayonetas. Gustavo gritaba, su voz quebrada por el dolor, mientras intentaba arrastrarse para escapar. Pero no había piedad. Uno de los soldados, ebrio y envalentonado, lo tomó del cabello y, con un cuchillo, le arrancó el ojo sano, dejándolo ciego por completo. Luego, lo fusilaron frente a la estatua de Morelos. Su cuerpo, destrozado, quedó irreconocible. Más tarde supe que tenía más de 80 heridas, y que su familia solo pudo identificarlo por su ojo de vidrio, una mancuernilla y la marca de sus calzoncillos.

El relato de Juan me dejó sin palabras. Durante días, no pude dormir, atormentada por las imágenes que sus palabras habían pintado en mi mente. ¿Cómo podía un hombre presenciar tanto horror y seguir cuerdo? La respuesta nunca llegó. Juan sufría un padecimiento que lo perseguía como una sombra, revivía cada disparo, cada grito, cada cuerpo destrozado. Pero, más allá de su dolor, una pregunta me atormentaba: ¿quiénes eran los verdaderos locos? ¿Los que, como Juan, cargaban el peso de haber visto el infierno, o los que, desde el poder, lo habían desatado?

Reflexión final

El relato de Juan Hernández no es solo la historia de un hombre roto por los horrores de la Revolución Mexicana. Es el testimonio de una nación convulsionada, de un pueblo traicionado por sus líderes, de un joven que soñó con un México mejor y terminó atrapado en las sombras de su propia mente. En La Castañeda, entre los muros fríos y los jardines efímeros, su voz resuena como un eco de aquellos días de sangre y fuego,

recordándonos que la locura no siempre reside en quienes la padecen, sino en el mundo que los quebró.

CAPÍTULO 8 LA LEONA DEL NOROTAL

El día había sido agotador, un torbellino de pasos apresurados resonaba en los pasillos del hospital, donde el eco de mis propios zapatos parecía un tambor insistente. Como enfermera, mi jornada estaba llena de fiebres que calmar, heridas que revisar, medicamentos que administrar y palabras de consuelo que ofrecer a quienes el cuerpo ya no respondía. Pero, gracias a Dios, el turno estaba por terminar. Solo quedaba un último paciente por visitar: el señor Aureliano, un hombre cuya enfermedad, la sífilis en su etapa terciaria, había devastado su cuerpo. Afectaba su cerebro, sus nervios, sus ojos y su corazón, aunque su mente aún parecía aferrarse a recuerdos de un pasado vibrante, como si la enfermedad no pudiera apagar del todo la chispa de lo que fue.

Caminé por los corredores del hospital, con el sol de la tarde colándose por las ventanas, al bañar las paredes blancas con una luz dorada que contrastaba con el aire denso del lugar. Al doblar una esquina, lo vi. Allí estaba Aureliano, sentado en una banca de las jardineras, con la mirada perdida en un horizonte invisible. Su figura encorvada, con el sombrero de palma que nunca se quitaba, parecía una estatua de otro tiempo. Me acerqué, agradecida por la oportunidad de descansar un momento.

—Buenas tardes, señor Aureliano. ¿Cómo amaneció hoy? —pregunté, sentándome a su lado con una sonrisa que intentaba disimular mi cansancio.

Él levantó la vista con lentitud, sus ojos opacos por la enfermedad, pero con un brillo que delataba una mente aún viva. Sus manos, nudosas y temblorosas, descansaban sobre sus rodillas.

—Más o menos, señorita —respondió con voz grave, casi susurrante—. No dormí bien anoche. Fíjese que me desperté en

la madrugada con la sensación de haber vuelto a la revolución, con mi general Ramón Fuentes Iturbe y mi amigo Juan Ramírez.

Pronunció el nombre de Juan con un dejo de melancolía, como si evocarlo removiera una herida antigua. Su rostro se ensombreció, y supe que detrás de esas palabras había una historia que pesaba en su corazón. Intrigada, no pude evitar indagar.

—Oiga, señor Aureliano, ¿quién era ese Juan Ramírez? ¿Qué fue de él? —pregunté, inclinándome un poco hacia él.

Se quedó callado, inmóvil, como si las palabras se le atoraran en la garganta. Se llevó la mano derecha a la frente, frotándola con un gesto de cansancio, y una mueca se dibujó en su rostro curtido.

—Es una historia difícil de contar, señorita —dijo al fin, con un tono que mezclaba dolor y resignación.

—¡A caray! ¿Y por qué es tan difícil? —respondí, intentaba aligerar el momento—. Usted nada más cuente, que yo seré toda oídos.

Su mirada, fija en mí, parecía dudar si valía la pena desenterrar aquellos recuerdos. Sus ojos, nublados por la enfermedad, buscaban en mí una señal de confianza.

—¿De veras quiere escucharla? —preguntó, casi con incredulidad.

—Por supuesto —asentí, acomodándome en la banca, lista para escuchar.

—Nunca se lo he contado a nadie —admitió, y su voz tembló un poco—. Pero ya que insiste, pues ahí le va.

Cerró los ojos por un instante, como si necesitara reunir fuerzas, y comenzó su relato.

—Corría el año de 1910, finales de noviembre, y México ardía en deseos de cambio. La dictadura de Porfirio Díaz había asfixiado al pueblo durante décadas, y la revolución, como un incendio voraz, comenzaba a extenderse por los campos y las sierras. Yo, Aureliano, era un hombre joven entonces, fuerte, con el corazón lleno de ideales y la sangre caliente por la lucha. Cabalgaba en la tropa del general Ramón Fuentes Iturbe, un hombre de mirada fiera y palabra firme, que nos guiaba con la certeza de quien sabe que la historia está de su lado.

»Llegamos a San Antonio Norotal, un pueblo polvoriento en el camino al mineral de Topia, donde se nos unieron nuevos compañeros. Entre ellos estaban Norberto Ramírez y su hijo, Juan Ramírez. Norberto era un hombre de pocas palabras, con el rostro curtido por el sol y las manos callosas de trabajar la tierra. Su hijo Juan, en cambio, era un muchacho de apenas diecisiete años, flaco, de ojos grandes y oscuros, con una timidez que contrastaba con la valentía que pronto descubriríamos en él.

»El general Iturbe me encargó cuidar de Juan, enseñarle el manejo de las armas y ponerlo al tanto de lo que significaba estar en la revolución. Desde el primer día, me cayó bien. Había algo en su manera de hablar, en su forma de escuchar con atención, que lo hacía diferente. Nos hicimos amigos enseguida, inseparables, como hermanos que comparten no solo la lucha, sino los sueños de un México libre.

»Sin embargo, Juan era... peculiar. No tomaba, no fumaba, y cuando intentaba llevarlo a las cantinas o con mujeres, siempre se excusaba. «Estoy cansado, Aureliano», decía, o «mejor otro día». Yo, que era unos años mayor, pensaba que era por su juventud, por ese miedo que a veces tienen los muchachos ante lo desconocido. «Ya crecerá», me decía y reía para mis adentros.

»La vida en la revolución no daba tregua para contemplaciones. Al poco tiempo, una tragedia golpeó a Juan. Su padre, Norberto, cayó en una escaramuza contra los federales.

Fue un golpe duro para él. Lo vi llorar en silencio, con la mirada fija en el horizonte, mientras ataba un moño negro en el lado izquierdo de su camisa. Desde ese día, ese moño fue su sombra, un recordatorio constante de la pérdida.

»A pesar del dolor, Juan no se doblegó. Al contrario, parecía que la muerte de su padre había encendido en él una furia contenida, una determinación que lo hacía imparable. Combatimos codo a codo en las filas de la coronela Clara de la Rocha, una mujer de temple feroz, y su padre, el general Herculano de la Rocha. Llevábamos nuestras carabinas 30-30, cartucheras cruzadas sobre el pecho y sombreros de palma que nos protegían de la inclemencia del sol.

»Las batallas se sucedían, cada una más cruenta que la anterior. Estuvimos en el puente Pumarejo, donde el olor a pólvora se mezclaba con los gritos de los heridos. Participamos en la toma del puente Cañedo, un enfrentamiento brutal donde las balas silbaban como avispa enfurecidas. Luego vino la captura de la fábrica de hilados y tejidos «El Coloso de Rodas», un complejo industrial donde los federales, atrincherados con ametralladoras, nos recibieron con una lluvia de plomo. Juan y yo, agazapados tras unos muros derrumbados, respondimos al fuego con precisión, abatimos enemigos y abrimos paso a nuestra tropa.

»Pero ninguna batalla fue tan memorable como la toma de Tierra Blanca, en la madrugada del 2 de mayo de 1911. Éramos unos cuatro mil hombres, un ejército de sombras que avanzaba bajo la luz pálida de la luna, al mando del general Ramón F. Iturbe y del general Juan M. Banderas, apodado «El Agachado» por su costumbre de moverse con cautela en el campo de batalla. Nuestro objetivo era claro: tomar la plaza de Culiacán, un bastión clave para la revolución.

»El aire estaba cargado de tensión cuando llegamos a Tierra Blanca. Al grito de «¡Viva la Revolución! ¡Viva México!», desatamos una balacera que hizo temblar la tierra. Los federales,

desesperados, se atrincheraron en la Casa de Moneda y en la azotea de la Catedral, pero su resistencia fue inútil. Habíamos vencido a su general Higinio Aguilar y al coronel Luis G. Morelos en combates previos, y ahora Culiacán estaba a nuestro alcance.

»Juan, en esa batalla, fue una fuerza imparable. Luchaba con una ferocidad que sorprendía a todos. Sus disparos eran certeros, su valor inquebrantable. Mientras las balas zumbaban a nuestro alrededor, lo vi avanzar, con el moño negro que ondeaba en su camisa como un estandarte de luto y rebeldía. Su arrojo llamó la atención del general Iturbe, quien, al terminar la batalla, lo ascendió a teniente.

Aureliano hizo una pausa, su mirada brillante hasta ese momento se nubló. Bajó la cabeza, y un silencio pesado se instaló entre nosotros.

—¿Y luego qué pasó, señor Aureliano? —pregunté, incapaz de contener mi curiosidad.

Él suspiró, un sonido profundo que parecía llevar consigo el peso de un siglo.

—Esa es la parte difícil, señorita —dijo, con la voz quebrada—. Juan... Juan Ramírez no era lo que todos pensábamos.

Hizo una pausa, como si las palabras fueran demasiado pesadas para pronunciarlas. Me incliné hacia él, con el corazón latiéndome rápido, esperaba que continuara.

—Después de Tierra Blanca, seguimos en la lucha juntos. Pero algo cambió en Juan. Se volvió más reservado, más distante. Una noche, mientras acampábamos cerca de Mazatlán, me confesó algo que me dejó helado. Me dijo que no era Juan Ramírez, el hijo de Norberto. Era... María Valentina Ramírez Avitia.

Me quedé boquiabierta, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Valentina? —repetí, incrédula.

—Así es —continuó Aureliano, con la mirada fija en el suelo—. Juan, mi amigo, era en realidad una mujer. Se había cortado el cabello, se vestía como hombre y se unió a la revolución para honrar a su padre y luchar por la causa. Nadie lo sabía, ni siquiera el general Iturbe. Ella me pidió que guardara su secreto, y yo, que la quería como a un hermano, juré no decir nada.

El relato de Aureliano tomó un tono aún más sombrío. Me contó cómo Valentina, con gran valentía, siguió en el combate con una fiereza que inspiraba a todos. Pero el peso de su secreto y la brutalidad de la guerra comenzaron a ponerla en evidencia.

—Un día, llegaron unos hombres que la requerían de manera urgente ante el general Iturbe. Al parecer, la habían descubierto. Yo estaba pendiente de lo que pasaría con Valentina. Por lo que pude averiguar, primero se sospechó que era una espía del enemigo, acusación que ella negó en todo momento. Tras ser interrogada durante varias horas, se dieron cuenta de que decía la verdad. Aunque se le felicitó por su osadía, se ordenó su baja inmediata el 22 de junio de 1911 debido a que no se admitían mujeres en las filas. Su fuerte personalidad, que causaba temor tanto entre la tropa como entre los enemigos, también pudo haber influido en la decisión.

»Después de eso, perdí todo rastro de ella. Incluso fui a buscarla a su pueblo, pero su familia no tenía noticias suyas.

El silencio volvió a envolvernos. El sol comenzaba a ocultarse, y las sombras se alargaban en las jardineras. Me quedé sin palabras, conmovida por la historia de Valentina Ramírez Avitia, una mujer que desafió todo para luchar por su país.

—Señor Aureliano —dije al fin, al tomar su mano—, su amiga Valentina fue una heroína. Y usted, al guardar su historia todos estos años, la ha mantenido viva.

Él asintió, con una leve sonrisa que mezclaba orgullo y tristeza.

—Gracias, señorita. Nunca pensé que contaría esto, pero me alegra que alguien lo sepa. Que alguien sepa quién fue «La Leona de Norotal».

Me levanté, y sentía el peso de aquella historia en mi pecho. Mientras caminaba de regreso al hospital, no podía dejar de pensar en Valentina, en su moño negro, en su carabina 30-30, y en el coraje que llevó consigo hasta el final.

Nota del autor:

Los años pasaron, y la vida de María Valentina Ramírez Avitia, conocida como «La Leona de Norotal», se convirtió en una tragedia silenciosa. Tras su baja de la revolución, intentó regresar con su familia en Norotal, pero el rechazo fue devastador. Sus hermanos, resentidos por la muerte de su madre mientras Valentina luchaba, la culparon y la expulsaron de la casa familiar. Sola y sin un hogar al que volver, Valentina vagó por los caminos de Durango y Sinaloa, cargaba el peso de su valentía y su sacrificio.

En su desamparo, un hombre la encontró: el coronel Federico Cárdenas, quien se había enamorado de ella en secreto durante la revolución. Federico, conmovido por su fortaleza y su historia, la buscó de manera incansable hasta hallarla. Le ofreció su amor y protección, y se casaron. Por un breve momento, Valentina conoció la felicidad, sin embargo el destino no le

permitió aferrarse a ella. En 1927, Federico murió, dejándola viuda y sola una vez más.

Valentina intentó reconstruir su vida. Se casó de nueva cuenta con un hombre llamado Luis Celis, pero la tragedia volvió a golpearla: Luis también falleció, y la soledad se convirtió en su compañera constante. Para 1936, la vida de Valentina había dado un giro desgarrador. El general Ramón F. Iturbe, con quien había combatido codo a codo, la encontró que pedía limosna frente a la catedral de Culiacán. La gran guerrera, que una vez había inspirado temor en el campo de batalla, estaba reducida a la indigencia. Compadecido, Iturbe la envió con la señora Julieta Almada en Navolato, quien le proporcionó apoyo. Julieta le rentó una humilde casita, y Valentina se dedicó a lavar y planchar ropa ajena para sobrevivir.

Con el tiempo, logró adquirir un pequeño terreno y construyó una casita de cartón, un refugio frágil que reflejaba su propia vulnerabilidad. Pero incluso ese pequeño consuelo estaba destinado a desvanecerse. Las veladoras que encendía en honor a la Virgen de Guadalupe, su única compañía en las noches solitarias, provocaron una serie de incendios. Los vecinos, siempre atentos, acudían a ayudarla, sin embargo una noche llegaron demasiado tarde, y el fuego consumió su humilde hogar.

En 1962, Valentina intentó reclamar una pensión como veterana de la Revolución. Su valentía fue reconocida, pero la burocracia resultó implacable: solo había luchado cinco meses y diez días, un período insuficiente para calificar. Su sacrificio y audacia no fueron suficientes para el sistema.

La tragedia culminó en 1969, cuando un automóvil la atropelló en Navolato, dejándola inválida. El conductor huyó, y Valentina quedó postrada, su cuerpo tan destrozado como su espíritu. El Ayuntamiento de Culiacán la internó en un asilo de ancianos, pero su alma rebelde no pudo soportar la idea de vivir

encerrada. Con la misma determinación que la llevó a la guerra, escapó, prefería la libertad de las calles a la opresión de un asilo.

Sus últimos años fueron un retrato de resistencia y desamparo. Arrastrándose por las calles de Navolato, pedía limosna en la plazuela y el mercado. Su hogar de cartón, consumido por un último incendio, se llevó lo poco que le quedaba. El 4 de abril de 1979, María Valentina Ramírez Avitia murió. Sus restos, sin honores ni ceremonias, fueron depositados en la fosa común del Panteón Civil de Culiacán. La gran guerrera, que desafió las normas de su tiempo, cayó en el olvido.

Sin embargo, su nombre no se desvaneció por completo. En un giro inesperado del destino, su tenacidad inspiró a Manuel Maciel Méndez, quien decidió honrar su memoria de una manera peculiar. En su honor, nombró a su nueva creación, una salsa picante, «Valentina». Esa salsa, con su sabor intenso y su presencia inconfundible, se convirtió en un símbolo de la fuerza y el espíritu indomable de La Leona de Norotal. Hoy, la salsa Valentina es conocida en México, Estados Unidos, Canadá, España y partes de Latinoamérica, lleva el nombre de esta heroína olvidada a millones de mesas.

Es un error común asociar a Valentina con la canción popular «La Valentina», escrita en 1895, cuando ella apenas tenía dos años. Sin embargo, el verdadero homenaje está en la salsa que lleva su nombre, un recordatorio de que su lucha, aunque ignorada por muchos, dejó una huella imborrable.

María Valentina Ramírez Avitia fue una de las grandes heroínas desconocidas de México. Su vida, marcada por la valentía, el sacrificio y la tragedia, es un testimonio de la fuerza de las mujeres que, en la sombra, construyeron la historia de un país. Mientras escribo estas líneas, imagino a Valentina cabalgar por los campos de Durango, con su carabina al hombro y el corazón encendido por la justicia. Dondequiera que estés, Valentina, tu

grito de lucha resuena aún: «¡Viva la Revolución! ¡Viva México!
¡Viva!»

El Norotal, Tamazula, Durango, 14 de febrero de 1893 -
Culiacán, Sinaloa, 4 de abril de 1979.

CAPÍTULO 9 EL ECO DE LA REVOLUCIÓN

Era una mañana fría y gris en el Manicomio de La Castañeda, donde el aire húmedo se enredaba con los lamentos apagados de los internos y el crujir de los pisos de madera vieja. Las paredes, agrietadas por el paso de los años, parecían absorber los susurros de las almas rotas que habitaban este lugar olvidado en las entrañas de la capital mexicana. Yo, una enfermera joven de apenas veintitrés años, aún intentaba acostumbrarme a los rostros demacrados, a los ojos que miraban sin ver y a las historias que, como fantasmas, se colaban en cada rincón del pabellón. Había llegado al manicomio hacía apenas seis meses, movida por una mezcla de curiosidad y necesidad, pero nada me había preparado para conocer a Eulalio Flores García, un hombre cuya vida parecía tejida con los hilos ensangrentados de la Revolución Mexicana, esa guerra que había despedazado al país y a sus hijos.

El Manicomio de La Castañeda, erigido en 1910 como un símbolo de modernidad, se había convertido en un mausoleo de los olvidados. Sus muros, pintados de un blanco sucio que el tiempo había vuelto gris, estaban impregnados de historias de dolor, locura y abandono. Los internos, hombres y mujeres de todas las edades, vagaban por los pasillos o se acurrucaban en las esquinas, huyendo de sus propios demonios. Algunos gritaban, otros murmuraban oraciones, y unos pocos, como Eulalio, parecían aferrarse a los recuerdos de un pasado que los había roto, pero que también les daba un extraño sentido de propósito.

Ayer, mientras recorría el pabellón de tranquilos, un ala destinada a los pacientes menos agresivos, me topé con Eulalio. Era un hombre flaco, de piel curtida por el sol y los años, con un rostro surcado de arrugas que parecían mapas de batallas perdidas. Sus ojos oscuros, aunque apagados por el cansancio,

aún guardaban un brillo de rebeldía. Estaba sentado en una banca de madera al fondo del pabellón, rodeado por un pequeño grupo de internos que lo escuchaban con una atención casi reverente. Hablaba con una voz grave, interrumpida por pausas largas, como si cada palabra le costara un pedazo de alma. Me acerqué, atraída por la fuerza de su relato, que resonaba con el eco de los disparos, los relinchos de los caballos y los gritos de una revolución que aún parecía viva en su mente.

Eulalio era un veterano de la lucha al lado del general Pancho Villa, uno de los caudillos más temidos y admirados de la Revolución. Sus historias, cargadas de nostalgia y dolor, eran un testimonio de los días en que México se desgarraba entre ideales de justicia y el caos de la guerra. Pero más allá de sus recuerdos gloriosos, lo que me estremeció fue su confesión, dicha casi en un susurro, como si temiera que el mundo lo juzgara: no podía dormir. No era solo el insomnio lo que lo atormentaba, sino el hambre. Un hambre tan feroz que lo había llevado a arrancar un pedazo de yeso de la pared del manicomio y masticarlo con desesperación, para engañar a su estómago y que lo dejara descansar.

—Así es, niña —me dijo con una voz que temblaba entre la resignación y la vergüenza—, cuando el hambre aprieta, hasta el yeso sabe a gloria.

Esa imagen —un hombre que había cabalgado junto a los héroes de la Revolución, reducido a comer las migajas de una pared— me llenó de una indignación que ardía en el pecho. ¿Cómo era posible que un país, por el que tantos habían dado la vida, abandonara a sus soldados en la miseria? La desigualdad social, la pobreza que había empujado a hombres como Eulalio a empuñar las armas, seguía siendo una herida abierta, tan cruel como las balas que aún resonaban en su mente. La Revolución, que había prometido tierra y libertad, parecía haber olvidado a sus hijos más leales, dejándolos a merced de la locura, el hambre y el olvido.

Eulalio había ingresado al manicomio por primera vez el 13 de diciembre de 1915, apenas unos años después de las batallas más cruentas de la Revolución. Según los expedientes, sufría de «melancolía severa» y «delirios recurrentes», términos fríos y clínicos que no hacían justicia al peso de su sufrimiento. Yo sabía que no eran más que palabras para describir un alma destrozada. No podía dormir, no solo por el hambre, sino porque su mente estaba atrapada en los campos de batalla.

—Todavía escucho los balazos, niña —me confesó con los ojos vidriosos—, los gritos de los hombres, el galope de los caballos, y a mi general Villa dando órdenes en medio del polvo y la sangre.

Hablaba de Pancho Villa con una devoción que rayaba en lo sagrado, y de Rodolfo Fierro, su brazo derecho, con una mezcla de admiración y temor.

Recuerdo el día de su ingreso como si fuera ayer. Yo era apenas una aprendiz, una muchacha de provincia que había llegado a la capital con sueños de ayudar a los necesitados. Me habían asignado el pabellón de tranquilos, un lugar que, a pesar de su nombre, estaba lleno de susurros inquietantes y miradas perdidas. Con el expediente de Eulalio en la mano, caminé por el pasillo, para buscar al hombre de la fotografía borrosa que acompañaba los documentos. La imagen mostraba a un hombre joven, de mirada intensa y rostro curtido por el sol y la guerra. Me habían encargado llevarlo a su primer tratamiento, una rutina que incluía baños fríos y sedantes, métodos que, en mi opinión, eran más crueles que curativos. Mientras avanzaba, observé a los internos: algunos estaban sentados en las bancas, murmuraban para sí mismos; otros, acurrucados en las esquinas, parecían huir de sus propios pensamientos. Entonces lo vi, al fondo del pabellón, de pie, gesticulaba con las manos, rodeado por un grupo de internos que lo escuchaban con una atención casi hipnótica.

Eulalio tenía una presencia magnética, a pesar de su cuerpo enflaquecido y sus ropas raídas. Su voz resonaba con una fuerza que contrastaba con su fragilidad física, como si las palabras fueran lo único que lo mantenía anclado al mundo. Me acerqué, intrigada. ¿Qué podía contar un hombre como él, que había visto la muerte de cerca, para mantener a todos tan absortos? Cuando estuve lo bastante cerca, escuché fragmentos de su relato: nombres como «Villa», «Fierro» y «Los Dorados» salían de su boca con un orgullo que parecía desafiar su condición de interno.

—Buenos días, señor Eulalio —lo interrumpí con suavidad, trataba de no romper el hechizo de su historia—. Soy la enfermera que lo llevará a su tratamiento. ¿Cómo se ha sentido hoy?

Él giró la cabeza con lentitud, sus ojos oscuros me estudiaron por un momento, como si intentara decidir si era digna de su confianza. Luego, con una sonrisa cansada, respondió:

—Pues, bien, niña. Pero, con su perdón, ya me quiero ir de aquí.

—¿Irse? —pregunté, sorprendida—. ¿Y a dónde, si se puede saber?

—Pues, con mi general Pancho Villa, ¿a dónde más? —dijo, y su sonrisa se ensanchó, al tiempo que mostraba unos dientes desgastados por los años—. Le juré que solo me tardaría unos días en la capital y que volvería con él, hecho la mocha.

Me reí, incapaz de contenerme ante su entusiasmo.

—¿No me diga que el mismísimo general Villa lo espera?

—Pues, luego, niña, ¡a lo macho! —respondió con un brillo en los ojos—. Viera usted, yo he peleado cuerpo a cuerpo junto a mi general Villa y mi general Rodolfo Fierro.

El nombre de Fierro me tomó por sorpresa. Había oído hablar de él, pero solo en susurros, como si fuera una figura de leyenda, mitad héroe, mitad demonio.

—¿Y quién es ese tal Fierro? —pregunté, fingía ignorancia para animarlo a seguir.

Eulalio me miró con incredulidad, como si hubiera cometido un sacrilegio.

—¿Cómo que quién es, niña? ¡El general Rodolfo Fierro! El brazo derecho de mi general Villa, el más valiente de todos Los Dorados.

—¿Los Dorados? —insistí, cada vez más intrigada—. Cuénteme, señor Eulalio, ¿quiénes son esos «Dorados»?

Se rio, una risa seca que resonó en el pabellón.

—¿Pues dónde vive usted, niña? En Chihuahua, mi general Villa seleccionó a los mejores, noventa y nueve oficiales de las brigadas más bravas, y formó un cuerpo élite. Él mismo los llamó «Los Dorados» por sus uniformes, con esos sombreros Stetson 5x y cazadoras verde olivo. Cada uno llevaba un máuser de siete milímetros, una pistola Colt .44, y montaba un corcel brioso, de los mejores. Eran su escolta personal, niña, y no cualquiera entraba. Había que ser leal, fiero en el combate, y dispuesto a morir por Villa.

Hizo una pausa, su mirada perdida en algún recuerdo lejano. Luego, con un tono más grave, continuó:

—Entre ellos estaba Encarnación Márquez, Pedro Luján, Nicolás Fernández, Candelario Cervantes, Manuel Baca, Martín López, José I. Prieto, Juan B. Vargas... pero el más importante, el más temido, era mi general Rodolfo Fierro. Cuando uno de Los Dorados daba una orden, era como si el mismísimo Doroteo Arango hablara. Y se cumplía, niña, o era la muerte.

Me estremecí ante la solemnidad de sus palabras. Había algo en su voz, una mezcla de reverencia y miedo, que me hacía imaginar a esos hombres cabalgar bajo el sol ardiente del desierto, con el polvo levantándose a su paso.

—Cuénteme más de ese Fierro —le pedí, me senté a su lado, olvidé por un momento el tratamiento que debía administrarle—. ¿Qué lo hacía tan especial?

Eulalio se inclinó hacia mí, como si fuera a revelarme un secreto sagrado.

—Mi general Fierro... uuuuuiii, niña, ese hombre era una fuerza de la naturaleza. Valiente como ninguno, pero temido hasta por el diablo. Si viera, hasta las sombras se apartaban cuando él pasaba. Aunque no siempre fue así. Su vida, niña, fue un calvario desde que nació.

Y entonces, con una pasión que parecía devolverle la vida, comenzó a relatar la historia de Rodolfo Fierro, el hombre al que llamaban «el Carnicero de Villa». Me contó que Fierro había nacido en 1880, en un pueblo olvidado de Sinaloa. Su madre, Rosa Castro, una india yoreme, lo abandonó a los quince días de vida, incapaz de criarlo en medio de la miseria. Su padre, Víctor Félix, un mestizo que trabajaba en las minas, no pudo hacerse cargo de él, y el pequeño Rodolfo fue adoptado por Venancia y Gumercindo Fierro, una pareja humilde que ya tenía siete hijos, pero que lo acogió como propio. Lo criaron con cariño, lo enviaron a una escuela rural donde aprendió a leer y escribir, algo poco común entre los revolucionarios de su tiempo.

—Era un hombre culto, niña, leído y escrito —dijo Eulalio con orgullo. Aunque las armas y la bebida lo llamaban desde joven, y su vida tomó un rumbo oscuro.

En 1902, Fierro se fue al mineral de Cananea, Sonora, en busca de fortuna. Allí trabajó como ferrocarrilero, pero su espíritu inquieto lo llevó a Hermosillo, donde conoció a Luz Decens, una

joven de familia acomodada. Se enamoraron, se casaron, y por un breve momento, Fierro pareció encontrar la paz. Sin embargo la tragedia lo persiguió: Luz murió tras dar a luz a una niña, y la pequeña falleció a los cuatro meses.

—Eso lo quebró, niña —dijo Eulalio, con los ojos brillantes de tristeza—. Me contó una vez, borracho, que desde entonces se sentía muerto en vida.

Fierro encontró su camino en la Revolución. En 1913, se unió a la División del Norte, primero como pagador, luego como combatiente bajo el mando de Villa. Su ferocidad en la batalla lo convirtió en una leyenda, pero también en un hombre temido. Eulalio recordaba una anécdota que me heló la sangre: en una ocasión, Fierro ejecutó a un grupo de prisioneros con tal frialdad que hasta los soldados de Villa temblaron.

—Era leal, niña, aunque su corazón estaba roto. Por eso peleaba como si no tuviera nada que perder.

Mientras escuchaba a Eulalio, podía imaginar a Fierro galopar junto a Villa, su sombrero Stetson brillante bajo el sol, su Colt lista para disparar. Pero también veía al hombre detrás del mito: el niño abandonado, el esposo que perdió a su familia, el soldado que cargaba con el peso de la muerte. Eulalio, con la voz quebrada por los años y el licor, continuó:

—Fíjese, niña, que mi general Fierro no era cualquier pelado. Era el comandante del Cuerpo Rural de Guías, un hombre que manejaba las armas como si hubiera nacido con una carabina en la mano. Valiente como ninguno, no se rajaba ante naiden, ¡ni ante el mismísimo Satanás! Por eso, en la tropa, su nombre corría como pólvora encendida. Le daban las comisiones más peligrosas, las que hacían temblar a los más machos, y él, con su gente, siempre salía victorioso. Si lo hubieran mandado al infierno, ¡viera que se hubiera ido sin pensarlo, con su pistola al cinto, a enfrentarse al chamuco en persona!

Eulalio se rio, una risa áspera que resonó en el pabellón silencioso. Sacó de su morral un puñado de monedas y billetes, reliquias de un tiempo que ya no existía. Me mostró un peso de bolita, con su característico círculo en el centro, y otro que llevaba grabada la frase «Muera Huerta», un grito de rebeldía contra el tirano que asesinó a Madero. Luego, con orgullo, desplegó un billete de 10 pesos, al que llamaban «dos caritas» por los rostros de Francisco I. Madero y Abraham González, mártires de la Revolución.

—Mire, niña, estos bilimbiques de 5 centavos, estos mecates de chapeo y estas fichas de hacienda —dijo, mientras señalaba las monedas desgastadas—. Con esto nos pagaban a los peones en las tiendas de raya. ¡Una miseria! Yo ganaba 35 centavos al día, ¿sabe? Pero pa' mí, estas monedas valen más que oro, porque me las dio mi general Villa.

Con los ojos brillantes de nostalgia, me contó que Fierro no era solo un soldado; era una tempestad humana. Su valentía en la batalla de Tierra Blanca, en noviembre de 1913, fue clave para que Pancho Villa tomara Ciudad Juárez, un triunfo que lo catapultó como líder indiscutible de la División del Norte. Fierro, con su astucia y ferocidad, se convirtió en el brazo derecho de Villa, un hombre en quien confiaba de manera ciega.

—Esa batalla fue de las duras, niña —prosiguió Eulalio, inclinándose hacia mí como si compartiera un secreto—. Los federales de Huerta eran muchos, pero mi general Fierro no sabía de miedo. Él y sus hombres atacaron como fieras, y cuando todo terminó, Villa era el amo del norte. Por eso lo nombraron general de brigada, ¡en menos tiempo del que canta un gallo! Todos querían pelear a su lado, porque Fierro era leal hasta los huesos. Si Villa decía «pa' lante», él obedecía, aunque fuera contra un ejército entero.

El relato de Eulalio se tornó más sombrío al hablar de Victoriano Huerta, el traidor que mandó asesinar a Madero y a Pino Suárez en 1913.

—Ese Huerta se las daba de muy macho, pero si mi general Fierro se le hubiera parado de frente, ¡se orina en los pantalones! —dijo con una mueca de desprecio—. No sería el primero, ¿sabe? Muchos temblaban nomás de escuchar el nombre de Rodolfo Fierro.

Eulalio sacó una fotografía arrugada, tomada en el Palacio Nacional en diciembre de 1914, tras la entrada triunfal de los ejércitos de Villa y Emiliano Zapata a la Ciudad de México. En la imagen, Villa y Zapata estaban sentados al centro, rodeados de una multitud de revolucionarios. A un lado, erguido como un roble, estaba Fierro, con la mirada fija y el porte de quien sabe que el destino lo ha marcado.

—Ahí está mi general —señaló Eulalio, con la voz cargada de orgullo—. Él era de todas las confianzas de Villa. Por eso lo mandaba a rejuntrar dinero pa' la División del Norte. ¿Sabe cómo? Intimidaba a los hacendados ricachones, esos que vivían como reyes mientras el pueblo se moría de hambre. Y si no soltaban la lana, ¡pues Fierro no se andaba con rodeos! En dos semanas, él solo se quebró a quince de esos mondrigos, y con ese dinero comía toda la tropa.

También me comentó que uno de esos «quebrados» fue William Benton, un hacendado inglés dueño de la Hacienda de Santa Gertrudis. Villa lo acusó de proteger a huertistas y colorados rurales, por eso ordenó su fusilamiento. Fierro, sin titubear, ejecutó la orden.

—Benton, el muy burlón, le dijo a mi general: «Dícales que caven la fosa más honda, no sea que los coyotes me saquen» —contó Eulalio, con una risa amarga—. Pero Fierro no estaba pa' bromas. Le metió un plomazo en la choya, y ahí acabó todo.

¡Harta sangre salió, niña! Ese era mi general, un hombre que no se tentaba el corazón.

El relato tomó un giro aún más oscuro cuando Eulalio habló de la traición del general Tomás Urbina, compadre de Villa. Herido y rumbo a un hospital, Urbina había aceptado dinero para entregar la batalla de El Ébano. Doroteo Arango, dolido, dejó la decisión final a sus generales más cercanos. Fierro, que no perdonaba traiciones, lo alcanzó en el camino.

—Mi general se le paró de frente y le gritó: «¿Cuánto te dieron pa' venderte, cabrón? ¡Responde, traidor, a lo macho!» —narró Eulalio, con los puños apretados—. Urbina no dijo nada, agachó la cabeza, y Fierro, más rápido que un relámpago, desenfundó su revólver y le dio un tiro en la frente. Cayó del caballo, y ya en el suelo, mi general le escupió: «¡Jijo de la gran puta!». Eso le dolió mucho a Fierro, porque Urbina era su amigo. Pero pa' él, la lealtad estaba por encima de todo.

Fierro no solo era temido por sus enemigos, sino que su reputación como «El Carnicero» se forjó en actos que helaban la sangre. En Tierra Blanca, tras capturar a 300 orozquistas, los obligó a intentar escapar en un juego macabro: debían correr y saltar una barda mientras él los cazaba a tiros.

—Ja, ja, ja —rió Eulalio, mientras se llevaba las manos al estomago—. Los que lograban brincar la barda, igual los mataba. Él solo, sin ayuda de naiden, y yo nomás le recargaba las pistolas. Los constitucionalistas le tenían pavor, niña. Cuando veían a Fierro, se orinaban como escuincles. ¡Pues no que muy machos!

Pero no todo era gloria. Fierro tenía un demonio que lo perseguía: la bebida. Su dipsomanía lo hacía impredecible, y aunque Villa, que no aprobaba el alcohol, lo respetaba, los roces entre ambos eran frecuentes.

—Mi general Fierro se quebraba a muchos en plena borrachera —confesó Eulalio, mientras bajaba la voz—. Y en las

batallas, ¡válgame! Era una furia. Estuvo en Tierra Blanca, Torreón, San Pedro de las Colonias, Paredón, Zacatecas, León, Celaya... ¡Ahí no más, pa' que vea el calibre del hombre! Por Tierra Blanca, Villa lo puso a cargo de los trenes de la División del Norte, y no era pa' menos, porque esa victoria hizo a Villa gobernador de Chihuahua.

El relato llegó a su clímax con un silencio pesado. Eulalio, con los ojos vidriosos, habló del fatídico 14 de octubre de 1915. La División del Norte avanzaba por Casas Grandes, Chihuahua, en un invierno cruel que congelaba hasta el alma. Fierro, cargado de oro y plata, decidió cruzar la Laguna de Guzmán para evitar el frío. Ignoró las advertencias, y el licor nubló su juicio. Su caballo se hundió en el fango helado, y él, atrapado por el peso de su carga, se ahogó en las aguas gélidas.

—Cuando Villa se enteró, llegó echó la mocha a la laguna —dijo Eulalio, con la voz rota—. Lloró como niño y gritó: «Nadie en el mundo pudo quitarle la vida a Fierro... ¡y este charco maldito se la robó!». Mandó llamar al capitán Kingo Nonaka, un buzo japonés, pa' que sacara el cuerpo. Le ofrecieron 2500 pesos, pero nunca le pagaron, ¡se le pelaron con la lana!

Eulalio terminó su relato con un suspiro, al tiempo que miraba al horizonte. Su salud, quebrantada por la sífilis y la dipsomanía, lo había atrapado en este lugar, pero su espíritu seguía montado a caballo junto a Villa. Su deseo de reunirse con su general era un eco de su devoción por la Revolución, una causa que lo había consumido todo.

Nota del autor:

La muerte de Rodolfo Fierro marcó un punto de inflexión para el villismo. Sin él, la División del Norte perdió a uno de sus pilares. Las derrotas se acumularon, desde Celaya hasta la incursión en Columbus, que llevó a la persecución de Villa por los

estadounidenses. Al final, «El Caudillo del Norte» se rindió y se retiró a la vida privada en Canutillo, hasta su asesinato en 1923. Fierro, conocido como El Carnicero, fue un símbolo de la ferocidad y la lealtad revolucionaria. Su nombre vive en la Laguna Rodolfo Fierro, en Nuevo Casas Grandes, y en monumentos como la estatua de una tonelada en el Museo Nacional Francisco Villa en Durango, donada por Florencio Garza Rodríguez, y el busto en el Museo de Sitio en Canutillo.

En su tumba, una sencilla inscripción reza: General Rodolfo Fierro. 1915. Presente, general Villa.

Si yo hubiera tenido el honor de escribir su epitafio, diría: Estuve donde nadie quiso estar, terminé lo que nadie quiso empezar. Miré al terror a los ojos y le sonreí. Sentí miedo, pero di todo por ti, hasta mi último aliento.

A Rodolfo Fierro, héroe y demonio, le rindo este homenaje. Donde quiera que esté, en combate al lado de su general Villa, su grito resuena: ¡Viva México! ¡Viva la Revolución!

CAPÍTULO 10 LA CORONELA CLARA DE LA ROCHA

En los últimos días, he tenido la oportunidad de compartir momentos muy especiales con un grupo de internos del manicomio donde trabajo. Son personas extraordinarias, llenas de historias que me han cautivado y que me han hecho reflexionar sobre la complejidad de la vida, la lucha y la resistencia. Nos reunimos todas las tardes, después de la comida, en el auditorio del edificio, un lugar que, a pesar de su propósito sombrío, se ha convertido en un refugio para nuestras charlas. Este auditorio es un espacio imponente, con un techo altísimo que debe alcanzar los siete metros de altura, sostenido por una estructura metálica robusta, cubierta con láminas de asbesto que mantienen el interior fresco incluso en los días más calurosos. La ventilación es abundante, gracias a las múltiples puertas y los óculos en la parte superior de las paredes, esos ventanales circulares cubiertos con cortinas negras que se deslizan para bloquear los rayos del sol, crean un juego de luces y sombras que da al lugar un aire casi teatral.

Las paredes están pintadas en dos tonos: un verde oscuro en la parte inferior, que evoca la calma de un bosque, y un blanco impoluto en la superior, que refleja la luz y amplifica la sensación de amplitud. Al fondo, un escenario desgastado pero majestuoso preside el auditorio, un recordatorio de la grandeza de otros tiempos. Fue allí, el 1 de septiembre de 1910, a las diez de la mañana, cuando se inauguró este manicomio en presencia de figuras ilustres de la época, como el entonces presidente Porfirio Díaz y el embajador de Estados Unidos, el señor Henry Lane Wilson.

Pensar en Wilson me provoca un escalofrío. Ese hombre, con su aire de superioridad y su sonrisa calculadora, fue uno de los artífices del golpe de Estado que derrocó y llevó al asesinato del presidente Francisco I. Madero en 1913, junto con el infame

general Félix Díaz, conocido como «el sobrino de su tío» por su única credencial de ser pariente del dictador. También estuvo presente en aquella inauguración Victoriano Huerta, un personaje despreciable, conocido por su traición y su afición desmedida al alcohol. Los internos aquí lo recuerdan con desprecio, aseguran que él, apodado «El Chacal», fue quien los encerró en este lugar, acusándolos de «disidentes» para silenciar sus voces. Según cuentan, Huerta vivía inmerso en el whisky, recorría las calles de la Ciudad de México en su automóvil, con una botella en la mano, citaba a sus secretarios en esquinas como si fueran citas clandestinas, dando órdenes entre tragos. Algunos incluso aseguran que era adicto a la marihuana, un vicio que lo habría hecho más apto para ser internado aquí, en el pabellón de toxicómanos, que para gobernar un país.

Es difícil creer que hombres como Huerta hayan tenido tanto poder. Por suerte, su presidencia fue breve, y ahora se encuentra exiliado, acogido por los mismos estadounidenses que apoyaron sus traiciones para proteger sus intereses económicos en México. Desde la caída de Madero, nuestro país ha sido un torbellino de inestabilidad, con seis presidentes en pocos años. Hoy, en 1915, el presidente es Francisco Lagos Cházaro, pero nadie sabe cuánto durará en el cargo. La incertidumbre es parte de nuestra vida cotidiana, como el eco que resuena en este auditorio cuando alguien alza la voz.

Sin embargo, en medio de esta turbulencia, las tardes con los internos son un oasis de humanidad. Nos sentamos en círculo, compartíamos historias que nos transportan a otros tiempos y lugares. Cada relato es un fragmento de la Revolución, un mosaico de valentía, traición y sacrificio. Yo, con mi cuaderno en la mano, anoto cada detalle, cada nombre, cada fecha, como si al escribirlos pudiera preservar la memoria de estos héroes olvidados. Uno de los internos, el señor Aureliano, es quien más me ha impresionado. Hace unos días, me habló de su amiga Valentina Ramírez Avitia, conocida como «La Leona de Norotal»,

una mujer que desafió todas las convenciones para luchar en la Revolución. Hoy, Aureliano nos compartió otra historia, una que me dejó sin aliento: el relato de la coronela Clara de la Rocha y su padre, el general Herculano de la Rocha, con quienes él y Valentina combatieron codo a codo. Este es su relato, que transcribo con el mayor cuidado para honrar su memoria.

—Nunca olvidaré los días en que tuve el privilegio de luchar junto a la coronela Clara de la Rocha y su padre, el general Herculano de la Rocha. Eran tiempos de fuego y sangre, cuando la Revolución ardía en cada rincón de México, y hombres y mujeres comunes se alzaban para reclamar justicia. Clara y Herculano eran de esas personas que no solo luchaban, sino que inspiraban a otros a hacerlo con el corazón en la mano. Permítanme contarles quiénes eran y qué hicieron, porque sus nombres merecen ser recordados.

»Clara de la Rocha nació en Culiacán, Sinaloa, aunque no estoy seguro del año exacto, pues los registros de entonces eran escasos y la guerra no dejaba tiempo para formalidades. Lo que sí sé es que creció entre Durango y Sinaloa, en una familia de rancheros acomodados. Su padre, Herculano, era un hombre de carácter fuerte, dueño de vastas propiedades en Los Algodones, Sinaloa, donde criaba ganado y cultivaba la tierra con la misma determinación con la que luego empuñaría las armas. Herculano era un hombre de pocas palabras, pero de acciones contundentes, y Clara heredó esa fiereza, no obstante, la llevó a un nivel que pocos podían igualar.

»En 1910, cuando el movimiento maderista comenzó a tomar fuerza, Clara y su padre se unieron a la lucha contra el régimen de Porfirio Díaz. No eran de los que se quedaban de brazos cruzados mientras el país se desangraba bajo la opresión. Clara, con apenas un año de servicio en la Revolución, dejó una huella imborrable. Participó en batallas clave: la toma de Culiacán, la captura de la Casa de Moneda, la Batalla de la Catedral y el combate por la Iglesia del Santuario del Sagrado Corazón de

Jesús. Cada una de estas hazañas podría llenar un libro, pero permítanme contarles la que más me marcó: la toma de Culiacán, el 2 de mayo de 1911.

»Esa madrugada, la ciudad dormía en un silencio engañoso. Éramos unos cuatro mil hombres y mujeres, un ejército improvisado pero lleno de convicción, liderado por figuras como Clara y Herculano. Al grito de «¡Viva la Revolución!», irrumpimos en Culiacán, desatamos una balacera que resonó como un trueno en la noche. Clara, con su carabina 30-30 al hombro, una pistola en la cintura y una espada en la mano, lideraba la carga con una valentía que ponía los pelos de punta. No era alta ni imponente en estatura, sin embargo, su presencia era como un huracán. Sus ojos brillaban con una mezcla de furia y determinación, y su puntería era tan precisa que los federales temblaban al verla acercarse. La apodaban «la coronela» no solo por su rango, sino por la autoridad natural que emanaba de ella. Para las mujeres, el rango de coronela era el más alto que se podía alcanzar en el ejército maderista; no obstante, si hubiera existido un rango superior, Clara lo habría obtenido sin duda. Conocí a otras mujeres que llegaron a ser generales, aunque muchas fueron degradadas después, como si su valentía fuera una amenaza para los hombres que las rodeaban.

»En aquella toma de Culiacán, Clara demostró por qué era una leyenda. Mientras las balas silbaban a nuestro alrededor, ella avanzaba sin temor, dando órdenes con una voz que cortaba el aire como un cuchillo. Valentina, mi amiga, y yo la seguíamos de cerca, impresionados por su destreza. En un momento, nos refugiamos bajo los arcos del antiguo Puente Cañedo, sobre el río Tamazula. Desde allí, Clara, con su puntería infalible, abatía a cualquier federal que se atreviera a asomarse. Los soldados enemigos, que al principio se burlaban de que una mujer estuviera al mando, pronto aprendieron a temerle. «¡Es la coronela Clara!», gritaban, y el pánico se apoderaba de ellos. Nadie podía detenerla.

»Su padre, el general Herculano, no se quedaba atrás. A pesar de su edad, era un hombre de una resistencia asombrosa. Dicen que nació en España, aunque nunca lo confirmé, y que en un combate perdió un ojo, por lo que siempre lo cubría con un paliacate rojo que le daba un aire de pirata. Herculano era un estratega brillante, y en la toma de la Casa de Moneda de Sinaloa demostró su astucia. Lideró un grupo de ataque que, con movimientos precisos, rodeó el edificio y forzó la rendición de los guardias federales. Fue una operación limpia, casi quirúrgica, que dejó claro que Herculano no solo era valiente, sino también un genio militar.

»Aunque si hubo un momento que nunca olvidaré, fue el combate en la Iglesia del Santuario del Sagrado Corazón de Jesús. Los federales, atrincherados en el edificio, nos recibieron con una lluvia de balas. Habían convertido la iglesia en una fortaleza, disparaban desde las ventanas y la azotea. Clara, sin inmutarse, organizó la defensa y lideró un contraataque feroz. Valentina y yo estábamos a su lado, disparábamos sin descanso, mientras la coronela coordinaba cada movimiento con una precisión que parecía coreografiada. Hubo sangre y caos, sin embargo, nuestra determinación era más fuerte. Los federales, al verse superados, comenzaron a huir en desbandada, buscaban refugio en la azotea. Pero Clara no estaba dispuesta a dejarlos escapar. Con paciencia, los esperamos, sabíamos que no tenían salida. Al final, les envió un ultimátum: rendirse o morir. No tuvieron más opción que bajar las armas.

»Recuerdo a Clara después de esa batalla, limpiaba su carabina con una calma que contrastaba con la tormenta que acabábamos de vivir. Era una mujer que no solo luchaba, sino que vivía la Revolución con cada fibra de su ser. En los torneos de puntería, superaba a los hombres con una facilidad que los dejaba boquiabiertos. No había nadie como ella, y su legado, aunque olvidado por muchos, sigue vivo en quienes tuvimos el honor de conocerla.

El relato de Aureliano me dejó sin palabras. Mientras lo escuchaba, no podía dejar de imaginar a Clara de la Rocha, una mujer que desafió todos los prejuicios de su tiempo para convertirse en una figura legendaria. Me pregunté cuántas otras mujeres como ella habrían sido borradas de la historia, sus nombres sepultados bajo el peso de una sociedad que no estaba lista para reconocer su valor. También pensé en Herculano, un hombre que, a pesar de su edad y sus heridas, luchó con la misma pasión que su hija. Juntos, eran una fuerza imparable, un símbolo de la resistencia que definió la Revolución Mexicana.

En el manicomio, las historias de los internos son un recordatorio constante de que la locura, muchas veces, no está en quienes están encerrados aquí, sino en el mundo exterior, donde hombres como Huerta y Wilson manipulaban el destino de un país por poder y dinero. Cada tarde, cuando nos reunimos en el auditorio, siento que tejó un tapiz de memorias, un testimonio de aquellos que lucharon por un México mejor. Mi cuaderno se ha convertido en un santuario para estas historias, y prometo que, mientras tenga fuerzas, seguiré escribiéndolas.

Nota del autor:

El cineasta George Lucas afirmó haberse inspirado en el peinado de Clara de la Rocha para crear el icónico look de la princesa Leia en «Star Wars». Según Lucas, en una entrevista con la revista «Time» en 2002, los característicos chongos de Leia estaban basados en las mujeres revolucionarias mexicanas de la época de Pancho Villa. Sin embargo, esta afirmación ha sido cuestionada, ya que las fotografías de las soldaderas de la Revolución muestran cabello largo, trenzado o cubierto con rebozos, pero nunca con chongos que rodearan las orejas. A pesar de esto, en 2016, el Museo de Arte de Denver exhibió una fotografía de Clara de la Rocha, con su canana y su mirada

desafiante, como parte de una exposición sobre Star Wars y el poder del vestuario. La idea de que una heroína mexicana inspirara a un personaje tan icónico es un testimonio de su impacto, aunque la verdad detrás de esta conexión siga siendo incierta.

Clara de la Rocha falleció el 1 de julio de 1970, y su tumba en el Panteón Civil de Culiacán lleva un epitafio que resume su legado:

Clara de la Rocha, Coronela Revolucionaria de 1910. Con todo el amor de sus hijos, Enrique y Rosa. Descanse en Paz.

Su padre, Herculano, murió en 1918 en Moloviejo, dejó tras de sí un legado de valentía y sacrificio.

México está lleno de héroes como Clara y Herculano, hombres y mujeres de carne y hueso que lucharon en batallas reales, no en galaxias lejanas. Sus historias merecen ser contadas, no solo para honrar su memoria, sino para recordarnos que la lucha por la justicia nunca termina.

CAPÍTULO 11 ME ENCERRARON POR CANTAR

El sol apenas comenzaba a filtrarse por las rendijas de las persianas en el hospital psiquiátrico donde trabajo como enfermera. Era un día más en el turno matutino, y aunque la rutina solía ser agotadora, cada jornada traía consigo historias que me hacían reflexionar sobre la fragilidad de la mente humana. Ayer, sin embargo, fue un día que no olvidaré tan fácil. Tuve una conversación que me marcó de manera profunda, una de esas interacciones que te hacen cuestionar no solo la profesión, sino la vida misma. Fue con el señor Enrique, un paciente que, debo admitirlo, es diferente a todos los demás. No es solo su condición médica lo que lo hace único, sino esa mezcla de vulnerabilidad, fuerza y misterio que lo envuelve. Es, sin duda, un caso poco común.

El señor Enrique lleva años que entraba y salía de instituciones como esta. Los médicos, con todos sus títulos y experiencia, no han logrado descifrar con exactitud qué lo aqueja. Algunos dicen que es esquizofrenia, otros sugieren un trastorno bipolar con episodios psicóticos, y hay quienes incluso especulan con algún tipo de demencia temprana o un trauma no identificado. Pero nadie tiene una respuesta clara. A veces, cuando lo observo, pienso que quizás nació con esa condición, como si el caos que habita en su mente fuera parte de su esencia, algo que lo define tanto como su nombre. Lo único cierto es que, cada vez que lo internan, su estado no parece mejorar. Al contrario, parece atrapado en un ciclo interminable de crisis, tratamientos y reingresos.

Supe de él por primera vez hace un par de años, cuando ingresó por una situación que, según los reportes, había escalado en su comunidad. Vivía en Tepito, uno de los barrios más vibrantes y caóticos de la Ciudad de México. Allí, sus vecinos lo conocían bien, pero no por las razones correctas. Se quejaban de

manera constante de sus comportamientos: gritos en medio de la noche, cánticos a todo pulmón que resonaban por las calles estrechas, y, en los peores días, episodios de agresividad que ponían a todos en alerta. La última vez que lo detuvieron, según el informe policial, fue por «escandalizar en la vía pública». Cantaba a gritos, insultaba a quienes intentaban calmarlo, y, al parecer, había roto algunas ventanas en un arranque de furia. La policía de la séptima delegación no tuvo más remedio que intervenir, y así fue como terminó de nuevo en el hospital.

Ayer, mi turno comenzó como cualquier otro. Revisé los expedientes, organicé los medicamentos para los pacientes y me preparé para las rondas. Cuando vi el nombre de Enrique en la lista de pacientes para la terapia electroconvulsiva, algo en mí se estremeció. No era la primera vez que lo atendía, pero cada encuentro con él era como adentrarse en un rompecabezas sin solución. Me dirigí a su pabellón, un lugar donde el aire siempre parecía cargado de una mezcla de desolación y esperanza contenida. Caminé con lentitud, observándolo desde la distancia antes de acercarme. Estaba sentado en una silla al fondo de la sala, con la mirada perdida en algún punto invisible. Sus manos temblaban un poco, y su rostro, aunque marcado por el tiempo y el sufrimiento, conservaba una chispa de vida que era difícil de ignorar.

—Señor Enrique —dije con suavidad, acercándome con cuidado para no sobresaltarlo—. Me dijeron que hoy tiene una sesión de electroterapia. ¿Cómo se siente?

Él levantó la mirada, y por un instante, sus ojos se encontraron con los míos. Había en ellos una mezcla de confusión, miedo y algo que no podía identificar del todo, como si luchara contra un enemigo invisible dentro de su cabeza.

—Mal, señorita —respondió con una voz quebrada, llevándose las manos a las sienes—. No sé qué me pasa. Siento

que mi cabeza está llena de ruidos... voces que me gritan todo el tiempo. No las puedo detener.

Intenté mantener la calma, aunque sus palabras me golpearon con fuerza. Había escuchado descripciones similares de otros pacientes, pero en Enrique había algo diferente, una intensidad que hacía que sus palabras se sintieran casi tangibles.

—Los doctores dicen que es parte de mi condición — continuó, con una mirada que parecía suplicar una explicación que nadie le había dado—. Pero no logro entender qué quieren decir. No sé qué tengo, señorita. ¿Sabe qué es lo peor?

—¿Qué, señor Enrique? —pregunté, inclinándome un poco hacia él, trataba de transmitirle algo de consuelo.

—¡Que no puedo controlar lo que hago! —respondió, mientras alzaba la voz, aunque no con enojo, sino con desesperación—. Me despierto en medio de la noche y empiezo a gritar sin saber por qué. Mis vecinos se quejan, la policía viene a buscarme... ¡Me tratan como a un animal!

Sus palabras se entrecortaban con sollozos, y sus manos temblaban más mientras se cubría el rostro. Sentí un nudo en el estómago. No era la primera vez que escuchaba historias de pacientes que se sentían atrapados en su propia mente, pero la crudeza con la que Enrique lo describía era desgarradora.

—No se preocupe —le dije, trataba de sonar lo más tranquilizadora posible—. Aquí no está en su casa, señor Enrique. La policía no vendrá, y nosotros nos encargaremos de cuidarlo bien. Venga, lo llevaré a su terapia.

Él asintió con resignación, como si supiera que no había otra opción. Se levantó con lentitud, apoyándose en el respaldo de la silla. Caminamos juntos hacia el área de terapia electroconvulsiva, a paso lento, porque sus piernas parecían no responderle del todo. Durante el trayecto, mi mente no podía dejar de pensar en él. ¿Cómo era posible que alguien tan frágil, tan vulnerable,

podiera continuar en la lucha del día a día? Había algo en su forma de moverse, en la manera en que sus ojos buscaban algo en el horizonte, que me hacía pensar que, a pesar de todo, aún había una chispa de esperanza en él.

Al llegar al área de terapia, lo entregué a mis compañeras enfermeras, quienes ya estaban preparadas para el procedimiento. Me despedí de él con una sonrisa y me apresuré a continuar con mis pendientes. Sin embargo, mientras me alejaba, no podía sacármelo de la cabeza. Imaginaba cómo habría sido su vida antes de todo esto, antes de que su mente se convirtiera en su prisión. ¿Habría tenido una familia? ¿Amigos? ¿Un trabajo que lo llenara de orgullo? La idea de que alguien como él, con tanto dolor acumulado, pudiera haber tenido una vida «normal» alguna vez me parecía casi imposible.

Pasaron varias horas, y mi turno estaba a punto de terminar. Antes de irme, decidí regresar al área de terapia para recoger al señor Enrique. Mientras me dirigía hacia allá, me preguntaba cómo habría reaccionado al tratamiento. La terapia electroconvulsiva no era un procedimiento agradable, y aunque en algunos casos podía marcar una diferencia, también dejaba a los pacientes agotados, confundidos y, a veces, más vulnerables de lo que ya estaban. Ojalá, pensé, mostrara algún signo de mejoría, aunque fuera pequeño. Lo cuidaba mucho, casi como si fuera un familiar. En cierto modo, me recordaba a mi padre: un hombre mayor, endurecido por la vida, pero con un corazón que, en el fondo, solo buscaba un poco de paz.

Cuando llegué, lo encontré sentado en una silla, con la mirada perdida. Estaba más tranquilo que antes, pero era un tipo de calma que no inspiraba esperanza. Era la calma que viene después de un shock, no la que surge de un alivio verdadero. Sus ojos aún cargaban el peso del dolor, y aunque su cuerpo estaba inmóvil, podía sentir que su mente seguía atrapada en una tormenta.

—Señor Enrique —dije, acercándome con suavidad—. ¿Cómo se siente ahora?

No respondió de inmediato. Sus manos descansaban sobre sus rodillas, y sus dedos temblaban un poco. Al final, levantó la mirada y me observó con una expresión que no supe interpretar.

—Cansado —murmuró—. Muy cansado.

Lo tomé del brazo con cuidado y lo ayudé a levantarse. Caminamos de regreso a su pabellón, y aunque intenté animarlo con algunas bromas ligeras, él apenas respondía. Recordé algo que mi padre solía decirme: «La risa lo cura todo». No estaba segura de que eso aplicara en este caso, pero valía la pena intentarlo. Le conté una anécdota tonta sobre un compañero de trabajo que había derramado café en su uniforme, sin embargo, Enrique solo esbozó una leve sonrisa, más por cortesía que por verdadero interés.

Ya en su cama, lo ayudé a acomodarse. Me despedí con un «Descanse, señor Enrique», aunque sabía que no me respondería. Sus ojos ya estaban cerrados, y su respiración era lenta, casi como si estuviera rindiéndose al cansancio. Me alejé con el corazón apesadumbrado, deseaba, aunque fuera por un momento, poder hacer más por él.

Al día siguiente, regresé al hospital con la esperanza de que Enrique estuviera un poco mejor. Cuando llegué a su pabellón, lo encontré sentado en la misma silla de siempre, pero esta vez parecía más despierto, más presente. Había un brillo diferente en sus ojos, y aunque aún lucía frágil, su postura era un poco más erguida.

—Buenos días, señor Enrique —dije con una sonrisa amplia, trataba de infundirle algo de ánimo—. ¿Cómo amaneció hoy?

—Bien, señorita —respondió, y su voz sonaba más clara que el día anterior—. Aunque un poco apenado con los doctores

y las enfermeras que me atendieron ayer. Creo que me puse algo agresivo... es que duele mucho, mucho. Sentía como si me torturaran.

Hizo una pausa, y su mirada se perdió por un momento, como si reviviera el procedimiento.

—Me decían que me callara, que me tranquilizara, aunque no podía parar de gritar —continuó—. Es una sensación de dolor, desesperación y miedo. Después de la terapia, me sentí muy cansado y débil. Me acosté y me quedé dormido. Cuando desperté, me sentía un poco más tranquilo, pero aún me duele todo el cuerpo.

Asentí, trataba de mostrarle empatía. Sabía que la terapia electroconvulsiva podía ser traumática, en especial para alguien como él, cuya mente ya estaba fragmentada por las voces y los recuerdos que lo atormentaban. Pero antes de que pudiera decir algo, Enrique comenzó a hablar de nuevo, esta vez con un tono más agitado, como si las palabras se le escaparan sin control.

—Estaban pegándome en la mano con un martillo —dijo, al tiempo que me mostraba esa mano temblorosa sobre su regazo—. Me decían que era para que les dijera dónde estaba escondido el dinero, pero yo no sabía nada. Me pegaban hasta que mi mano quedó tullida. La observé, estaba deformada, y no podía moverla con normalidad. También me golpeaban en la cabeza para que me callara, sin embargo, no podía parar de gritar; el dolor era demasiado.

Su relato era confuso, lleno de detalles que no parecían encajar con la realidad. Hablaba con tanta convicción que, por un momento, me pregunté si en realidad había vivido algo así o si era una construcción de su mente. Intenté traerlo de vuelta al presente, anclarlo a algo concreto.

—Señor Enrique, eso no pasó aquí —le dije con suavidad—. Está en el hospital, y nadie le ha pegado. ¿Cómo le fue en su terapia ayer?

Él parpadeó, como si mis palabras lo hubieran sacado de un trance. Sacudió la cabeza de forma ligera y respondió:

—Bien, señorita. Ya había estado en el pabellón número dos, segundo piso de observación. Ahí me dieron electroshocks, quince descargas en la espina dorsal. Duele mucho... Gritaba y gritaba. Me decían: «¡Cállate, pinche loco!». Yo les contestaba: «Loco tú, cabrón». Y me respondían: «¡Qué te calles! ¡Ora verás!». Me daban más descargas y me decían: «¡Aguántate como hombre!». A veces se me salía hasta la pipí, y me amenazaban: «¡Mira, cabrón, ya te measte! ¡Ora vas a limpiar con la lengua!».

Su relato era tan vívido que me estremecí. Aunque sabía que parte de lo que decía era una mezcla de recuerdos distorsionados y alucinaciones, no podía evitar sentir empatía por el dolor que transmitía. Intenté cambiar el tema para sacarlo de ese espiral de angustia.

—¡Qué bien! ¿Usted canta? —pregunté, recordaba lo que había mencionado sobre sus cánticos en Tepito.

—¡Sí! —respondió, y por primera vez, una chispa de alegría iluminó su rostro—. Por eso me amarraron con mecates y me decían: «¡A ver si así te callas!». Pero yo les contestaba: «¡No me callo! ¡Si así nací, así seguiré hasta que me lleve el tren!».



Sonreí ante su entusiasmo. Había algo conmovedor en su rebeldía, en su negativa a dejar que el mundo apagara su voz, aunque esa voz fuera la que lo metía en problemas una y otra vez.



—¿Cuál es la canción que más le gusta? —le pregunté, animándolo a hablar.

—Pues cuál va a ser, el corrido La Adelita —respondió con una sonrisa amplia, como si la sola mención de la canción le devolviera la vida.

—Cántese un pedacito, pero sin gritar, porque nos pueden llamar la atención —le dije, guiñándole un ojo.

—Pa' luego es tarde —respondió, y con una voz bastante clara, comenzó a cantar:

 «En lo alto de la abrupta serranía, acampado se encontraba un regimiento, y una moza que valientemente los seguía, locamente enamorada del sargento». 

 «Popular entre la tropa era Adelita, la mujer que el sargento idolatraba, porque, además de ser valiente, era bonita, y hasta el mismo coronel la respetaba». 

Su voz, aunque temblorosa, tenía una calidez que me hizo sonreír. Por un momento, el señor Enrique no era un paciente en un hospital psiquiátrico, sino un hombre que encontraba refugio en la música, en las historias que lo conectaban con un mundo más simple, más humano.

—¿Qué tal, le gustó la canción? —preguntó, mirándome con ojos brillantes.

—Claro, señor Enrique, ¿a quién no le va a gustar si está de moda? —respondí, bromeaba para mantener el ambiente ligero—. Pero dígame, ¿cómo recuerda las canciones que le gusta y no recuerda nada de su pasado?

Él se quedó en silencio, y su sonrisa se desvaneció poco a poco. Por un momento, pensé que no respondería, pero entonces dijo en voz baja:

—No lo sé... yo mismo me lo pregunto.

De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza y comenzó a sollozar, secándose las lágrimas con la manga de su camisa raída.

—No llore, por favor —le dije, acercándome para poner una mano en su hombro—. ¿Qué le pasó? Si estaba tan contento...

—Es que me da el sentimiento... —murmuró entre sollozos—. Me pregunto: ¿cómo terminé aquí? ¿Acaso nunca tuve esposa e hijos? ¿Será que me porté tan mal en la vida que terminé aquí, solo como perro?

Sus palabras me atravesaron. No había respuestas fáciles para sus preguntas, y aunque quería consolarlo, sabía que cualquier palabra que dijera sonaría vacía. Me limité a quedarme a su lado, escuchándolo, dejaba que su dolor encontrara un espacio para existir.

El resto del día transcurrió con la rutina habitual, aunque la imagen del señor Enrique no se apartaba de mi mente. Pensé en él mientras preparaba los medicamentos, mientras hablaba con otros pacientes, mientras llenaba los reportes. Había algo en su historia, en su lucha, que me hacía querer saber más, entenderlo mejor. Pero también sabía que, en este trabajo, a veces lo único que puedes hacer es estar presente, ofrecer un poco de humanidad en medio del caos.

Al final del turno, antes de irme, volví a pasar por su pabellón. Estaba dormido, con el rostro más relajado de lo que lo había visto en todo el día. Me quedé mirándolo un momento, deseaba en silencio que algún día encontrara la paz que tanto buscaba. Quizás, pensé, su amor por cantar era su manera de aferrarse a la vida, de recordarse a sí mismo que, a pesar de todo, seguía siendo humano.

Mientras salía del hospital, el eco de su voz que cantaba La Adelita resonaba en mi cabeza. Y aunque sabía que volvería a

verlo en su próxima crisis, una parte de mí no podía evitar soñar con el día en que lo viera salir de aquí, libre, con una sonrisa en el rostro y una canción en los labios. Como decía mi padre, «soñar no cuesta nada»

CAPÍTULO 12 YO NO NACÍ, A MI ME DESPERTARON

Hoy fue uno de esos días que se clavan en el alma como un cuchillo oxidado. Trabajo como enfermera en el área de electroterapia del hospital psiquiátrico, un lugar donde el aire siempre parece cargado de electricidad estática y desesperanza. Cada día, me enfrento a imágenes y sonidos que se aferran a mi mente como sombras imposibles de sacudir. Los cuerpos de los internos, rígidos y temblorosos bajo las descargas eléctricas, se convierten en un espectáculo que, aunque parte de mi rutina, nunca deja de ser perturbador. Sus rostros, desencajados por el dolor o la confusión, se graban en mi memoria, y sus gemidos, aunque amortiguados por las correas y los sedantes, resuenan en mi cabeza mucho después de que termina mi turno.

Hoy, mi asignación fue supervisar a Antonio, uno de los internos que recibió una sesión de electroterapia esta mañana. La palabra «terapia» suena casi amable, como si prometiera alivio o sanación, pero aquí, en este lugar olvidado por la humanidad, no es más que un eufemismo para los electroshocks: descargas brutales que sacuden el cuerpo y la mente, que dejan a los pacientes en un estado de fragilidad que a veces parece más cruel que la enfermedad misma. Mi trabajo consiste en observarlos después de cada sesión, vigilar cualquier reacción adversa, tomar notas y, en la medida de lo posible, ofrecer algo de consuelo, aunque sé que mis palabras rara vez llegan a donde en realidad importan.

Cuando entré al pabellón para recoger a Antonio, el aire estaba impregnado de ese olor metálico y rancio que parece impregnarse en las paredes de este lugar. Lo encontré sentado en una silla de metal, con la mirada perdida en un punto indefinido del suelo. Su cabello desordenado caía sobre su frente, y sus manos temblaban un poco, como si aún sintieran los ecos de la

corriente que había recorrido su cuerpo minutos antes. Me acerqué con cautela, trataba de proyectar calma, aunque por dentro sentía una opresión en el pecho que no podía ignorar.

—Buenos días, Antonio —dije, forzaba una sonrisa profesional—. Soy la enfermera que lo atenderá hoy. ¿Cómo se siente después de su terapia?

No respondió de inmediato. Sus ojos, hundidos y rodeados de ojeras, apenas se movieron. Parecía estar atrapado en un lugar al que yo no tenía acceso, un rincón oscuro de su mente donde las palabras no llegaban con facilidad. Insistí, pero mantenía mi voz suave, aunque firme.

—¿Cómo se siente después de su terapia?

Por fin, levantó la mirada, y con un esfuerzo que parecía agotarlo, murmuró:

—¡Me iban a matar los electroshocks, señorita!

Sus palabras salieron torpes, entrecortadas, como si su lengua se resistiera a formarlas. Había una mezcla de miedo y resignación en su voz, y por un momento, me pregunté si en realidad creía que las descargas podían acabar con él. Me acerqué un poco más, modulaba mi tono para no abrumarlo.

—¿Ya vino algún familiar a visitarlo? —pregunté, intentaba cambiar el rumbo de la conversación hacia algo menos doloroso.

—Pues... tres veces vinieron a visitarme —respondió, con la misma dificultad para articular.

—¿Cómo? ¿Vino su familiar tres veces? —repetí, asegurándome de haber entendido bien.

—Sí... tres veces, nomás. O cuatro —dijo, al tiempo que fruncía el ceño como si intentara recordar algo que se le escapaba.

—No le entendí, ¿dijo cuatro veces? —insistí, inclinándome un poco hacia él.

—Sí —afirmó, con un movimiento lento de cabeza.

—¿Quién lo visitó esas cuatro veces?

—Un señor. ¿Usted lo conoce, señorita? —preguntó, y por primera vez, sus ojos parecieron buscar los míos, como si esperara que yo tuviera alguna respuesta que él no podía encontrar.

—No, ¡qué va! ¿Dónde lo visitó ese señor? —respondí, trataba de mantener la conversación fluida.

—Fue cuando... estaba en el pabellón de reos y agitados, aquí en el manicomio —dijo, y su voz se volvió más débil, como si el esfuerzo de recordar lo agotara.

—¿Y qué parentesco tiene con usted?

—Dicen que es mi tío, pero no. Porque yo no tengo familia —respondió, con una certeza que me heló la sangre.

—¿Y qué fue de su familia? ¿Dónde está? —pregunté, incapaz de contener mi curiosidad, aunque sentía que entraba en un terreno frágil.

—No tengo familia, señorita.

—¿Qué les ocurrió? —insistí, asombrada por su respuesta.

—Nunca tuve familia. Yo no nací, a mí me despertaron.

El mundo pareció detenerse. Sus palabras, dichas con una calma inquietante, me golpearon como un viento frío. «Yo no nací, a mí me despertaron». ¿Qué significaba eso? Me quedé mirándolo, buscaba en su rostro alguna pista, pero sus ojos estaban vacíos, como si estuvieran fijos en un abismo que solo él podía ver. Intenté procesar lo que acababa de escuchar, aunque

no había lógica que pudiera darle sentido a una declaración tan desconcertante.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Se encogió de hombros, como si no tuviera una respuesta clara ni para sí mismo.

—No lo sé. Solo sé que no tengo recuerdos de mi infancia. No tengo recuerdos de nada... antes de despertar —dijo, y su voz se quebró, como si las palabras fueran demasiado pesadas para pronunciarlas.

Sentí un escalofrío que me recorrió la espalda. Había algo profundo y perturbador en su tono, en la forma en que parecía estar atrapado entre la realidad y un vacío que no podía explicar. Me acerqué un poco más, movida por una mezcla de compasión y curiosidad.

—¿Cómo lo despertaron? —pregunté, tomándole las manos con suavidad. Sus dedos estaban fríos, y temblaban un poco bajo mi toque.

Cerró los ojos, como si intentara retroceder a un lugar que preferiría olvidar. Cuando habló, su voz era apenas audible.

—No lo sé. Solo sé que estaba... en un lugar oscuro. Y luego, de repente, estaba aquí, en este lugar.

—¿Un lugar oscuro? —repetí, trataba de encontrarle sentido a sus palabras—. ¿Qué quiere decir con eso?

Abrió los ojos, y por un instante, vi un destello de desesperación en su mirada.

—No lo sé. Solo sé que era un lugar donde no había nada. Ni luz, ni sonido, ni nada. Y luego, de repente, estaba aquí, con gente que me hablaba y me tocaba. No sabía quién era ni qué pasaba.

—¿Y no tienes recuerdos de antes? —insistí, aunque sentía que estaba empujándolo demasiado lejos.

Negó con la cabeza, y un hilo de saliva se deslizó por la comisura de su boca. Su incapacidad para cerrar la boca por completo, su mirada perdida, todo en él gritaba fragilidad. Me llené de una mezcla de confusión y desconcierto. ¿Qué le había pasado a este hombre? ¿Cómo había llegado a este estado?

La conversación terminó poco después. Antonio parecía agotado, y yo no quería presionarlo más. Lo acompañé de vuelta a su habitación, asegurándome de que estuviera cómodo, aunque sabía que la palabra «cómodo» no tenía sentido en un lugar como este. Mientras lo dejaba allí, sentado en su cama con la mirada fija en la pared, no podía sacarme sus palabras de la cabeza. «Yo no nací, a mí me despertaron». Era una frase que resonaba como un eco en mi mente, cargada de misterio y dolor.

Decidí que necesitaba saber más. Esa misma tarde, me dirigí al archivo general del hospital, un lugar húmedo y polvoriento donde se almacenaban los expedientes de los internos. Después de una breve espera, el encargado me entregó un grueso archivo con el nombre de Antonio y su número de identificación. Me senté en una mesa vieja, bajo la luz tenue de una lámpara, y comencé a leer.

El expediente era un rompecabezas de informes médicos, notas psiquiátricas y registros fragmentados. Según los documentos, Antonio había ingresado al manicomio hacía más de una década, vagaba por las calles en un estado de confusión extrema. Había sufrido un trauma craneal severo, quizás por un accidente o una agresión, y estuvo en coma durante varias semanas. Al despertar, no podía recordar su nombre, su familia ni nada de su pasado. Los médicos lo diagnosticaron con amnesia disociativa, pero los tratamientos iniciales —medicamentos, terapia de conversación— no dieron resultados.

A medida que leía, mi corazón se hundía. Antonio había sido sometido a una serie de procedimientos experimentales: electroshocks, hipnosis, incluso inyecciones de fármacos cuya naturaleza no estaba clara en los registros. Aunque lo que más me impactó fue un informe añadido años después de su ingreso. Mencionaba que Antonio había sido seleccionado para un programa de investigación neurológica y psicológica, diseñado para estudiar los límites de la memoria y la identidad humana. Los detalles eran vagos, pero las palabras «sujeto experimental» y «estimulación cerebral» aparecían en repetidas ocasiones, junto con notas sobre reacciones adversas y deterioro cognitivo.

Era evidente que Antonio no era solo un paciente; había sido una rata de laboratorio, un lienzo en blanco para experimentos que buscaban desentrañar los misterios de la mente humana, sin importar el costo. Los informes sugerían que los procedimientos habían dañado aún más su frágil mente, dejándolo en un estado de desconexión total. No había mención de mejoras, solo de «resultados inconclusos» y «efectos secundarios severos».

Cerré el expediente con las manos temblorosas. ¿Qué clase de experimentos le habían hecho? ¿Qué habían intentado descubrir a costa de su humanidad? Me imaginé a Antonio, atrapado en ese lugar oscuro del que hablaba, un vacío que tal vez no era solo una metáfora, sino el resultado de años de intervenciones crueles que habían borrado todo rastro de quién era.

Esa noche, mientras regresaba a casa bajo un cielo gris, no podía dejar de pensar en él. Sus palabras, su mirada perdida, el peso de su existencia fracturada. ¿Quién era Antonio antes de «despertar»? ¿Era en realidad un homicida, como decían los informes, o solo un hombre atrapado en una pesadilla creada por otros? No tenía respuestas, pero una cosa era segura: No era solo un paciente más. Era un recordatorio de lo frágil que es la mente humana, y de lo lejos que algunos están dispuestos a ir en nombre de la ciencia.

Mientras las luces de la ciudad parpadeaban a mi alrededor, me prometí a mí misma seguir con la investigación. Tal vez no pudiera devolverle a Antonio su pasado, pero al menos podía intentar entender su verdad. Por él, y por todos los que, como él, habían sido olvidados en las sombras de este lugar.

CAPÍTULO 13 ME QUITARON A MI BEBÉ

Hace un par de días, mientras recorría los pasillos del manicomio de La Castañeda, me detuve frente a una mujer sentada en un rincón del patio, bajo la sombra de un roble seco que parecía tan agotado como los muros de este lugar. La llamaban «Petra» con cariño, aunque su verdadero nombre, según los registros, era María Petra López. Era una mujer oaxaqueña de unos 36 años, aunque su rostro, surcado por arrugas prematuras y una mirada que oscilaba entre la melancolía y la confusión, parecía cargar con un siglo de vida. Sus manos, ásperas y nerviosas, jugueteaban con un pedazo de tela que siempre llevaba consigo, como si fuera un amuleto o un recuerdo que no podía soltar.

Petra había llegado a La Castañeda a los 16 años, enviada desde su pueblo en la región de Tehuantepec, Oaxaca, tras un episodio que marcó su vida para siempre. Según su expediente, que hojeé con cuidado en la oficina polvorienta del archivo, Petra había quedado embarazada a los 14 años. Dio a luz a una niña sana, a quien llamó Luz, un nombre que, según los rumores entre las enfermeras, eligió porque la pequeña parecía iluminar su mundo. Aunque la alegría de la maternidad duró poco. Cuando Petra buscó al padre de la niña, un hombre joven del pueblo que trabajaba en los campos de caña, este la rechazó con desprecio. «No quiero hijas, solo varones», le dijo, según los relatos que se consignaron en su expediente. Aquellas palabras, duras como un golpe, se clavaron en el corazón de Petra, que regresó a casa con su hija en brazos, destrozada pero decidida a protegerla.

Lo que ocurrió después fue una tragedia que aún se susurraba entre las internas y el personal del manicomio. En un acto desesperado por demostrarle a Luz cuánto la amaba, Petra la abrazó con una fuerza que no midió. La niña, frágil y apenas nacida, no resistió el abrazo. Petra, en un estado de conmoción y

dolor, no comprendió de inmediato lo que había sucedido. Cuando la comunidad descubrió el filicidio, el rechazo fue inmediato. El pueblo, aferrado a sus tradiciones y supersticiones, la señaló como una mujer maldita, una madre incapaz, una sombra peligrosa. La expulsaron sin miramientos, y su familia, avergonzada, decidió mantenerla enclaustrada en su casa durante meses, hasta que un segundo embarazo volvió a sacudir sus vidas.

A los 15 años, Petra dio a luz de nueva cuenta, esta vez a otra niña. Pero su familia, temía que la historia se repitiera, actuó con rapidez. Apenas nació la pequeña, se la arrebataron de los brazos y la entregaron a unos parientes lejanos. Petra, devastada y sin derecho a opinar, fue enviada a la Ciudad de México, donde ingresó a La Castañeda en 1910, justo cuando el manicomio abría sus puertas como un símbolo de modernidad y control social. Desde entonces, habían pasado veinte años, y Petra seguía atrapada en los muros de ese lugar, con la mente fragmentada por el dolor, la culpa y el olvido.

Me acerqué a ella con pasos cuidadosos, consciente de que su historia no era solo un expediente, sino una vida rota por circunstancias que escapaban a su control. El patio estaba casi vacío, salvo por un par de internas que murmuraban entre sí y un enfermero que vigilaba desde la distancia, con el cansancio típico de quien ha pasado demasiadas horas en este lugar olvidado. Me senté a su lado en un banco de madera desgastado, sentía el frío del metal oxidado en las patas. Petra no levantó la mirada de inmediato; sus ojos estaban fijos en el pedazo de tela, un retazo azul deshilachado que acariciaba con dedos temblorosos.

—Petra, ¿cómo estás hoy? —pregunté con voz suave, trataba de no irrumpir demasiado en su mundo.

Ella alzó la vista con lentitud, como si despertara de un sueño profundo. Sus ojos, oscuros y hundidos, parecían buscar algo en mi rostro, quizás una señal de confianza.

—Bien... supongo —respondió, con una voz rasposa que apenas se escuchaba. Luego, volvió a bajar la mirada hacia la tela.

Decidí ser paciente. Había aprendido, en mis años de trabajo como enfermera en La Castañeda, que las internas como Petra no respondían bien a la prisa o a las preguntas directas. Su mente, atrapada en un laberinto de recuerdos rotos, necesitaba tiempo para encontrar un camino hacia la superficie.

—¿Recuerdas algo de tu pasado, Petra? —pregunté con cuidado, al tiempo que tomaba su mano con suavidad. Sus dedos estaban fríos, y por un momento temí que mi gesto fuera demasiado invasivo, pero ella no se apartó.

Guardó silencio durante largos minutos, como si mi pregunta hubiera caído en un pozo sin fondo. Al final, con una voz apenas audible, dijo:

—No. No recuerdo nada.

Su respuesta me golpeó con una mezcla de tristeza y frustración. Sabía por su expediente que su memoria estaba fragmentada, tal vez como un mecanismo de defensa ante el trauma. Pero algo en su tono, en la forma en que sus ojos se nublaron al responder, me hizo insistir.

—¿No recuerdas haber tenido un segundo bebé? —pregunté, aún más delicada y medida con mis palabras.

Petra frunció el ceño, y por un instante su rostro se llenó de asombro, como si le hubiera hablado en un idioma desconocido.

—¿Un bebé? —repitió, su voz temblorosa—. No... no recuerdo nada de otro bebé.

La confusión en su mirada era desgarradora. Me di cuenta de que, para ella, el tiempo se había detenido en algún punto indeterminado de su pasado, quizás en el momento en que perdió

a Luz o cuando le arrebataron a su segunda hija. Veinte años en La Castañeda, rodeada de paredes grises, gritos ahogados y el eco de su propia soledad, habían borrado casi todo lo que fue.

No pude evitar preguntarme si era justo dejarla en esa oscuridad, en esa niebla que envolvía su mente. ¿Tenía derecho a remover el pasado, a abrir heridas que quizás ella misma había sellado para sobrevivir? Pero también pensé en la posibilidad de que la verdad, por dolorosa que fuera, le diera algún tipo de paz. Tomé una decisión, no sin antes respirar hondo para armarme de valor.

—¿Quieres saber la verdad sobre tu pasado, Petra? —le pregunté, inclinándome un poco hacia ella, mientras buscaba su mirada.

Ella me observó con una mezcla de curiosidad y temor, como un animal herido que no sabe si confiar en la mano que se le ofrece.

—¿Qué verdad? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Me tomé un momento para elegir mis palabras. Sabía que lo que diría podía cambiarlo todo para ella, para bien o para mal.

—Tu pasado es complicado —comencé, buscaba un tono que fuera firme pero amable—. Creo que mereces saber quién eres, qué viviste. No estás sola en esto, Petra. Estoy aquí contigo.

Ella asintió con lentitud, aunque sus ojos seguían cargados de desconfianza.

—¿Qué verdad? —repitió, esta vez con un dejo de urgencia.

Respiré hondo y me lancé al vacío, sabía que no había vuelta atrás.

—Tuviste un bebé hace veinte años, una niña. Pero tu familia... ellos no quisieron que la criaras. Te la quitaron y te enviaron aquí, a La Castañeda.

El silencio que siguió fue tan pesado que parecía llenar todo el patio. Petra me miró con una expresión de shock, sus manos apretaban la tela con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué? —murmuró—. No... no recuerdo nada de eso.

—Lo siento, Petra —respondí, sentía que mi voz se quebraba—. Pero es la verdad. Y creo que tienes derecho a saberla.

Ella no dijo nada más. Sus ojos se perdieron en algún punto del horizonte, como si intentara encontrar en el cielo gris de la ciudad una respuesta, un recuerdo, algo que le diera sentido a mis palabras. De pronto, se puso de pie con una agilidad que no esperaba, y comenzó a caminar hacia la puerta del patio, con pasos rápidos y decididos.

—¿Dónde vas? —le pregunté, levantándome de un salto para seguirla.

—Voy a encontrar a mi hija —dijo, su voz cargada de una determinación que no había visto antes. Era como si, por un instante, la Petra de hace veinte años hubiera despertado, fuerte y decidida, lista para reclamar lo que le habían arrebatado.

Corrí tras ella, tomándola con suavidad del brazo para detenerla.

—Espera, Petra, no puedes irte así. No sabemos dónde está tu hija, ni qué pasó con ella después de que te la quitaron.

Ella se detuvo, pero su mirada era feroz, casi salvaje.

—Tengo que encontrarla —insistió—. Tengo que saber qué le pasó.

Su desesperación me rompió el corazón. En sus ojos vi no solo el dolor de una madre, sino la rabia de una mujer a la que le habían robado todo: su libertad, su familia, su derecho a decidir.

No podía dejarla sola en esto, pero tampoco podía permitir que se lanzara a una búsqueda imposible sin preparación.

—Está bien —le dije, trataba de calmarla—. Te ayudaré a encontrar a tu hija, aunque debemos hacerlo de manera segura y responsable. No podemos salir y correr sin un plan.

Petra me miró con una mezcla de gratitud y desconfianza, como si temiera que mis palabras fueran solo una promesa vacía. Pero algo en mi tono, o quizás en mi mirada, la convenció. Asintió con lentitud y murmuró:

—Gracias, señorita. Gracias por ayudarme.

En ese momento, supe que estaba comprometida con ella, no solo como parte de mi trabajo, sino como un deber humano. No sería fácil. La Castañeda no era un lugar que facilitara las búsquedas personales; sus archivos eran un caos, y las historias de las internas a menudo se perdían entre diagnósticos vagos y burocracia. Pero no podía darle la espalda a Petra, no después de haber visto la chispa de esperanza que mis palabras habían encendido en ella.

—Te prometo que investigaré —le dije, al tiempo que sostenía su mano con firmeza—. Pero necesitarás ser paciente. Esto no será inmediato. Han pasado muchos años, y encontrar respuestas llevará tiempo.

Petra asintió, y por primera vez en ese día, una pequeña sonrisa se dibujó en su rostro.

—Si ya esperé veinte años, puedo esperar un poco más —respondió.

Los días siguientes fueron una mezcla de esperanza y frustración. Comencé a indagar en los archivos de La Castañeda, buscaba cualquier pista sobre lo que había sucedido con la segunda hija de Petra. Los registros eran un desastre: páginas amarillentas, tinta desvaída, notas escritas a mano que apenas se

podían leer. Encontré el expediente de ingreso de Petra, fechado en octubre de 1910, pero no había mención alguna de su segunda hija, solo una nota escueta que decía: «Paciente enviada por su familia tras episodio de inestabilidad mental». La palabra «inestabilidad» me pareció cruel y vaga, como si el dolor de una madre pudiera reducirse a un término médico.

Hablé con algunas enfermeras mayores, aquellas que llevaban décadas de trabajo en el manicomio y conocían las historias que no aparecían en los papeles. Una de ellas, Doña Rosa, una mujer de cabello gris y mirada cansada, me contó que los casos como el de Petra no eran raros en aquella época. Muchas mujeres jóvenes, en especial de comunidades rurales, eran enviadas a La Castañeda por «escándalos» que iban desde embarazos fuera del matrimonio hasta comportamientos considerados inaceptables por sus familias.

—A veces, las familias entregaban a los bebés a parientes o los daban en adopción sin dejar rastro —me explicó Doña Rosa mientras tomábamos un café en la sala de descanso—. En el caso de Petra, es probable que su hija fuera criada por alguien de su familia, o tal vez la entregaron a un orfanato. Pero sin nombres ni fechas exactas, será como buscar una aguja en un pajar.

Sus palabras me desanimaron, pero no podía rendirme. Decidí escribir a las autoridades de Tehuantepec, para solicitar información sobre la familia de Petra y cualquier registro de adopción o traslado de un bebé en 1910. También contacté a una amiga que trabajaba en el archivo diocesano de Oaxaca, con la esperanza de que los registros bautismales pudieran arrojar alguna luz. Mientras tanto, volví a visitar a Petra, asegurándome de que no perdiera la esperanza.

Cada encuentro con ella era una lección de paciencia y empatía. A veces, estaba lúcida y hablaba con entusiasmo sobre su hija, imaginándola como una joven fuerte y valiente. Otros días, su mente se nublaba, y volvía a negar que hubiera tenido un

segundo bebé. En esos momentos, yo solo me sentaba a su lado, escuchándola hablar de Luz, de su pueblo, de los días en que bailaba en las fiestas de Tehuantepec con un vestido bordado que su madre le había hecho.

Una tarde, mientras compartíamos un pan dulce que le había llevado, Petra me tomó de la mano y me dijo:

—¿Crees que mi hija me odia? Si sabe quién soy, si sabe lo que hice... ¿crees que me perdonará?

Su pregunta me dejó sin palabras. ¿Cómo responder a algo así? Al final, le dije lo que sentía en el corazón:

—Petra, no creo que te odie. Nadie que entienda tu historia podría odiarte. Lo que pasó con Luz fue un accidente, y lo que pasó con tu segunda hija no fue tu decisión. Si ella te encuentra algún día, estoy segura de que querrá conocerte, saber quién eres.

Ella asintió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ojalá pueda abrazarla algún día —murmuró—. Aunque sea una vez.

Pasaron semanas, y las respuestas a mis cartas comenzaron a llegar. La oficina de Tehuantepec confirmó que la familia de Petra aún vivía en el pueblo, aunque no tenían información sobre la niña. Mi amiga del archivo diocesano, sin embargo, encontró un registro bautismal de una niña llamada María, nacida en 1910, cuya madre figuraba como «desconocida» y que había sido entregada a una familia de la ciudad de Oaxaca. No había pruebas de que fuera la hija de Petra, pero era una pista, la primera que tenía.

Decidí compartir la noticia con Petra, aunque con cautela. Le conté que había una posibilidad, solo una posibilidad, de que su hija estuviera viva y que viviera en Oaxaca. Sus ojos se

iluminaron, y por un momento vi en ella a la joven de 16 años que había llegado a La Castañeda, llena de vida y esperanza.

—¿Podemos ir a buscarla? —preguntó, su voz temblorosa de emoción.

Le expliqué que no era tan sencillo, que necesitaba más información y que, como interna, no podía salir del manicomio sin autorización. Pero le prometí que seguiría la investigación, que no me rendiría hasta encontrar respuestas.

Esa noche, mientras escribía en mi diario, reflexioné sobre el peso de la memoria y el olvido. Para Petra, el olvido había sido una forma de sobrevivir, pero también una prisión. La verdad, aunque dolorosa, parecía estar devolviéndole algo que había perdido: el derecho a ser madre, a ser humana, a ser más que un diagnóstico en un expediente. No sabía si encontraríamos a su hija, aunque sí sabía que, por primera vez en veinte años, Petra tenía una razón para mirar hacia el futuro.

CAPÍTULO 14 LA FAMOSA CANCIÓN <<VALENTINA>>

Otro día más de vida, y mi corazón rebosa de gratitud. Como cada mañana, me levanto con el entusiasmo de quien sabe que el día traerá nuevas historias y momentos para compartir. Mis pasos resuenan en los pasillos del Manicomio General La Castañeda mientras me apresuro hacia el auditorio. Hoy, como todas las tardes, los internos se reunirán para compartir sus relatos, y yo, como enfermera, no puedo esperar a escuchar lo que tienen para contar. Mi cuaderno, fiel compañero, está listo para capturar cada palabra, cada detalle, como si el tiempo mismo pudiera guardarse entre sus páginas.

Mientras camino, contemplo la majestuosidad de este lugar. El Manicomio General, con sus altos muros de piedra y sus amplios jardines, es una obra imponente, construida sobre lo que alguna vez fue la célebre Hacienda de la Castañeda, propiedad del acaudalado Ignacio Torres Adalid. Nunca imaginé que un lugar tan lleno de historia se transformaría en un refugio para almas inquietas. La hacienda, en su apogeo, era un emblema de lujo y tradición. Producía el mejor pulque de la región, y los fines de semana se convertía en un punto de encuentro para la élite. Había paseos a caballo, música en vivo y grandes fiestas que atraían a los más acaudalados. La entrada costaba 25 centavos, una suma que, para muchos, era inalcanzable. Mi abuelo, quien trabajó en la hacienda, solía contar con orgullo cómo los domingos veía llegar a los visitantes, ataviados con sus mejores galas, mientras él cuidaba los magüeyes o ayudaba en las caballerizas.

La hacienda era un mundo en sí misma. Tan grande era que necesitaba un ejército de trabajadores: desde peones hasta cocineras, pasando por maestros para la escuela que el señor Torres Adalid mandó construir para los hijos de sus empleados. Mi padre fue uno de esos niños que aprendieron a leer y escribir en esas aulas. Mi abuelo recordaba con especial emoción el día

en que Don Porfirio Díaz, acompañado de su esposa, la señora Carmen, y su hija, inauguró la escuela con gran pompa. Era un hombre de porte imponente, y su amistad con Torres Adalid era bien conocida. En uno de esos paseos dominicales, Don Porfirio le propuso al dueño de la hacienda venderle los terrenos para un proyecto ambicioso: el Manicomio General. Tras largas negociaciones, Torres Adalid cedió, y así nació este lugar que hoy recorro, un sitio donde la historia respira en cada rincón.

Llego al auditorio, al que muchos llaman «teatro» por su aire solemne, con sus bancas de madera pulida y un escenario que parece esperar las voces del pasado. Los internos ya están reunidos, charlan de forma animada. El ambiente está cargado de expectativa, como si cada relato fuera a desentrañar un pedazo de la historia de México. Me siento en una esquina, con mi cuaderno abierto, lista para transcribir. De pronto, una voz se alza entre el murmullo:



—¡Aureliano, cuéntanos una de tus historias de la Revolución! —pide un interno, con los ojos que brillan de curiosidad.



Aureliano, un hombre de rostro curtido y mirada profunda, se aclara la garganta y se pone de pie. Su presencia impone respeto, como si llevara el peso de mil batallas en los hombros. Con una sonrisa nostálgica, comienza:

—Miren, muchachos, antes de contarles una historia, quiero que entiendan por qué comenzó todo esto. «La bola», como le decíamos a la Revolución, estalló el 20 de noviembre de 1910, a las cinco de la tarde. Fue el grito de un pueblo hartado, cansado del yugo de Porfirio Díaz, de sus científicos y de los terratenientes que nos exprimían. La Iglesia, los hacendados, todos vivían a costa de nuestra miseria. Pero nosotros, los de abajo, dijimos «¡basta!» y tomamos las armas.

Hizo una pausa, como si reviviera aquellos días. Los internos lo miraban en silencio, cautivados.

—Éramos un ejército de sueños rotos, pero también de esperanzas. Por las noches, junto a las fogatas, cantábamos bajo la luz de la luna. Con una guitarra y un trago de pulque, las canciones nos daban fuerza. Una de mis favoritas era la de «Valentina». ¿La conocen? —preguntó, y tarareó con voz grave:

 «Una pasión me domina, y es la que me hizo venir, Valentina, Valentina, yo te quisiera decir».

 «Dicen que por tus amores, un mal me va a seguir, no le hace que sea el diablo, yo también me sé morir».

La melodía flotó en el aire, y varios internos sonrieron, algunos canturreaban en voz baja. Aureliano continuó:

—Siempre me pregunté quién era la Valentina de esa canción. ¿Qué mujer podía inspirar versos tan sentidos? Tuve la suerte de conocer a dos grandes mujeres llamadas Valentina, y por un momento pensé que alguna de ellas podría ser la musa. La primera fue mi amiga Valentina Ramírez Avitia, una valiente que se disfrazaba de hombre para pelear en la Revolución. Pero no, no era ella. Se lo pregunté de manera directa, y con esa franqueza que la caracterizaba, me dijo:

«No fui yo, Aureliano. Yo apenas tenía dos años cuando compusieron esa canción. La verdadera Valentina era una muchacha de Navalato, hermosa como ninguna. Un tal Miguel, un enamorado de Texas, le escribió esos versos porque estaba loco por ella. Sin embargo, un general apodado «El Tigre» se la llevó, y juntos se fueron a Morelia, Michoacán, poco antes de que estallara la Revolución. Lo último que supe es que ella era soldadera, siempre al lado de su hombre».

Aureliano hizo una pausa, bebió un sorbo de agua y continuó:

—Luego conocí a otra Valentina, una mujer de Michoacán, de un pueblito perdido en las montañas. Se llamaba Valentina A. Vázquez Ramírez. La «A» era por el apellido de su padre, pero ella nunca lo pronunciaba. Decía que no valía la pena nombrarlo. Cuando le pregunté si ella era la Valentina de la canción, me miró con esos ojos negros que parecían atravesarte y me dijo, muy seria:

«¡No! La Valentina de la canción es la de Navolato, una mujer hermosa, que no soy yo».

Y créanme, no era mujer de andarse con rodeos. Era coronela, una figura imponente. Nunca la vi con hombre alguno, siempre iba sola, armada hasta los dientes: una carabina 30-30, un cuchillo bien afilado y una pistola pequeña escondida en sus botas. Sus cananas cruzadas eran su sello, y peleó codo a codo con el mismísimo Pancho Villa.

Aureliano sonrió, como si recordarla le trajera un orgullo inmenso.

—De la Valentina de la canción, nunca supe su nombre completo, ni su fecha de nacimiento exacta. Pero por lo que me contaron, debió haber nacido cerca de 1875. Y esa es la historia de la verdadera Valentina.

El auditorio estalló en aplausos. Algunos internos pidieron más detalles, pero Aureliano se limitó a sonreír y a prometer otra historia para mañana. Yo, con el lápiz aún tembloroso de emoción, cerré mi cuaderno, sabía que había capturado un pedazo de la Revolución.

Nota del autor:

La figura de Valentina A. Vázquez Ramírez es un enigma envuelto en la bruma de la historia. Su nombre completo incluye esa misteriosa «A», que corresponde al apellido de un padre al

que ella, por razones desconocidas, decidió borrar de su vida. Optó por llevar con orgullo los apellidos de su madre, Vázquez Ramírez, como un símbolo de su independencia y fortaleza. La información sobre ella es escasa, fragmentada, como sucede con tantas figuras de la Revolución Mexicana, cuyos nombres a veces se pierden en el caos de la guerra.

Sin embargo, un relato extraordinario nos permite acercarnos a esta mujer excepcional.

En 1972, un matrimonio compuesto por un médico cirujano y una química farmacobióloga, personas de gran corazón, tuvo el privilegio de conocer a la coronela Valentina A. Vázquez Ramírez. Todo comenzó en un sanatorio particular, donde el médico atendía a un paciente que había sufrido un infarto. Ese paciente no era otro que el general Francisco Mendoza, apodado «El Borrao» por sus característicos ojos grises. La química, cuya identidad permanece en el anonimato, se trasladó de inmediato al sanatorio para realizar análisis urgentes. Mientras trabajaba, sintió una mirada fija, casi intimidante. Al voltear, se encontró con una mujer de edad avanzada, vestida con un uniforme militar descolorido pero impecable. Sus ojos negros brillaban con una intensidad que parecía capaz de leer el alma.

El médico, muy emocionado, presentó a su esposa:

«Te presento a la coronela Valentina A. Vázquez Ramírez, veterana de la Revolución Mexicana, quien luchó junto a Pancho Villa».

La coronela se levantó con un porte que desafiaba su edad. Extendió la mano con firmeza, pero sus ojos parecían evaluarla, como si buscara confirmar si era digna de confianza. Con el tiempo, esa primera impresión dio paso a una amistad profunda. La química, preocupada por la situación de la coronela, quien había llegado hacía poco tiempo de Mexicali sin un lugar fijo donde vivir, le ofreció quedarse en su hogar. Valentina aceptó, y

durante los siguientes doce años, de 1972 a 1984, se convirtió en parte de su familia.

La coronela tenía una relación especial con el general Mendoza, a quien llamaba «hermanito» con cariño. Contaba que él se había unido a su tropa a los 18 años, y su vínculo era casi fraternal. A menudo lo visitaba, y juntos recordaban los días de la Revolución. También acompañaba a la coronela a visitar a otros veteranos, como una pareja de esposos —ella corneta de órdenes, él sargento primero— que la admiraban de manera profunda, aunque sus nombres se han perdido en la memoria.

En una ocasión, la química, movida por la curiosidad, le hizo la pregunta que tantos se habían hecho:

«¿Usted es la Valentina de la canción?»

La respuesta de la coronela fue inmediata y contundente:

«¡No! La canción habla de la Valentina de Navolato, una mujer hermosa que yo nunca fui. Ella era soldadera, seguía a la tropa. Yo, en cambio, era coronela. Dirigía a mi gente, siempre armada, con mis cananas cruzadas».

Para probar sus palabras, levantó su blusa y mostró las cicatrices que marcaban su cuerpo: huellas de una vida de combate. Contó que Pancho Villa la había nombrado generala, junto con otras dos mujeres, pero al finalizar la Revolución, el ejército mexicano no reconoció ese rango para las mujeres, relegándolas al grado de coronelas. Su tono no denotaba amargura, sino orgullo, como si esas marcas fueran medallas de honor.

La química, fascinada por su historia, organizó un festejo por el cumpleaños de la coronela. Valentina, agradecida, preparó unas carnitas que todos alabaron. Sin embargo, un día, la coronela desapareció por casi un año. Al regresar, contó que había construido una pequeña casa a orillas de un arroyo en Francisco Zarco, Valle de Guadalupe, Ensenada. Pero una

crecida del río destruyó su hogar, llevándose sus pocas pertenencias. Con el corazón apesadumbrado, aunque con la misma determinación de siempre, regresó a Mexicali.

En una reunión política en esa ciudad, la química comentó a una amiga:

«Ustedes, las mujeres de Mexicali, deben estar orgullosas de que la coronela resida aquí por temporadas».

La respuesta de su amiga fue como un golpe:

«¿Te refieres a esa viejilla loca que dice haber luchado con Pancho Villa? No le hagas caso, a lo sumo fue una de tantas mujeres que se acostaba con él».

La química, indignada, replicó:

«Te voy a sacar de tu error. ¡Ya verás cuándo!».

Decidida a reivindicar la memoria de su amiga, la química pidió autorización a la coronela para presentarla en el Auditorio de la Sociedad Médica y realizarle estudios que certificaran sus cicatrices de guerra. Valentina, con su característica dignidad, aceptó, pero insistió en que primero se obtuviera el permiso del jefe militar de la región. El general, un hombre de cuatro estrellas, no solo dio su autorización, sino que prometió asistir al evento junto a otros militares de alto rango. Además, emitió una constancia oficial que acreditaba a la coronela como militar retirada y revolucionaria distinguida.

Durante un mes, la coronela se sometió a exhaustivos exámenes médicos: análisis de sangre, orina, radiografías y estudios físicos. Los resultados se compilaron en un expediente voluminoso. El día del evento, el auditorio estaba abarrotado de militares, médicos, periodistas, mujeres de agrupaciones sociales y la familia de la química. La amiga de Mexicali, que había dudado de la coronela, también estaba presente. Valentina apareció con su uniforme de gala, un sombrero tejano y una presencia que

llenaba el espacio. Cuando se leyó el expediente, los asistentes se pusieron de pie para ovacionarla. Los estudios médicos confirmaron fracturas en piernas y brazos, una cicatriz de quemadura en la nuca —tal vez por una soga—, un orificio de bala que atravesó su cabeza de parietal a parietal, otro en el pecho que de forma milagrosa no tocó órganos vitales, y una cicatriz en la pierna derecha por un machetazo, tratada, según ella, con carne fresca. Un certificado ginecológico añadió un detalle contundente: «hímen intacto», lo que desmentía cualquier rumor sobre su vida personal.

La coronela también reveló que, al final de las batallas, había servido como enfermera y partera, que atendió a heridos y mujeres en labor de parto. Los médicos presentes la felicitaron por sus conocimientos, que, aunque empíricos, eran impresionantes. Al finalizar el evento, la química presentó a la coronela con su amiga de Mexicali, quien, avergonzada, la saludó con respeto.

Años después, la química, ya de 80 años, lamentaba haber olvidado algunos detalles, pero su relato seguía vivo, un testimonio de la grandeza de una mujer que desafió su tiempo. La coronela Valentina A. Vázquez Ramírez continuó siendo una figura activa hasta 1986, cuando solicitó tierras para campesinos. En sus últimos años, sufrió caídas y desnutrición, por lo que fue internada varias veces. En 1987, se le perdió la pista en Ensenada. Al final, fue trasladada a un asilo en Brawley, California, donde falleció tras cinco años de luchar contra diversas enfermedades. Sus restos fueron cremados, y sus cenizas, tal y como ella ordenó, fueron esparcidas en el Golfo de California, frente a San Felipe.

Hoy, su fotografía ocupa un lugar destacado en el museo de la SEDENA, un reconocimiento a su legado.

Donde quiera que esté, la coronela Valentina A. Vázquez Ramírez sigue siendo un símbolo de valor y resistencia. Nos unimos para gritar:

¡Viva México!

¡Viva la Revolución!

CAPÍTULO 15 UNA DE LAS INTERNAS FUE SOLDADERA

Desde hace días observo a una interna de nuevo ingreso en el hospital psiquiátrico donde trabajo como enfermera. Su presencia me inquieta, no por algo que haya hecho, sino por la tristeza que parece envolverla como un manto pesado. Su figura delgada, de tez morena y cabello negro como la noche, siempre está sentada en el mismo lugar, cerca de los baños, en el frío suelo de mosaicos. Allí, con la cabeza hundida entre las rodillas y los brazos que rodean sus piernas, llora en silencio, como si cargara un peso imposible de soltar. Su rebozo, gastado, aunque colorido, le sirve para secarse las lágrimas que caen sin cesar. Es joven, no más de veintitantos, pero sus ojos reflejan una pena tan profunda que parece haber vivido varias vidas de sufrimiento.

No puedo evitar sentir una mezcla de curiosidad y compasión. Quiero saber qué le ha pasado, qué la ha llevado a este estado de desolación. Decidí que hoy me acercaría a ella, con cuidado, para intentar hablar. Tal vez pueda ofrecerle algo de consuelo, o al menos, hacerle saber que no está sola. Me acerqué con lentitud, procuraba no perturbar su frágil calma. Estaba en su rincón habitual, con el cabello que caía como una cortina oscura alrededor de su rostro, ocultaba de manera parcial sus facciones. Me senté a su lado, mantenía una distancia respetuosa, y con voz suave le dije:

—Hola, ¿estás bien?

No respondió. Su cuerpo permaneció inmóvil, como si mi voz no hubiera llegado hasta ella. Insistí, con la misma suavidad:

—No te preocupes, estoy aquí para ayudarte. ¿Quieres hablar sobre lo que te pasa?

Por un momento, temí que no diría nada, que mi presencia la incomodaría. Pero entonces, con lentitud, levantó la cabeza.

Sus ojos, grandes y oscuros, estaban enrojecidos por el llanto, y reflejaban un vacío que me estremeció. Me miró de forma fija, como si intentara decidir si podía confiar en mí.

—No sé —murmuró al fin, con una voz tan baja que apenas la escuché.

Intenté sonreír para aliviar la tensión.

—A veces, cuando me siento perdida, hablar con alguien me ayuda. ¿Quieres contarme algo? Prometo escucharte.

Ella me observó con una mezcla de sorpresa y cautela. Tras un largo silencio, asintió con un movimiento casi imperceptible.

—Fui soldadera —comenzó, con timidez, como si las palabras le pesaran—. Andaba con la tropa del general Zapata. Él era bueno con nosotras, las mujeres. Nos respetaba, nos cuidaba. Por eso lo queríamos tanto.

Hizo una pausa, como si recordar aquellos días le doliera. Yo permanecí en silencio, dándole espacio para continuar. Su voz, aunque frágil, comenzó a fluir con más fuerza, como si al fin hubiera encontrado una vía para liberar su historia.

—Cuidaba a mi marido, Filemón, y a mis hijos. Siempre estaba pendiente de ellos, de que no se enfermaran, de que tuvieran comida. Les hacía su salsita con muchos chilitos, tortillitas recién hechas, frijolitos. Nunca les faltó nada, aunque a veces no teníamos mucho. Pero yo me las arreglaba.

»Un día, como tantos otros, caminamos horas bajo un sol que quemaba la piel. Las soldaderas no teníamos caballos, esos eran para los hombres, porque ellos eran los que peleaban. Nosotras cargábamos todo: los petates, los sarapes, las ollas, la comida. Yo llevaba a mi pequeño de un año en la espalda, envuelto en mi rebozo. También cargaba una canasta con mis trastes y lo necesario para cocinar. El polvo lo cubría todo, no se veía más que tierra y más tierra. Todos teníamos sed, pero no

siempre había agua. Para aguantar, recogía una piedrita del camino y la chupaba. Así engañaba a la sed.

»Éramos mujeres recias, acostumbradas a trabajar duro, como si fuéramos hombres. Pero ese día, mis pies no podían más. Estaban hinchados, ardían de tanto caminar. Le pedía a Diosito y a la Virgencita de Guadalupe que nos dejaran descansar. Rezaba con toda mi fe, y justo cuando terminé mi oración, dieron la orden de parar para acampar. Sentí un alivio enorme.

»Pero descansar no era para nosotras. En cuanto llegábamos, buscábamos un lugar para los niños, los acomodábamos y salíamos a buscar leña. Ese día no fue fácil; la leña que encontraba estaba verde, no servía. Caminé un buen rato hasta que di con unos troncos secos. Los llevé al campamento, encendí la lumbre y puse mi olla de barro con agua y un poco de cal para que el maíz se cociera más rápido. Saqué unos elotes de mi bolsa, los deshojé con cuidado y los desgrané mientras el agua empezaba a hervir.

»Estaba agotada, sin embargo no había tiempo para quejas. Me senté un momento, aunque las tripas me rugían de hambre. Tomé el molcajete y comencé a moler unos chilitos verdes para la salsa. Mientras molía, mi mente no paraba. Me preguntaba: «¿Cuándo acabará esta guerra? ¿Y si termina, a dónde iremos? ¿Nos darán las tierras que prometieron?» Eran preguntas sin respuesta, pero no podía dejar de pensar en ellas.

»El agua ya estaba lista, así que eché el maíz. Pronto estaría cocido, y podría molerlo para hacer la masa de las tortillas. Por un momento, todo parecía en calma. La sombra de un árbol me daba un poco de alivio, y una brisa fresca me acariciaba el rostro. Mis pequeños jugaban en la tierra, reían, hacían montoncitos de lodo. Sus risas me hacían suspirar de alivio, de esperanza.

»De pronto, escuché voces a lo lejos. No entendía qué decían, pero algo en el tono me puso alerta. Giré la cabeza y vi a

mi Filemón que hablaba con José, el marido de mi amiga Felipa. Hablaban en susurros, como si compartieran un secreto. Luego se despidieron, y mi marido se acercó a mí con una expresión que me heló la sangre. Tenía los ojos abiertos de par en par, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Qué pasa? ¡Dime qué fue! —le insistí, con el corazón acelerado.

No decía nada, solo se rascaba la cabeza, nervioso. Volví a preguntar, hasta que se acercó a mi oído y susurró:

—Pues... ¡es la Felipa!

—¿Qué le pasó a mi amiga? ¡Dímelo ya! —exigí, sentía que el aire se me iba.

—No aguantó el viaje. Venía montada en el caballo, pero llegó muerta. ¡Ya está bien tiesa! —dijo, con la voz quebrada.

—Sentí como si un balde de agua helada me hubiera caído encima. Mi cuerpo se paralizó, mi mente se nubló. Felipa, mi amiga de toda la vida, mi compañera, mi hermana de corazón, se había ido. Nos conocíamos desde niñas, habíamos compartido risas, sueños, miedos. Ella me entendía como nadie. Ahora dejaba atrás a cuatro pequeños huérfanos.

»No pude contener las lágrimas. Me rodaban por las mejillas mientras intentaba procesar la noticia. Era algo común en la tropa; a veces los niños no resistían, otras veces eran las mujeres. Pero que fuera Felipa... eso me destrozó. Pensé en José, en sus hijos, en cómo seguirían adelante. «Ojalá encuentre pronto a otra soldadera que cuide a esos pequeños», me dije, aunque sabía que nadie reemplazaría a mi amiga.

»El maíz ya estaba cocido. Enseguida me puse a molerlo para hacer las tortillas. Filemón se fue con José a enterrar a Felipa. Así era en la tropa: los muertos se enterraban donde cayeran, profundo, para que los coyotes no los desenterraran.

Mientras echaba las tortillas al comal, lloraba en silencio, secándome las lágrimas con el rebozo. Mis hijos me miraban, preocupados.

—¿Por qué lloras, mami? ¿Te duele la pancita? —preguntó el mayor, con sus ojitos llenos de inocencia.

—Se me metió tierra en los ojos —mentí, forzaba una sonrisa.

»Mi pequeño se acercó, tomó mi rostro con sus manitas sucias y me secó las lágrimas. Luego me abrazó y me dijo:

—Te quiero mucho, mami.

—Ese abrazo fue como un rayo de luz en medio de la oscuridad. Mis hijos eran mi fuerza, mi razón para seguir adelante, aun cuando todo parecía derrumbarse. Por la noche, Filemón regresó hambriento. Ya tenía listos los frijoles, la salsa picante, un café que les encantaba a mis pequeños y las tortillas recién hechas. Nos sentamos a comer bajo el cielo estrellado. La luna llena iluminaba el campamento, y a lo lejos se oían risas, guitarras que tocaban corridos, hombres que jugaban cartas o tomaban pulque. Por un momento, la vida parecía casi normal.

»Después de la cena, mis hijos se durmieron. Yo fui la última en comer, como siempre. Mientras guardaba la comida, pensé en los hijos de Felipa. Desperté a Filemón y le pedí que les llevara algo de comer. No podía dejar que esos pequeños pasaran hambre. Cuando se fue, miré el cielo. Los coyotes aullaban a lo lejos, pero la tropa vigilaba. Siempre dormíamos con la pistola y la carabina cargadas, por si los federales nos sorprendían.

»La vida de las soldaderas no era solo cocinar y cuidar. También vigilábamos a nuestros maridos, porque algunas mujeres se ofrecían en la noche, y no todos los hombres resistían la tentación. Felipa una vez sorprendió a José con una de esas mujeres, y aunque lo perdonó, nunca volvió a ser lo mismo. Había de todo en la tropa: mujeres sin marido que lavaban ropa ajena

para sobrevivir, otras que vendían carne seca, tortillas o pulque. Éramos libres, podíamos irnos cuando quisiéramos, pero la mayoría seguíamos a nuestros hombres, para luchar por un país que nos prometía justicia.

»Las soldaderas éramos el alma de la revolución. Sin nosotras, los hombres no habrían comido, dormido ni peleado. Preparábamos la comida, curábamos a los heridos, hacíamos de parteras, enterrábamos a los muertos. Algunas eran contrabandistas de armas o espías, engañábamos a los federales que nunca sospechaban de nosotras. Otras repartían propaganda o transportaban armas. Las más valientes ascendían a soldados, comandantes de guerrilla o hasta coronelas. Nos llamaban de todo: vivanderas, comideras, galletas de capitán, juanas, cucarachas. Pero éramos indispensables.

»Una mañana, el sol y el ruido de la tropa me despertaron. La gente preparaba los caballos, recogía los petates. Me levanté rápido a preparar el almuerzo para Filemón y los niños. Estábamos a punto de partir cuando vimos una polvareda a lo lejos. Venían hombres a caballo, gritaban algo que no entendíamos. Pronto reconocimos a los guardias.

—¡Ya vienen los federales! —gritaron—. ¡Prepárense para la batalla!

—Filemón tomó su carabina y montó su caballo. Le rogué que no fuera, tenía un mal presentimiento, pero él me miró con firmeza.

—Es mi deber —dijo, y partió.

Corrí tras él, entre caballos y hombres armados. Los disparos comenzaron, las balas silbaban a mi alrededor. Me tiré al suelo y cubrí mi cabeza, temía que los caballos me pisaran. La balacera duró poco más de una hora. Cuando todo se calmó, me levanté. Había cuerpos por todos lados, sangre, caos. Corrí a

buscar a Filemón, revisaba cada cuerpo con el corazón en la garganta. Le pedía a Dios que no fuera él. A lo lejos, vi su rostro.

—¡Que no sea, Dios mío! —grité, al tiempo que corría hacia él.

Me detuve en seco. Filemón estaba allí, inmóvil, con un balazo en la cabeza. La sangre le corría por el pelo. Me arrodillé, levanté su cabeza y lo abracé, lloraba desconsolada. Quería morirme con él. Pensaba en mis hijos, en cómo les diría, en qué sería de nosotros.

Tuve que buscar a José para que me ayudara a enterrarlo. Después de eso, no pude seguir. Temía que me mataran y dejara a mis hijos solos. Decidí volver a mi pueblo, aunque nada fue igual sin Filemón. Lloro todos los días, no quiero comer, no quiero vivir. Mi madre me trajo aquí porque dice que estoy loca de tristeza. Pero yo solo quiero estar con mi marido.

Las lágrimas me corrían por las mejillas al escuchar a Soledad. Su dolor era tan grande que parecía llenar todo el espacio entre nosotras. La abracé con fuerza, sentía su cuerpo frágil temblar. Me contó más: cómo perdió a un hijo en la revolución, cómo luchó por sus otros hijos, cómo la soledad la consumía. Pero también me habló de su fuerza, de cómo, a pesar de todo, seguía en la lucha por ellos.

—Gracias por escucharme —dijo al fin, con voz baja—. Nadie había oído mi historia en mucho tiempo.

—Siempre estaré aquí —le prometí—. Cuando quieras hablar, aquí me tendrás.

Nos quedamos allí, en silencio, mientras el sol comenzaba a ocultarse. Soledad, con su nombre tan cruel e irónico, me había abierto su corazón. Y yo, en ese momento, supe que haría todo lo posible por ayudarla a encontrar un poco de paz en medio de su tormenta.

CAPÍTULO 16 NOCHE BUENA

Era la víspera de Navidad, un día que, a pesar de las dificultades, siempre traía consigo un destello de esperanza. En el Distrito Federal, la escasez de alimentos y agua castigaba a todos, y las infecciones se propagaban entre los internos del manicomio donde trabajo. Sin embargo, mi corazón rebosaba de emoción. La Navidad tenía ese poder mágico de transformar incluso los lugares más sombríos, y nuestro manicomio no era la excepción. Con esfuerzo y cariño, lo habíamos decorado de manera sencilla pero hermosa: guirnaldas hechas con papel de colores, luces tenues que parpadeaban como estrellas, y un enorme árbol de Navidad adornado con esferas multicolores que los internos habían ayudado a colocar. Ver sus rostros iluminados por sonrisas a la vez que corrían y reían por los pasillos, como niños en un patio de juegos, me llenaba de una alegría indescriptible. Ojalá todos los días fueran así, pensé, mientras un nudo de emoción se formaba en mi garganta.

A pesar de las carencias, la bondad de la gente no dejaba de sorprenderme. Desde diferentes rincones de la ciudad, personas de gran corazón llegaban con comida para asegurarse de que ningún interno se quedara sin cenar en Nochebuena. Estos gestos me hacían sentir muy orgullosa de ser mexicana. Los mexicanos, con nuestro espíritu solidario, siempre encontramos la manera de ayudarnos unos a otros, incluso en los tiempos más oscuros. Antes de la cena, planeábamos cantar villancicos y romper piñatas, una tradición que prometía risas y alegría. El ponche, con su aroma a canela y frutas, ya estaba casi listo, y con el frío que calaba los huesos, sería un consuelo para todos. El árbol, nuestro orgullo colectivo, se alzaba majestuoso en el patio, rodeado de internos que lo contemplaban con ojos brillantes, como si en él encontrarán un pedacito de magia. En ese momento, el verdadero espíritu navideño se sentía en cada rincón.

A pesar de mi esfuerzo por contenerme, las lágrimas amenazaban con escaparse. Quería demasiado a los internos; para mí, eran más que pacientes, eran parte de mi vida. Muchos de ellos habían sido abandonados por sus familias, olvidados como si no existieran. Habíamos enviado telegramas para informar que algunos estaban dados de alta, listos para volver a casa, sin embargo, las respuestas nunca llegaban. Incluso algunos empleados del manicomio habían ido a buscar a los familiares a sus domicilios, solo para encontrar puertas cerradas y excusas evasivas. Era desgarrador, pero hoy no quería pensar en eso. Hoy era un día para celebrar, para compartir, para sentir que éramos una familia, aunque fuera una formada por circunstancias inesperadas. Decidí quedarme hasta más tarde, no solo para cumplir con mis labores, sino para convivir con mis compañeros y los internos, que se habían convertido en una extensión de mi hogar.

Mientras recorría los pasillos, recordé una conversación pendiente que me tenía intrigada. Días atrás, había conocido al señor Eulalio Flores García, un interno de carácter afable y mirada vivaz, que me había hablado de su admirado general Rodolfo Fierro, apodado «El Carnicero», una figura legendaria de la Revolución Mexicana. Sus historias eran tan fascinantes que no podía dejar de escucharlas. Había prometido contarme más, y yo, siempre curiosa, llevé mi cuaderno para anotar cada detalle. Cuando terminé mis labores, preparé dos tazas de ponche humeante, una para mí y otra para él, y me dirigí al lugar donde cenaríamos. No fue difícil encontrarlo; su figura inconfundible destacaba entre la multitud. Al verme, levantó la mano con entusiasmo, indicándome que me había reservado un lugar a su lado. Me acerqué, sonriente, y nos sentamos a platicar.

—Señor Eulalio, buenas noches. ¿Cómo se ha sentido hoy?
—pregunté, ofreciéndole el ponche.

—Pues bien, niña, gracias por preguntar —respondió con una calidez que hacía que cualquier conversación con él fuera un placer.

—Fíjese que me gustó mucho la historia que me contó sobre el general Rodolfo Fierro —dije, acomodándome en la silla.

—Qué bueno, niña —respondió con una sonrisa que parecía iluminar el lugar.

—Tengo una duda —continuó, al tiempo que sacaba mi cuaderno—. Recuerdo que mencionó que un buzo japonés rescató el cuerpo del general Rodolfo Fierro de la Laguna de Guzmán. ¿Qué hacía un japonés en México, y más aún, en la Revolución?

Eulalio soltó una carcajada, como si la pregunta le hubiera traído un torrente de recuerdos.

—Ese japonés, niña, es mi amigo, un hombre muy valiente —comenzó, con un brillo en los ojos—. No solo rescató el cuerpo de mi general Fierro de la Laguna de Guzmán, sin que le pagaran lo prometido, por cierto, sino que también curó una herida de bala en el brazo del señor Francisco I. Madero durante la Revolución. Y, por si fuera poco, combatió junto a él y a mi general Villa. Se llama José Genaro Kingo Nonaka, y éramos muy buenos amigos. Cuando acampábamos, por las noches nos reuníamos alrededor de la fogata, y él nos contaba sus aventuras. ¿Quiere que se las relate?

—¡Por supuesto, señor Eulalio, arránquese! —respondí, entusiasmada, al tiempo que abría mi cuaderno.

—Pues verá, niña —dijo, acomodándose mejor en su silla—. Si no recuerdo mal, Kingo Nonaka nació el 2 de diciembre de 1889 en Fukuoka, Japón. Combatimos juntos bajo el mando de mi general Pancho Villa y mi general Rodolfo Fierro. Nos contaba que venía de una familia humilde de campesinos. Por eso, a los 16 años, llegó a México con un tío y su hermano mayor. Viajaron en

barco y desembarcaron en Salina Cruz, Oaxaca. Luego se fueron a Chiapas, donde trabajaron en una plantación de café. Pero él quería ganar más dinero para ayudar a su familia, y como no le fue tan bien como esperaba, decidió seguir su camino.

Hizo una pausa, como si viera aquellos días en su mente. Yo anotaba cada palabra, fascinada por la historia.

—Contaba que sufrió mucho, sin dinero ni comida — continuó Eulalio—. Caminaba junto a las vías del tren rumbo a Ciudad Juárez, dormía donde lo alcanzaba la noche, siempre alerta para que no lo atacaran los coyotes o para no perder el tren. Una vez, por el cansancio, se quedó dormido. Sintió que la tierra temblaba y, al abrir los ojos, vio a lo lejos un tren que avanzaba y echaba humo, mientras tocaba el silbato: ¡Chu, chuuuuu! Se levantó de inmediato, agarró sus cosas y corrió como nunca para alcanzarlo y subirse a un vagón.

Imaginé a ese joven japonés, solo y agotado, que corría tras un tren en medio de la nada. La imagen era tan vívida que casi podía sentir el polvo bajo sus pies.

—Ya en Ciudad Juárez, dormía en la calle, sin nada que comer —prosiguió Eulalio—. Por suerte, una señora bondadosa llamada Bibiana Cordón lo encontró y lo llevó a vivir a su casa. Fue como una segunda madre para él: le dio techo, comida y lo mandó a estudiar. Hasta lo bautizó, poniéndole el nombre de José Genaro.

—¿Y cómo aprendió español? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Esa señora, su ángel de la guarda, lo enseñó —respondió con una sonrisa—. Lo adoptó con cariño, lo puso a trabajar en el negocio familiar, un almacén de forrajes y semillas, y le enseñó el idioma. Nonaka era listo, aprendía rápido.

Eulalio tomó un sorbo de ponche antes de continuar.

—Nonaka trabajó en el Hospital Civil de Ciudad Juárez, hacía la limpieza. Mientras barría, observaba cómo los médicos y enfermeras curaban a los pacientes. Así, poco a poco, aprendió. Cuando había oportunidad, se ofrecía a ayudar con las curaciones, demostraba su habilidad. Pronto lo ascendieron a enfermero y, al poco tiempo, obtuvo su licencia para ejercer.

—¿Y cómo conoció a Madero? —insistí, ansiosa por saber más.

—Una noche, el 6 de marzo de 1911, lo llamaron de urgencia para atender a un herido de bala que sangraba mucho del brazo. ¿Y quién cree que era, niña? —me preguntó, con un brillo travieso en los ojos.

—No sé, ¿quién era? —respondí, inclinándome hacia él.

—¡El mismísimo Francisco Ignacio Madero! ¡Ájale! ¡Viva México! — exclamó, mientras levantaba la voz como si estuviera a punto de disparar al aire.

Me reí, contagiada por su entusiasmo.

—Madero acababa de liderar un ataque contra el coronel Agustín Valdés, pero no tuvieron suerte y se retiraron — continuó—. Mientras lo curaba, hablaron de sus ideales y de por qué luchaban. Nonaka se identificó con Madero y pronto se unió a su causa como enfermero en la sección de sanidad. Estuvo en la toma de Ciudad Juárez el 8 de mayo de 1911, atendió a muchos heridos. Más tarde, en 1913, se unió al batallón de salud de mi general Francisco Villa.

Eulalio relató con orgullo cómo Nonaka luchó junto a Villa en batallas como Chihuahua, Ojinaga, San Pedro de las Colonias, Paredón, Torreón y Zacatecas. Fueron dos años de lucha constante, de 1913 a 1914, y siempre salían victoriosos.

—¡Nadie nos paraba! —dijo, al tiempo que golpeaba la mesa con entusiasmo—. Con el tiempo, Nonaka llegó a ser

capitán del Batallón de Sanidad de la División del Norte. ¡Casi nada, niña! ¿Cómo le quedó el ojo?

—Pues, señor Eulalio, es admirable —respondí, de forma sincera e impresionada—. Nunca imaginé que un extranjero arriesgara su vida por un país que no era el suyo.

—Mi amigo Nonaka era más mexicano que el chile. ¡Arre, pelaos! — exclamó, haciéndome reír de nuevo.

—Tengo otra duda —dije, a la vez que hojeaba mis notas—. Mencionó que Nonaka viajó en barco a México con su hermano mayor. ¿Qué pasó con él?

—Por desgracia, su hermano se enfermó de manera grave y lo bajaron del barco en Hawái —respondió, con un tono más serio.

—¿Y su tío? —pregunté.

—Llegaron en diciembre de 1906. A los cuatro días, ya trabajaban en un cañaveral en Santa Lucrecia, Oaxaca, junto a más de mil japoneses y quinientos mexicanos. Pero, al mes, su tío murió de paludismo —explicó.

—Recuerdo que dijo que Nonaka caminó hasta Ciudad Juárez. ¿Fue solo? —insistí.

—No, niña. Iba con otros japoneses que querían llegar a Estados Unidos por Ciudad Juárez, pero algunos abandonaron el grupo por lo largo del viaje —respondió.

—¿Cuánto tiempo le tomó caminar desde Salina Cruz hasta Ciudad Juárez? —pregunté, cada vez más fascinada.

—Caminó unos tres meses, recorrió cerca de 2600 kilómetros. ¡Imagínese las penurias que pasó, niña! —dijo, mientras sacudía la cabeza.

—Y al llegar a Ciudad Juárez, ¿cómo sobrevivió? ¿Dónde dormía? ¿Qué comía? —continué, quería saber cada detalle.

—Llegó sin un centavo, sin hablar español, pedía limosna con señas. Dormía en una banca frente a la iglesia. Como era pequeño y flaco, parecía un niño abandonado, lo que conmovía a la gente y le daban limosna —explicó.

La imagen de un joven Nonaka, solo y desamparado, pero con una determinación inquebrantable, me conmovió de manera profunda. Anoté cada palabra, sabía que esta historia merecía ser contada.

—¿Y cómo llegó a trabajar en el hospital? —pregunté, acercándome al clímax de la historia.

—Unos bandidos, haciéndose pasar por revolucionarios, saquearon y quemaron el almacén de los Cordón, dejándolo sin empleo. La señora Bibiana, jefa de enfermeras, lo llevó al Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez. Empezó como jardinero y mandadero sin sueldo, solo con propinas. A los tres meses, pasó a limpieza con un sueldo de 7 pesos mensuales. Al año, ganaba 25 pesos, llevaba medicinas y hacía curaciones. El 2 de diciembre de 1910, cuando cumplió 21 años, lo nombraron enfermero de primera categoría con un salario de 75 pesos al mes, tras hacer el juramento de enfermería. Aunque era enfermero, aprendió a usar el bisturí mientras observaba a los cirujanos, y así operaba heridos en combate —concluyó Eulalio, con un orgullo que se desbordaba en su voz.

La historia de Nonaka era mucho más que una anécdota; era un testimonio de resiliencia, valentía y amor por un país que lo acogió como propio. Mientras Eulalio hablaba, los villancicos comenzaron a sonar en el fondo, y el aroma del ponche llenaba el aire. Los internos, algunos cantaban, otros rompían piñatas, creaban un ambiente de celebración que contrastaba con las penurias de las que hablaba este interno.

—Señor Eulalio, ¿y qué pasó después? —pregunté, mientras anotaba de manera frenética—. Recuerdo que dijo que Nonaka se cansó de la Revolución.

—Así es, niña —respondió—. Regresó a Ciudad Juárez para dirigir el hospital donde creció. ¡Ese era el calibre de mi amigo Nonaka!

Mientras Eulalio terminaba su relato, los internos cantaban «Noche de Paz» alrededor del árbol. Me quedé en silencio, miraba mi cuaderno lleno de notas, sentía que había tocado un pedazo de historia viva. Nonaka, un hombre que llegó a México sin nada, se convirtió en un héroe de la Revolución, en un símbolo de la tenacidad y el amor por esta tierra.

—¡Viva la Revolución! ¡Viva mi general Villa! ¡Viva México! — exclamó Eulalio, al tiempo que levantaba su taza de ponche.

—¡Viva México! —respondí, uniéndome al brindis, mientras el espíritu de la Navidad y la Revolución se entrelazaban en esa noche inolvidable.

Nota del autor:

Por órdenes del general Villa, Kingo Nonaka organizó el mejor servicio sanitario de la Revolución Mexicana. Su amistad con Francisco I. Madero fue crucial: gracias a Nonaka, Madero conoció a Kumaichi Horiguchi, encargado de negocios de la delegación japonesa, quien salvó a la familia de Madero de un plan de asesinato al colocar la bandera japonesa en su domicilio. Nonaka luchó tres años junto a Villa, participó en 14 operaciones de combate.

Después, decidió dejar las armas y dedicarse a sanar. En Ciudad Juárez, conoció a Petra García Ortega, una enfermera con

la que se casó y tuvo cinco hijos: María, Uriel, Virginia, José y Genaro. En 1919, renunció al hospital y, en 1921, se mudó con su familia a Baja California, estableciéndose en Mexicali y Ensenada, antes de llegar a Tijuana. Allí, se unió al cuerpo de policía y descubrió su pasión por la fotografía. Con una cámara Graflex, capturó miles de imágenes de Tijuana entre 1920 y 1940, ganándose el apodo de «El Casasola de Tijuana». Sus fotos, donadas al Archivo Histórico y a la Sociedad de Historia de Tijuana, se convirtieron en un legado invaluable.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Nonaka y otros mexicanos de origen japonés fueron reubicados en la Ciudad de México por órdenes del presidente Lázaro Cárdenas. Allí, se unió al doctor Ignacio Chávez para fundar el Instituto Nacional de Cardiología. Su vida, marcada por el servicio, recibió continuos reconocimientos: en 1924, Plutarco Elías Calles firmó su naturalización como ciudadano mexicano; en 1963, Adolfo López Mateos lo reconoció como veterano de la Revolución Mexicana; y en 1967, Gustavo Díaz Ordaz le otorgó una condecoración al mérito revolucionario. En 1972, Luis Echeverría lo homenajeó. Nonaka falleció el 8 de octubre de 1977 en la Ciudad de México, a los 88 años, dejó un legado imborrable.

Como dijo Chavela Vargas: «Los mexicanos nacemos donde queremos». Y Nonaka, sin duda, nació mexicano en el corazón.

CAPÍTULO 17 LA CORONELA

Hoy amanecí con una calma que pocas veces se siente. El trabajo en el hospital psiquiátrico estaba más ligero de lo habitual, así que decidí aprovechar el tiempo para visitar a algunos de los internos. Cada uno de ellos tiene una historia que contar, fragmentos de vidas que se entrelazan con la historia de México. Pero de todos, el que más me emocionó encontrar fue al señor Agripino. Su espíritu es como un rayo de sol en un día nublado, siempre lleno de energía y con una sonrisa que contagia. Cuando llegué a su habitación, lo escuché antes de verlo. Cantaba con una alegría que parecía desafiar el paso del tiempo, una melodía que resonaba con fuerza y nostalgia:

«Yo ya me voy, ya me voy para Chihuahua, ya me voy a buscar a mi linda Jesusita, pues yo sé que está ahí, me muero por besarla, pues yo sé que he de encontrarla, y voy a sentirme feliz».

Me acerqué con una sonrisa.

—Hola, señor Agripino. Buenos días. Qué gusto me da verlo tan contento. ¿Y qué canción es esa que canta?

Él me miró con una mezcla de sorpresa y picardía.

—¿Cómo, no conoce esta canción, niña?

Me reí, un poco apenada.

—No, señor Agripino, no la había escuchado. Cuénteme, ¿de qué trata?

Sus ojos se iluminaron, como si estuviera a punto de desenterrar un tesoro.

—Pues esta es nada más y nada menos que la favorita del general Pancho Villa. Habla de María de Jesús de la Rosa, ¡La Coronela! Viera que no tenía el grado oficial de coronela, pero así

le decíamos en la tropa. Yo la conocí, niña, a ella y a su esposo, el capitán primero de caballería Felipe Garza Jasso. Estuve bajo su mando en varias batallas.

Me quedé fascinada.

—¿La Coronela? Nunca había oído hablar de ella. Cuénteme más, señor Agripino.

Se acomodó en su silla, como quien se prepara para contar una epopeya.

—Mire, niña, María de Jesús de la Rosa era una mujer fuera de serie. Chiquita de estatura, pero con unos ojos azules que parecían ver a través del alma. Nació en Sabinas Hidalgo, Nuevo León, el 1 de enero de 1885, según recuerdo haber visto en uno de sus documentos. Fue tan importante que hasta inspiró la canción Jesusita en Chihuahua y el ballet La Coronela. ¡Imagínese el tamaño de su legado!»

Me senté a su lado, ansiosa por saber más.

—¿Y cómo era ella? ¿Qué la hacía tan especial?

Agripino suspiró, como si los recuerdos lo transportaran a esos días de pólvora y lucha.

—La Coronela era una mujer leal, siempre al lado de su esposo, Felipe. Lo siguió por todo el norte del país, junto con don Venustiano Carranza, cuando él lideraba el Ejército Constitucionalista. A don Venustiano le decíamos el «Primer Jefe» o el «Barbas de Chivo». Nosotros éramos los que peleábamos para derrocar al gobierno de Victoriano Huerta, ese traidor que se había apoderado de la presidencia.

Hizo una pausa, como si quisiera asegurarse de que yo seguía el hilo de la historia.

—Don Venustiano no era cualquier hombre. Primero fue presidente municipal de Cuatro Ciénegas, luego senador por

Coahuila, después gobernador, y al final presidente de México. Pero lo que marcó el rumbo fue el 26 de marzo de 1913, en la hacienda de Guadalupe, en Coahuila. Ese día, desconocimos el gobierno de Huerta. Ahí, los firmantes del Plan de Guadalupe nombraron a Carranza como Primer Jefe del Ejército Constitucionalista y Encargado del Poder Ejecutivo. ¡Ése fue el comienzo de todo! Se nos unieron grandes hombres: el general Álvaro Obregón, el general Benjamín Hill, el coronel Plutarco Elías Calles, todos de Sonora. Organizaron tropas, compraron armas en Estados Unidos y nos fuimos con todo contra Huerta.

Yo asentía, imaginaba la intensidad de esos momentos.

—Y La Coronela, ¿qué papel jugaba en todo esto?

Agripino sonrió con orgullo.

—La Coronela era una mujer recia, de esas que no se doblan ante nada. Se ganó el respeto de todos en 1913, en una batalla en Coahuila que nunca olvidaré. Llevábamos horas en la lucha, sin avanzar. La situación era desesperada: a muchos se nos había acabado la munición, y el ánimo estaba por los suelos. Yo veía a mis compañeros caer, caballos muertos por todos lados, y las balas no paraban. Pensábamos que no saldríamos vivos.

Su mirada se perdió en el horizonte, como si reviviera cada segundo de ese día.

—De pronto, vi a mi amigo Juan Nepomuceno caer herido. Le habían dado en el brazo, sangraba mucho y gritaba: «¡Ayúdeme, no quiero morir!» Yo sabía que si me movía, me dispararían. No tenía balas, solo mi machete. Me armé de valor, me tiré al suelo y me arrastré hacia él, susurrándole: «¡Cállate, Juan! ¡Hazte el muerto para que no te rematen!» Él me miró, aterrado, pero dejó de gritar. Le hice señas para que se calmara, que iba a sacarlo de ahí. Lo agarré del cuello de su camisa y lo jalé poco a poco, esperaba un momento para resguardarnos.

Hizo una pausa dramática, y yo contuve el aliento.

—Entonces, pasó algo que cambió todo. El abanderado de nuestra tropa cayó muerto, y la bandera quedó en el suelo. Si la bandera caía, el enemigo sabría que estábamos perdidos. Pero entonces, La Coronela, sin dudarle, se lanzó al suelo y se arrastró hacia ella. Las balas le zumbaban, sin embargo no se detuvo. Los demás, al verla arriesgar su vida, empezamos a disparar para cubrirla. Ella tomó la bandera, se puso de pie y, como si el mismísimo diablo la persiguiera, lideró a la tropa. Gritábamos: «¡Aaah!» y avanzábamos hacia el enemigo, con ella al frente.

Agripino golpeó la mesa con entusiasmo.

—En esa distracción, logré jalar a Juan y ponerlo a salvo. Ella nos dio el valor que necesitábamos. Los hombres, inspirados por ella, pelearon con lo que tenían: machetes, cuchillos, lo que fuera. Luchamos cuerpo a cuerpo y, contra todo pronóstico, derrotamos al enemigo. Esa fue la hazaña que le ganó el apodo de La Coronela.

Me quedé sin palabras, imaginaba a esa mujer menuda, de ojos azules, que lideraba a una tropa en medio del caos.

—Qué valiente —murmuré.

—¡Pues claro, niña! Así somos los mexicanos —respondió Agripino con una risotada—. Pero no todo fue gloria. La Coronela sufrió mucho. En 1915, perdió a su esposo, Felipe, en un combate en Topo Chico. Él tenía 47 años, y ella quedó destrozada. Se notaba que quería tener hijos, siempre fue muy cariñosa con los niños que andaban con nosotros en la lucha. Después de eso, me trajeron aquí, al manicomio, y ya no supe más de ella.

Me despedí de Agripino con el corazón lleno de emociones. Su relato me había transportado a una época de lucha, valentía y sacrificio.

Nota del autor:

María de Jesús de la Rosa, conocida como La Coronela, permaneció fiel a Venustiano Carranza hasta 1918, cuando decidió retirarse de la lucha armada. Se estableció en Nuevo Laredo, Tamaulipas, donde vivió una vida más tranquila, pero nunca dejó de servir a su comunidad. A pesar de no haber tenido hijos, su amor por los niños fue inmenso. Antes de morir, donó un terreno de casi una manzana y dos mil pesos en efectivo para construir una escuela que hoy lleva su nombre, ubicada en la avenida General Reynaldo Garza, entre las calles Francisco I. Madero e Independencia, en Nuevo Laredo. También equipó los primeros salones de clases, asegurándose de que los niños tuvieran un lugar digno para aprender.

La Coronela se convirtió en una figura querida en Nuevo Laredo. Cada 20 de noviembre, participaba en los desfiles junto a los niños, para recordar su legado revolucionario. Sin embargo, su vida terminó en tragedia. El 12 de enero de 1958, a los 73 años, murió en un incendio en su humilde casa de madera. María, quien ya estaba casi ciega, sufrió quemaduras de primer, segundo y tercer grado. Se cree que una lámpara de gas provocó el fuego; al pasar cerca, su vestido se incendió, causándole un choque traumático. Su muerte conmocionó a la comunidad.

Durante su funeral, se le rindieron honores civiles y militares. Como una de las últimas veteranas de la Revolución en Nuevo Laredo, fue sepultada en el Panteón Municipal Antiguo, en el lote reservado para los héroes revolucionarios. En 2010, en el centenario de la Revolución, se erigió un monumento en su honor, un reconocimiento a su valentía y dedicación.

La historia de María de Jesús de la Rosa, La Coronela, es un testimonio del espíritu indomable de las mujeres mexicanas. Dentro y fuera del campo de batalla, dejó una huella imborrable. Su amor por los niños, su coraje en la lucha y su compromiso con

su país son un legado que trasciende el tiempo. Desde donde esté, me uno a ella para gritar: ¡Viva la Revolución! ¡Viva México! ¡Viva!

CAPÍTULO 18 RECORRIDO POR EL MANICOMIO

Hoy descansé, El sol abrasador del Distrito Federal no da tregua. El calor se cuela por cada rendija y hace que el aire se sienta pesado, casi tangible. En las noches, el descanso es un lujo que pocos pueden permitirse; el bochorno nos envuelve, y más de uno ha fantaseado con tomar una manguera de los jardineros para empaparse de pies a cabeza y encontrar un instante de alivio. En este entorno, donde el sudor y la desesperación son compañeros constantes, la vida en el Manicomio General La Castañeda sigue su curso, un microcosmos de historias, tragedias y sueños rotos.

Hace unos días, una nueva enfermera llegó al personal del manicomio. Mi jefa, con su habitual tono directo, me asignó la tarea de guiarla y mostrarle los entresijos de este lugar. No es una labor sencilla; La Castañeda es un mundo en sí mismo, con sus reglas, su historia y sus secretos. Me dirigí a la administración para encontrarme con ella. Su nombre es Dolores, pero entre risas y camaradería, ya la hemos bautizado como Lolita. Es una joven de mirada curiosa y sonrisa franca, aunque puedo notar en sus ojos un dejo de nerviosismo ante lo que está por descubrir.

La encontré esperándome en la puerta de la administración, con su uniforme impecable y una expresión que mezclaba expectativa y cautela. Le di la bienvenida con una sonrisa, intentaba transmitirle algo de calma.

—¡Vamos, Lolita! Hoy te llevaré a recorrer el Manicomio. No te preocupes, parece abrumador al principio, pero pronto lo tendrás todo bajo control.

Con un plano en la mano y un ánimo ligero, comenzamos el recorrido mientras le explicaba los orígenes y la estructura de este lugar tan singular.

—Mira, Lolita, como habrás notado, el Manicomio es enorme, pero está bien organizado. No te perderás si sigues el plano y prestas atención. Para que entiendas dónde estás parada, déjame contarte la historia desde el principio. Aquí, donde ahora están estos edificios, antes había una gran hacienda dedicada a la producción de pulque, de la mejor calidad. Se llamaba La Castañeda y pertenecía al pueblo de Mixcoac. Su dueño era Ignacio Torres Adalid, conocido como «El rey del pulque». Este hombre no solo era un magnate del negocio pulquero, sino una figura influyente en la sociedad porfiriana. La hacienda era un orgullo de la región, con tierras fértiles y una producción que abastecía a gran parte del país.

»Con el tiempo, la hacienda dejó de ser solo un centro de producción y se transformó en un espacio recreativo para las élites. Abría sus puertas los fines de semana a quienes buscaban escapar del bullicio de la ciudad. Por solo 25 centavos, los visitantes podían pasear por sus frondosos jardines, disfrutar de los salones de baile o incluso montar a caballo. Era un lugar de esparcimiento y ostentación, frecuentado por figuras como el mismísimo presidente Porfirio Díaz, acompañado de su esposa Carmelita y su hija Amadita. Aquí, entre risas y música, la alta sociedad encontraba un refugio para descansar de sus labores cotidianas y presumir su estatus.

»El Manicomio General se construyó sobre lo que fue la «Casa Grande» de la hacienda y su vergel. Ignacio Torres Adalid, además de La Castañeda, poseía otras haciendas pulqueras en los estados de México, Hidalgo y Tlaxcala. Sin embargo, esta propiedad siempre fue la joya de la corona, en especial para su esposa, doña María Juana Rivas Mercado, hermana de Antonio Rivas Mercado, el célebre arquitecto del Ángel de la Independencia. La relación de amistad entre Torres Adalid y Porfirio Díaz fue clave en la transformación de este lugar. Dicen que Díaz convenció a su amigo de vender la hacienda y los terrenos para construir el Manicomio General, prometió que sería

el más grande y moderno de México y Latinoamérica. Algunos rumores aseguran que la venta se concretó por problemas de impuestos, pero el precio fue justo, y la transacción marcó un hito en la historia de la psiquiatría mexicana.

Continuamos con el recorrido por los senderos empedrados del Manicomio mientras le explicaba a Lolita cómo se gestó este proyecto monumental.

—No fue algo que se decidió de la noche a la mañana. La planeación tomó 24 años, desde la concepción de la idea hasta su inauguración. Todo se pensó con minuciosidad. Un grupo de expertos, que incluía criminólogos, psiquiatras, médicos, ingenieros, arquitectos y personal de la beneficencia pública, seleccionó este lugar por varias razones. Estaba a las afueras del Distrito Federal, lo que garantizaba la tranquilidad de los pacientes y la seguridad de la población, lejos de los ruidos de la ciudad y de posibles contagios. Además, no había pantanos cercanos ni focos de infección, y el terreno ofrecía agua abundante, tierras fértiles y espacio suficiente: hectárea y media por cada centenar de pacientes.

»La construcción estuvo a cargo del teniente coronel Porfirio Díaz, hijo del presidente, quien dirigía la «Compañía Mexicana de Construcciones e Ingeniería». El proyecto fue supervisado por el ingeniero Ignacio León de la Barra, y el costo total ascendió a \$1,783,337.13, una suma exorbitante para la época. Las obras comenzaron en 1908 con el bardeado del terreno y la nivelación de las plataformas para los edificios. El 11 de julio de 1909, don Porfirio Díaz colocó la primera piedra en el edificio de «Servicios Generales», selló un cofre con documentos y monedas como símbolo de la importancia del proyecto.

»El Manicomio se inauguró el 1 de septiembre de 1910, coincidió con las celebraciones del centenario de la Independencia de México. Fue un evento fastuoso, con la presencia de militares, empresarios, políticos, intelectuales y

personalidades extranjeras. La beneficencia pública había adquirido 485,700 metros cuadrados de terreno, y el complejo, con sus 140,000 metros cuadrados de construcción, tenía capacidad para 1,200 internos. Antes de La Castañeda, los enfermos mentales eran confinados en el Hospital de la Canoa para mujeres y el de San Hipólito para hombres, ambos en condiciones deplorables, con hacinamiento y sin distinción de padecimientos. La Castañeda prometía cambiar eso y trajo los últimos adelantos en psiquiatría, inspirados en hospitales europeos como el de Charenton, en Francia.

»Llegamos a la entrada principal, marcada por un imponente arco y un reloj cuyas campanas resuenan en los 15 edificios del complejo. Este es Servicios Generales, el corazón del Manicomio —le dije a Lolita, mientras señalaba el edificio—. Aquí están la Dirección General, el teatro, la biblioteca, la farmacia, el cuarto de fotografía, la cocina, la lavandería, la panadería, los talleres, los baños y el cuarto de máquinas. También hay un comedor para empleados. Me han dicho que hay enormes sótanos con bóvedas de tabique y bloques de vidrio para iluminarlos, pero no los he visto con mis propios ojos.

Seguimos el recorrido hacia el pabellón de observación, donde los nuevos internos son recibidos y diagnosticados antes de ser trasladados a su pabellón correspondiente.

—Aquí también alojamos a los pensionistas de segunda y tercera clase, y hay un anexo para toxicómanos, adictos a la marihuana y otras drogas. En el plano está marcado con el número 1. He hablado con algunos de estos internos, y sus historias son fascinantes. Muchos son veteranos de la Revolución que cuentan que fumar marihuana era común entre las tropas. La compran en mercados o boticas, y algunos aseguran que les ayuda a calmar los recuerdos de la guerra.

Continuamos por los pabellones, cada uno con su función específica. Le mostré los pabellones de distinguidos, diseñados

para pacientes de familias acomodadas que hacen donaciones generosas; los pabellones de alcohólicos, para aquellos con dipsomanía; los de pacientes peligrosos, con celdas para internos agresivos; los de tranquilos, para semi-agitados, ancianos y paralíticos; los de epilépticos, con sus dos tipos de padecimientos; los de imbéciles, para personas con retraso mental; y los de infecciosos, donde se alojan pacientes con enfermedades como tuberculosis o sífilis. Cada pabellón tiene su número y su propósito, y todos están organizados en un sistema que busca mantener el orden en medio del caos.

Al final del recorrido, le di a Lolita algunos consejos prácticos.

—Aquí aprenderás a moverte con el tiempo. Solo recuerda tratar a los internos con respeto, conforme al juramento de enfermería. Algunos empleados abusan de su autoridad, pero como están sindicalizados, es difícil sancionarlos. Y como dato curioso, la gente le ha puesto apodos a La Castañeda: «El palacio de la locura», «La casa de los locos», «Locópolis». Aquí encontrarás de todo, desde un hombre que jura ser dueño de todos los ferrocarriles y planea construir una vía a la Luna, hasta otro que asegura venir del futuro, del año 1997.

Lolita asintió, con una mezcla de asombro y determinación. El Manicomio General La Castañeda, con su historia de pulque, bailes y tragedias, es mucho más que un hospital. Es un reflejo de una sociedad que busca entender la mente humana, aunque a veces lo haga con métodos tan imperfectos como el calor que nos sofoca.

CAPÍTULO 19 LA CIUDAD MAS INSALUBRE DEL MUNDO

He terminado de comer un mendrugo de pan duro y un caldo aguado que apenas alcanza para llenar el estómago. Ahora, en un rincón del comedor del Manicomio General de La Castañeda, aprovecho este breve descanso para escribir en mi fiel cuaderno, ese compañero de tinta y papel que guarda mis pensamientos más profundos. Las palabras que plasmo aquí son un intento de ordenar el caos que me rodea, de dar sentido a esta situación que me preocupa y que, a veces, me desborda. Este 1915 ha sido un año de carencias, un año que parece decidido a poner a prueba la resistencia de todos nosotros, los capitalinos, y más aún, de quienes habitamos este lugar olvidado por muchos: el Manicomio.

Les contaré que este año ha sido uno de los más duros que he vivido. México, nuestro México, se desmorona bajo el peso de calamidades que parecen no tener fin. Las sequías han azotado la ciudad como nunca antes, al dejar los campos áridos y los ríos convertidos en hilos de polvo. Los más viejos dicen que no se veía algo así en décadas, y yo, que he pasado mis veintiocho años en esta tierra, nunca había sentido el aire tan seco, tan implacable. La falta de lluvia ha traído consigo una cascada de desgracias: la economía del país está en ruinas, los almacenes están vacíos, y el desabasto de alimentos y agua es una realidad que golpea a todos, pero en especial a los más pobres. La desnutrición se ha extendido como una plaga silenciosa, y los trenes, que alguna vez trajeron víveres y esperanza, ahora solo transportan soldados, armas y más promesas de violencia.

A esto se suma el aumento desmedido de los precios, los recortes salariales que han dejado a muchos sin sustento, el desempleo que crece como una sombra, el hambre que muerde los estómagos y las epidemias que se multiplican sin control. El tifo, la viruela, la fiebre amarilla y el paludismo recorren las calles

de la capital como espectros, llevándose a los más débiles. La tasa de mortalidad es tan alta que los cementerios apenas se dan abasto. Por si fuera poco, llevamos cinco años atrapados en una Revolución sangrienta, un torbellino de ideales y traiciones que no parece tener fin. Y, como si el destino quisiera añadir más peso a nuestra carga, el mundo entero está inmerso en la Primera Guerra Mundial, una carnicería que comenzó el año pasado y que, ruego a Dios, sea la última de su clase.

En la ciudad, el gobierno ha intentado responder a la crisis con medidas desesperadas. Han instalado puestos de socorro en las calles, donde reparten raciones de comida a los hambrientos, aunque nunca es suficiente. También han organizado brigadas sanitarias para combatir las enfermedades gastrointestinales que proliferan en este ambiente de miseria. Han creado lo que llaman «lazaretos», hospitales improvisados en edificios abandonados o casas grandes que, en teoría, sirven para tratar enfermedades infecciosas. Pero la palabra lazareto evoca tiempos oscuros, cuando estos lugares eran poco más que cárceles para leprosos o tuberculosos, sitios de reclusión donde los enfermos morían sin atención médica, en condiciones que harían estremecer a cualquiera. Hoy, estos lazaretos modernos no son mucho mejores; la escasez de recursos los convierte en refugios precarios, donde la esperanza es tan escasa como las medicinas.

Las autoridades han desinfectado una y otra vez la escuela correccional de varones en Tlalpan, la de mujeres en Coyoacán y la cárcel de Azcapotzalco, pero los esfuerzos parecen inútiles. Los prisioneros enfermos no son admitidos en el Hospital General, pues requieren custodia policial, y el hospital no tiene agentes suficientes para vigilarlos. Solo este año, el Hospital General ha registrado más de seiscientos casos de tifo, una cifra que estremece. La falta de coches para trasladar a los enfermos agrava la situación; los caballos que tiran de los carruajes están famélicos, pues apenas hay pastura para alimentarlos. Estudios recientes en nuestros hospitales han confirmado lo que muchos

temíamos: el tifo se propaga con facilidad en invierno, alimentado por la desnutrición, la falta de higiene, la pobreza y el hacinamiento. Los parásitos como chinches, pulgas y piojos son una plaga incontrolable, y se dice que el piojo es el principal transmisor de esta enfermedad mortal.

Basta con caminar por los barrios más humildes de la capital para entender la magnitud del problema. Tepito, La Merced, Peralvillo, Los Portales... en estas vecindades, la suciedad es una constante, y el hacinamiento es la norma. Casas atestadas de familias, sin drenaje ni agua potable, se convierten en focos de infección. Se dice que una sola vivienda en esas condiciones puede desatar una epidemia. En cambio, las colonias privilegiadas como Juárez, Roma, Condesa y Cuauhtémoc, con sus calles pavimentadas, luz eléctrica y acceso a agua limpia, apenas registran casos de tifo. La desigualdad de la ciudad nunca había sido tan evidente.

No es de extrañar que muchos ya llamen a este 1915 «El año del hambre». El gobierno, en un intento por mitigar el desastre, ha impulsado campañas de saneamiento ambiental y ha creado los llamados «hospitales de sangre», trenes sanitarios operados por la Cruz Roja, la Cruz Blanca, la Cruz Verde y médicos militares. Estos trenes son un testimonio del esfuerzo humano en medio de la adversidad, aunque operan con recursos mínimos, ya que la mayoría de los materiales médicos se envían a los frentes de la Guerra Mundial. Hace más de un año, el general Huerta ordenó habilitar el tren número 8449 como convoy sanitario, equipado con una sala de operaciones, vagones para heridos, enfermos infecciosos, ambulancias y animales de carga. Ese tren, que recorre el país como un hospital ambulante, es un milagro en medio del caos, pero no puede llegar a todos.

Han sido años de vértigo, con demasiados eventos en tan poco tiempo. La renuncia del general Porfirio Díaz, la Revolución que se ha fracturado en facciones irreconciliables, el golpe de Estado militar, el asesinato del presidente Francisco I. Madero y

el vicepresidente José María Pino Suárez, el derrocamiento de Victoriano Huerta... y ahora, la Guerra Mundial. Los comerciantes acaparan productos, las mercancías escasean, y el papel moneda ha perdido su valor. Algunos ejércitos revolucionarios imponen sus propios billetes y rechazan los anteriores; aunque hubiera algo que comprar, no hay con qué pagarlo. En muchas zonas de la ciudad faltan servicios básicos: agua potable, luz, drenaje, recolección de basura. En algunos hospitales, los pacientes son expulsados por falta de recursos, no solo para curarlos, sino para alimentarlos.

La gente más pobre muere de hambre en las calles, y sus cuerpos son cremados en el Panteón de Dolores sin ceremonias ni despedidas. Aquí, en el Manicomio, hacemos lo imposible por mantener a nuestros internos con vida. No podemos darles tres comidas al día, pero al menos les aseguramos una, aunque sea frugal. Los internos, muchos de ellos olvidados por sus familias, dependen de nosotros, y cada día es una lucha por estirar los recursos.

Mi madre siempre dice que las desgracias nunca vienen solas, y la semana pasada tuvimos una prueba de ello. Atendíamos a un interno en el pabellón de los más tranquilos cuando un alboroto me sacó de mi rutina. Gritos, pasos apresurados, enfermeras y doctores corrían por los pasillos. Algo terrible había ocurrido. En uno de los patios, donde acostamos a los internos con parálisis para que tomen el sol, un interno de otro pabellón, un hombre con retraso mental severo, logró entrar sin que nadie lo notara. Nadie sabe cómo, pero levantó una piedra enorme del suelo y, con una fuerza descomunal, la dejó caer sobre las cabezas de los que yacían indefensos. Mató al menos a cinco; la muerte fue instantánea, un pequeño consuelo en medio de la tragedia. La escena era insoportable: cuerpos inmóviles, charcos de sangre, rostros desfigurados. Una interna, con la cabeza aplastada, yacía con los ojos abiertos y el cerebro expuesto, una imagen que perseguirá a muchos de nosotros por

siempre. Varias enfermeras se desmayaron, otras lloraban sin consuelo. Una de ellas, con la voz rota, me confesó que nunca olvidará lo que vio.

El agresor fue reducido por varios enfermeros, que lo sujetaron con dificultad mientras gritaba de forma inhumana, con espuma en la boca. Lo encerraron en una celda y le pusieron una camisa de fuerza, pero sus alaridos resonaron en el Manicomio durante horas. Me quedé pensativa sobre la vida de estos internos, marcada por el sufrimiento desde el momento en que nacieron. Muchos de ellos nunca conocieron una existencia normal. Sus familias, avergonzadas, los escondían en recámaras ocultas, inventaban que habían muerto al nacer para proteger el honor de los demás hijos. Los encerraban en sótanos oscuros, los encadenaban como si fueran animales, como si su único delito fuera ser diferentes.

En algunos pueblos, los mataban al nacer, convencidos de que estaban malditos o que sus madres habían pactado con el demonio. Los que sobrevivían eran culpados por cualquier desgracia: una sequía, una mala cosecha, una enfermedad. Todo recaía sobre ellos. Aquí, en el Manicomio, tratamos de darles algo de dignidad. Les ofrecemos cuidados, un techo, un plato de comida, aunque sea humilde. Pero no puedo evitar preguntarme si es suficiente.

Uno de nuestros internos, un hombre con albinismo, me ha conmovido en especial. Su piel y cabello, blancos como la nieve por la falta de pigmentación, lo convirtieron en un paria en su pueblo. Nadie le daba trabajo; tuvo que mendigar para sobrevivir, pero incluso eso le fue negado. Lo humillaban con apodosos crueles, lo expulsaron como si fuera una amenaza. Sin familia ni refugio, una noche tocó la puerta de la iglesia local, suplicaba ayuda. El sacerdote, en lugar de ofrecerle consuelo, le dijo que Dios no creaba seres como él, que ni siquiera estaba bautizado, y lo echó a la calle. Así llegó a la capital, y al final, al Manicomio. Ahora trabaja como jardinero, sin sueldo, aunque con un lugar donde

dormir y comida asegurada. Aquí nadie lo llama «fenómeno». Aquí, al menos, tiene un nombre.

Qué triste vida, pienso mientras cierro mi cuaderno. Afuera, el viento arrastra el polvo de una ciudad que lucha por no rendirse. Adentro, en este Manicomio, hacemos milagros con lo poco que tenemos, tratamos de devolverle un poco de humanidad a quienes nunca la han conocido. Pero a veces, en noches como esta, me pregunto cuánto más podremos resistir.

CAPÍTULO 20 EL CORONEL TRANSGENERO

Hoy tuve una conversación fascinante con el señor Onofre, un interno del manicomio donde trabajo. Es un hombre de carácter afable, con una memoria prodigiosa y una facilidad innata para contar historias. Mientras compartíamos un café en el patio, bajo la sombra de un viejo roble, me relató una vivencia que me transportó a los días turbulentos de la Revolución Mexicana, protagonizada por una figura singular: Amelio Robles, conocido en su juventud como «La Güera Amelia». Lo que comenzó como una charla casual se convirtió en un relato de valentía, transformación y lucha por la libertad, que ahora comparto, enriquecido con detalles que Onofre me confió y otros que he imaginado para dar vida a esta historia.

Onofre es originario de Xochipala, un pueblo pequeño y polvoriento en el municipio de Zumpango del Río, Guerrero. Con ojos brillantes y una sonrisa nostálgica, me describió su infancia en aquel lugar donde el tiempo parecía detenido. La vida en Xochipala era sencilla, marcada por las labores del campo, las fiestas patronales y los rumores que corrían como el viento entre las calles de adobe. Pero todo cambió cuando él era joven, a principios del siglo XX. Por aquel entonces, los ecos de la Revolución Mexicana comenzaron a llegar al pueblo, traían consigo promesas de cambio y justicia. Los rumores decían que el Ejército Zapatista pasaría por Xochipala, y la noticia encendió la imaginación de muchos, incluido Onofre.

—Éramos jóvenes, ¿sabe? —me dijo, con un dejo de picardía—. La vida en el pueblo era monótona, y la idea de unirme a la revolución me hacía sentir que podía ser parte de algo grande. No era el único; muchos preparábamos nuestras cosas, soñábamos con aventuras y con cambiar el destino de México.

Entre los recuerdos que Onofre compartió, destacó la figura de una joven que había marcado su juventud: Malaquías Amelia

de Jesús Robles Ávila, conocida en Xochipala como «La Güera Amelia». Amelia, nacida el 3 de noviembre de 1889, era una muchacha de 19 años que capturaba miradas con su belleza singular. Delgada, de tez clara, con ojos verdes que parecían esconder un secreto y dos trenzas largas que caían sobre sus hombros, Amelia era el «amor imposible» de Onofre. Sin embargo, la diferencia de clases los separaba como un abismo. Ella provenía de una familia acomodada, hija menor de Josefa Ávila y Casimiro Robles, un ranchero dueño de 42 hectáreas de tierra y productor de mezcal. Casimiro murió cuando La Güera tenía apenas tres años, pero dejó a la familia en una posición privilegiada.

—¿Y por qué no le dijiste lo que sentías por ella? —le pregunté, curiosa por saber más de aquella joven que parecía tan inalcanzable.

Onofre soltó una risa suave, teñida de melancolía.

—¡Ay, señorita! Ella era de otra esfera. Su madre, doña Josefa, era una mujer estricta, y sus hermanos mayores, Teódulo y Prisca, me habrían corrido a pedradas si me hubiera atrevido a acercarme con esas intenciones. Además, Amelia era la menor del primer matrimonio de su madre. Después de la muerte de don Casimiro, doña Josefa se casó con Jesús Martínez, un hombre trabajador pero rudo, dedicado al ganado. Con él tuvo tres hijos más: Luis, Concepción y Jesús. Amelia nunca se llevó bien con su padrastro ni con sus medios hermanos. Decía que le hacían la vida imposible.

Intrigada, le pedí que me contara más sobre Amelia. Onofre se recostó en su silla, como si los recuerdos lo transportaran de vuelta a Xochipala. Me explicó que Amelia había recibido una educación esmerada para la época: completó la primaria y fue criada en la fe católica, además participó de manera activa en la Sociedad de las Hijas de María de la Medalla Milagrosa. Onofre, que siempre la observaba de lejos, intentaba captar su atención

con pequeños gestos, pero ella parecía indiferente. En una ocasión, compartió con ella su plan de unirse a la revolución, esperaba impresionarla o, al menos, provocar alguna reacción. Para su sorpresa, Amelia no lo desanimó ni lo llamó loco. En cambio, le confesó que ella también planeaba unirse, para escapar de la opresión de su hogar.

—¿Escaparse? —le pregunté, imaginaba lo audaz que debía ser esa decisión para una joven de su posición—. ¿Por qué, si lo tenía todo?

Onofre asintió, como si aún le costara entenderlo.

—Eso mismo le dije. Pero ella me explicó que, aunque tenía comodidades, no se sentía libre. Su padrastro era autoritario, y sus medios hermanos la trataban con desprecio. Quería dejar atrás esa vida y encontrar su lugar en el mundo. Me dijo que la revolución era su oportunidad para ser libre, para decidir quién quería ser.

La decisión de Amelia marcó un punto de inflexión en su vida y en la de Onofre. En 1911, cuando ambos tenían 22 años, se unieron a la causa revolucionaria. Amelia comenzó como tesorera en un club maderista en Xochipala, administraba los recursos para la lucha. Poco después, el general Juan Andrew Almazán pasó por el pueblo, y tanto Onofre como Amelia se enlistaron en su ejército. El 14 de mayo de 1911, participaron en la toma de Iguala, un hito que los llenó de orgullo y adrenalina. Entre agosto y noviembre de ese año, fueron enviados al Golfo de México en una misión para recaudar fondos de las empresas petroleras, una tarea que requería astucia y valentía.

Amelia destacó muy rápido en el campo de batalla. Había crecido en un rancho, donde aprendió no solo tareas consideradas femeninas —como coser, lavar y planchar—, sino también habilidades asociadas a los hombres de la época: montar a caballo, domar potros, lazar ganado, ordeñar vacas y manejar armas con destreza. Su versatilidad la convirtió en una figura

indispensable, aunque también comenzó a generar rumores. En Xochipala, nadie había cuestionado su feminidad, pero en la revolución, su comportamiento y apariencia empezaron a cambiar. Poco a poco, dejó atrás las enaguas y adoptó pantalones, botas y sombrero. Onofre recordaba con asombro el día en que la vio fumar un cigarro y beber tequila, vestida en su totalidad como hombre.

—Al principio, pensamos que era una estrategia —me confesó Onofre—. Muchas mujeres se vestían de hombre para ganar respeto o protegerse en la guerra, pero luego volvían a ser las mismas. Con Amelia fue diferente. Ella no solo se vestía como hombre; se comportaba como tal, exigía que la trataran como varón. Cuando se convirtió en coronela, insistía en que la llamaran «Coronel Amelio Robles». Si alguien se atrevía a llamarla «señora» o «doña», se arriesgaba a un regaño o algo peor. ¡Y pobre de mí si se me hubiera escapado llamarla «Güera»! Creo que me habría retado a duelo.

La transformación de Amelia en Amelio no fue solo una cuestión de ropa o actitud; era una afirmación profunda de su identidad. En un mundo donde las normas de género eran rígidas, Amelio desafió todas las expectativas. Onofre me contó que, aunque al principio le costó entenderlo, con el tiempo comprendió que Amelio se sentía más auténtico como hombre. Su valentía en el combate era innegable: participó en setenta batallas, fue herido de bala en varias ocasiones y nunca retrocedió. Su reputación creció tanto que incluso Emiliano Zapata, el gran líder zapatista, lo estimaba mucho.

—Nadie podía negar su coraje —dijo Onofre, con un tono de admiración—. Los hombres le tenían respeto, pero también miedo. Amelio era autoritario, malhablado, galante con las mujeres y no toleraba faltas de respeto. Era un líder nato.

Entre 1913 y 1918, Amelio combatió junto a grandes jefes revolucionarios de Guerrero, como Jesús H. Salgado, Heliodoro

Castillo y Encarnación Díaz. Cuando la revolución comenzó a desvanecerse, Amelio y Onofre entregaron las armas, y sus caminos se separaron. Onofre regresó a Xochipala, pero perdió la pista de Amelio. Sin embargo, estaba seguro de que su espíritu indomable lo habría llevado a seguir en la lucha, de una forma u otra.

—Aquí en el manicomio —le dije a Onofre—, tenemos a personas que luchan con su identidad de género. Me sorprende que Amelia, o Amelio, no haya buscado ayuda para entenderse mejor.

Onofre me miró con una mezcla de sorpresa y comprensión.

—Señorita, en aquellos tiempos, nadie hablaba de esas cosas. Para muchos, el comportamiento de Amelio era motivo suficiente para encerrarlo en un lugar como este. Pero él no estaba confundido; sabía quién era y lo defendió hasta el final.

Nota del autor:

La historia de Amelio no termina con la revolución. En 1927, el periodista Miguel Gil lo entrevistó para «El Universal», y sus palabras revelaron la esencia de su espíritu.

Amelio confesó que al principio se unió a la revolución por la emoción de la aventura, pero con el tiempo abrazó los ideales del Plan de Ayala. Luchó contra Victoriano Huerta, asesino de Madero, y contra Venustiano Carranza, a quien consideraba un traidor a la causa revolucionaria. Cuando el reportero le preguntó qué sentía al estar en plena lucha, Amelio respondió con una frase que resonó en mi mente: «La de ser completamente libre».

El periodista describió a Amelio como una figura masculina que imponía, desde la forma en que llevaba el sombrero ladeado,

hasta los calcetines y ligas de hombre que usaba. Cada detalle de su apariencia reflejaba su identidad. Sin embargo, su vida no estuvo exenta de conflictos. Amelio fue encarcelado en dos ocasiones: una, según por matar a uno de sus medios hermanos, y otra por asesinar a dos hombres que intentaban chantajearlo con revelar su identidad corporal. Para Amelio, ser recluido en una cárcel de mujeres debió ser una humillación profunda, pero nunca renunció a su verdad.

En 1955, Amelio inició un largo proceso para ser reconocido como veterano de la revolución en el Archivo de Veteranos de la Secretaría de la Defensa Nacional. Su lucha por el reconocimiento oficial duró 15 años, y en 1970 fue admitido en la Legión de Honor Mexicana como «Veterano de la Revolución». En 1973, recibió la condecoración de «El Mérito Revolucionario», junto con una breve ayuda económica. Tras la guerra, se dedicó a la agricultura y la ganadería, vivió una vida tranquila en Xochipala. Tuvo una relación con Ángela Torres, con quien adoptó a una niña, Régula Robles Torres, y en sus últimos años vivió con su esposa, Guadalupe Barrón.

Amelio Robles Ávila falleció el 9 de diciembre de 1984, a los 95 años, en su querido Xochipala. Aunque siempre exigió ser reconocido como hombre, su pueblo lo recuerda con cariño ambiguo: una escuela primaria y un museo en su antigua casa llevan el nombre de «Coronela Amelia Robles». Para algunos, esto es un homenaje; para otros, una negativa a aceptar su identidad.

La historia de Amelio Robles es la de un héroe que desafió las convenciones de su tiempo. En un México donde las mujeres apenas comenzaban a reclamar su voz, Amelio no solo luchó por la justicia social, sino por el derecho a ser quien era. Sus setenta batallas no fueron solo contra los enemigos de la revolución, sino contra un mundo que no estaba preparado para entenderlo. Su vida es un testimonio de valentía, autenticidad y libertad.

Rindo homenaje al Coronel Amelio Robles. Donde quiera que esté, me uno a su grito de rebeldía y esperanza:

¡Viva México! ¡Viva la Revolución! ¡Viva Amelio Robles!

CAPÍTULO 21 VIVIAN EN CONDICIONES DE HACINAMIENTO

El sol de mediodía cae como un martillo sobre los patios del Manicomio General, un lugar donde el tiempo parece detenido, atrapado en un ciclo de abandono y resignación. Soy enfermera aquí, y en un raro momento de respiro, recorro los largos pasillos de este edificio que, en días como hoy, se siente más como un purgatorio que como un refugio para almas rotas. Tengo una hora libre, un pequeño oasis en medio de turnos agotadores. Mi cuerpo suplica descanso, aunque mi mente se niega a detenerse. Llevo conmigo mi cuaderno, un compañero fiel donde plasmo las historias que me quiebran el corazón. Hoy, quiero narrar lo que significa trabajar en este lugar, donde la pobreza, el hacinamiento y la desesperanza son tan tangibles que parecen impregnarse en la piel. Espero que mis palabras, aunque torpes, logren transmitir la crudeza de esta realidad, un eco de las vidas que se desvanecen entre estos muros.

El Manicomio está al borde del colapso. La sobrepoblación de internos nos supera. Las camas son insuficientes, los recursos escasean, y la higiene es un lujo que pocos podemos permitirnos. Las condiciones en las que viven los internos son, en muchos casos, de una miseria que avergüenza. Los pabellones están abarrotados, los colchones desgastados, y el olor a sudor, orina y desesperación lo impregna todo. A veces, cuando camino por estos patios polvorientos, siento que el aire mismo está cargado de un peso invisible, como si las paredes exhalaran el sufrimiento acumulado de décadas.

Me detengo en un patio pequeño, donde el sol abrasa la tierra seca. Me siento en un banco de madera carcomido, cuyos tablones crujen bajo mi peso. Frente a mí, unos 40 internos ocupan el espacio. Algunos están sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, miran al vacío como si el mundo los hubiera

borrado de su memoria. Otros yacen sobre la tierra, inmóviles, como si la vida los hubiera abandonado hace mucho. Al centro del patio, Epigmenio, un interno que funge como peluquero, corta el pelo al señor Fidencio. Lo hace sobre un banco que parece a punto de derrumbarse, usa una navaja gastada pero afilada. Fidencio, de unos 60 años, está sentado con la cabeza gacha, inmóvil, mientras mechones de cabello sucio caen al suelo. No es solo un corte de pelo; es una medida desesperada contra los piojos y las liendres que infestan su cabeza. Hace unos días, al pasar junto a él, vi cómo los parásitos se paseaban por su cuero cabelludo. El recuerdo me provoca una comezón fantasma que me hace estremecer.

El expediente de Fidencio es un retrato de tragedia. Hace años, intentó quitarse la vida arrojándose a las vías del tren. Pero el destino, cruel, no le permitió escapar: el tren le arrancó la pierna izquierda, dejándolo inválido. Los médicos no pudieron salvarla, y ahora depende de un palo de escoba que le conseguimos como muleta improvisada. Antes de llegar aquí, su vida estuvo marcada por la bebida. No tuvo esposa ni hijos, y el mundo parece haberlo olvidado. Aunque fue dado de alta hace tiempo, no tiene a dónde ir. Nadie le ofrece trabajo, y el Manicomio, con todas sus carencias, se ha convertido en su hogar. Su ropa —un saco arrugado y un pantalón que apenas se sostiene— despiden un olor a orines tan fuerte que pica la nariz. Su camisa, que alguna vez fue blanca, es ahora un trapo amarillento. No tiene uniforme, no tiene cama. Duerme en el suelo, descalzo, con un sombrero tan destrozado que apenas merece el nombre. Cuando Epigmenio termina, Fidencio recoge su sombrero con dificultad y, apoyándose en su palo de escoba, se levanta con un esfuerzo que parece agotar toda su energía. Camina con lentitud hasta unos escalones cercanos, donde se sienta y mira al horizonte, como si esperara algo que nunca llegará.

La fila para el peluquero no disminuye; al menos 30 hombres esperan su turno. La mayoría son campesinos traídos desde

provincias remotas, con la ropa hecha jirones, descalzos o con huaraches improvisados con llantas viejas. Sus rostros, curtidos por el sol, están marcados por la desdicha, y sus cuerpos, por el abandono. Algunos murmuran para sí mismos, otros permanecen en silencio, con la mirada perdida. Me levanto y decido moverme a otro patio, más grande, donde entre 50 y 60 internos deambulan o se agrupan en pequeños círculos. Aquí, el ambiente es diferente. Este es el patio de los considerados «imbéciles», un término cruel que engloba a quienes tienen retrasos mentales evidentes o a aquellos que la sociedad ha etiquetado como tales sin mayor reflexión.

Un joven de unos 25 años me observa con fijeza. Lleva una camiseta blanca sin mangas, de esas que se usan como ropa interior, y un pantalón amarrado con un mecate en lugar de cinturón. Sus zapatos, rotos en la punta, dejan ver los dedos de sus pies. Tiene un pedazo de tela anudado al cuello, como una capa improvisada, que le da un aire casi infantil. Pero sus ojos, oscuros y profundos, cuentan una historia de dolor que desmiente su apariencia. Dos enfermeros vigilan el patio de cerca, no solo para evitar peleas entre los internos, sino para protegernos a nosotras, las enfermeras, de posibles agresiones. La tensión siempre está presente, un recordatorio de que este lugar, aunque es un refugio, también puede ser peligroso.

La higiene es un problema constante. Muchos internos están rapados para prevenir los piojos, aunque no siempre es suficiente. Nosotras, las enfermeras, hemos terminado contagiadas, en especial en los pabellones de mujeres, donde el hacinamiento es aún más severo. Mantener separados a hombres y mujeres es una prioridad, pero no siempre se logra. Ha habido casos de internas que quedan embarazadas, y los rumores apuntan no solo a los internos, sino también a algunos enfermeros o doctores. Cuando esto sucede, los abortos quirúrgicos se realizan en secreto, en un intento de evitar un sufrimiento aún mayor. La idea de una interna con retraso mental que cuide a un

bebé es desgarradora, un peso que este lugar no está preparado para soportar.

Muchos internos llegan aquí traídos por sus familias, mas cuando son dados de alta, nadie regresa por ellos. Enviamos cartas y telegramas, no obstante, las respuestas son escasas. La trabajadora social, una mujer de corazón inmenso, aunque agotada, a veces debe viajar a los domicilios registrados, solo para descubrir que son falsos o que los familiares han fallecido. Hace poco, me contó sobre una interna que, tras ser dada de alta, no tenía a dónde ir. Viajó al pueblo de sus padres, solo para encontrar que ambos habían muerto. ¿Qué hacemos con ella? El Manicomio no es un asilo, sin embargo, no hay otra opción. Ella, como tantos otros, se quedará aquí, para ocupar un espacio que alguien más podría necesitar, pero sin otro lugar a dónde ir.

Algunos internos, para no ser una carga, trabajan en la cocina o como jardineros sin recibir paga. Otros, al ser dados de alta, tan solo se marchan. Algunos regresan. Es irónico: hay quienes se escapan al saltar la barda, y otros que la saltan para entrar, en busca de refugio en este lugar que, para muchos, es lo más cercano a un hogar. Entre los internos hay historias de todo tipo. Una de ellas es la de Aurora, una mujer que aún conserva un hilo de conexión con el mundo exterior. Llegó en 1910, dos meses después de la inauguración del Manicomio. Su esposo, un hombre de Veracruz, paga su manutención por adelantado cada año. Al principio, la visitaba con frecuencia, acompañado de su hija, pero ahora solo viene una vez al año. Aurora, de 35 años, era una mujer apacible antes de que su trastorno la volviera violenta. Su expediente menciona que su madre padecía lo mismo, lo que sugiere una carga hereditaria. A pesar de sus episodios, Aurora tiene momentos de lucidez que me conmueven. Su sonrisa, cuando está tranquila, ilumina el patio. Nos hemos hecho cercanas, casi amigas. Sueño con el día en que pueda volver con su esposo y su hija, aunque sé que ese día puede estar lejos.

El sol comienza a bajar, y el patio se llena de sombras. Los internos empiezan a moverse hacia los pabellones, algunos arrastran los pies, otros murmuran para sí mismos. Este lugar, con todas sus carencias, es un reflejo de las grietas de un mundo que no sabe qué hacer con los que no encajan. Cada interno lleva una historia, un peso que no siempre podemos aliviar. Pero aquí estoy, con mi cuaderno, para tratar de dar voz a sus silencios. Escribo para que estas historias no se pierdan, para que alguien, algún día, escuche. Escribo porque, en medio de la desesperanza, aún creo que las palabras pueden ser un puente hacia la comprensión, un pequeño acto de resistencia contra el olvido.

CAPÍTULO 22 WINTER LA NIÑA SAURINA

El amanecer en Mixcoac trae consigo un aire fresco que acaricia la piel, impregnado de un sutil aroma a tierra húmeda que se entremezcla con el olor metálico de la imponente reja negra que custodia la entrada principal del Manicomio General. Me detengo un instante, pasé una mano sobre el frío hierro forjado, y contemplo esta estructura que se alza con una solemnidad casi intimidante. La reja, según me contaron alguna vez, mide once metros de largo y cinco de alto, una mole de metal que parece encerrar en su diseño la esencia misma de este lugar. En la parte superior, un arco metálico se extiende entre dos robustos pilares de piedra que sostienen la estructura. Allí, grabadas en letras mayúsculas que exigen respeto, se lee la inscripción: «MANICOMIO GENERAL». Que coronan el arco, el Escudo Nacional de México reluce bajo los primeros rayos del sol: un águila erguida sobre una nopalera, que devora una serpiente, símbolo de la fuerza y la identidad de nuestra nación.

He cruzado esta reja durante veintinueve años. Cada paso que he dado por este umbral ha traído consigo recuerdos, algunos dulces, otros demasiado amargos, pero todos impregnados de la vida que he entregado a este lugar. Parece que fue ayer cuando, el 1 de septiembre de 1910, esta misma entrada se engalanó para la gran inauguración del manicomio. Las flores frescas, traídas de los jardines más selectos de la ciudad, adornaban cada rincón de la reja, y en la cima del arco, donde hoy descansa el escudo, ondeaban tres banderas tricolores de México, sus colores vibrantes danzaban al compás de la brisa. A ambos lados de los pilares, otras tres banderas por lado completaban una escena festiva que aún vive en mi memoria.

Aquel día fue un espectáculo digno de los anales de la historia. La élite de la ciudad se dio cita: caballeros de trajes impecables, con sombreros de copa y bastones que relucían bajo

el sol, acompañados por damas de la alta sociedad que parecían competir por el vestido más elegante y los accesorios más refinados. Los sombreros de las mujeres, traídos desde París, eran verdaderas obras de arte, con plumas, encajes y cintas que desafiaban la gravedad. Los automóviles, recién llegados de Europa o Estados Unidos, rugían de forma suave mientras se alineaban frente a la entrada, sus carrocerías pulidas reflejaban la luz del mediodía. Era una época de opulencia, de sueños de modernidad, y el Manicomio General se erigía como un emblema de progreso, un lugar donde la ciencia y la compasión se unirían para sanar los males de la mente.

Yo era apenas una muchacha de dieciocho años cuando crucé esta reja por primera vez. Recuerdo con claridad el sonido de las campanas que repicaban desde la iglesia cercana, un eco que llenaba el aire y parecía dar la bienvenida a quienes ingresábamos. Al alzar la vista, mis ojos se posaron en el majestuoso reloj que adorna la fachada principal del edificio, con su esfera blanca y números romanos, que marcan el paso del tiempo con una precisión que contrastaba con la incertidumbre de lo que ocurría dentro de estas paredes. Aquel día, mi corazón latía con una mezcla de nerviosismo y entusiasmo. Era joven, estaba llena de ideales y decidida a marcar una diferencia en la vida de los internos que, según me habían dicho, necesitaban más que medicina: necesitaban humanidad.

Han pasado casi tres décadas desde entonces, y aunque el tiempo ha dejado su huella en mi cuerpo —los dolores matutinos, las articulaciones que protestan con cada paso—, mi espíritu sigue atado a este lugar. Sé que debí jubilarme hace años, pero cada vez que pienso en dejar mi puesto como jefa de enfermeras, siento el peso de la responsabilidad hacia mis internos. Ellos me necesitan, o al menos eso me digo para justificar mi renuencia a partir. Sin embargo, esta mañana, mientras el frío de octubre me envuelve, no puedo evitar admitir que el cansancio se ha

acumulado en mis huesos. Tal vez sea hora de cerrar este capítulo y permitir que otros tomen mi lugar.

Hoy estoy aquí por un motivo especial. Me han informado que pronto llegarán unas personas trayendo a una niña de apenas cinco años, un caso que ha generado revuelo en su comunidad, un pequeño pueblo llamado «El Triunfo» en Baja California Sur. Según los rumores que han llegado hasta Mixcoac, la niña, cuyo nombre es Winter Yrenea Ojeda Rouyer, es un enigma, un caso tan inusual que incluso en este manicomio, donde hemos visto toda clase de condiciones, parece algo sin precedentes. Como jefa de enfermeras, he decidido recibirlos de manera personal, no solo por curiosidad, sino porque siento que mi experiencia podría ser útil para entender lo que está por venir.

Mientras espero frente a la reja, observo el camino polvoriento que conduce al manicomio. No sé si llegarán en tranvía, con su traqueteo característico, o en uno de esos automóviles que ahora son más comunes en la ciudad. El sol comienza a elevarse, y el calor empieza a disipar la frescura de la mañana. Al final, a lo lejos, veo una nube de polvo que anuncia su llegada. Un automóvil sencillo, nada parecido a los lujosos vehículos de la inauguración, se detiene frente a la reja. De él descienden una mujer mayor, de rostro curtido pero digno, y una niña que, a primera vista, me deja sin aliento. Winter es hermosa: su cabello rubio brilla como el oro bajo el sol, su piel es tan blanca que parece casi traslúcida, y sus ojos verdes tienen una intensidad que desarma. Es una visión extraña en un país donde los tonos morenos predominan, y se entiende de inmediato por qué su apariencia ha causado tanto alboroto en su pueblo.

Los saludo con la cortesía que los años me han enseñado, aunque mi corazón late con una mezcla de anticipación y nerviosismo. Los conduzco por el sendero empedrado hacia la oficina de Admisión de Servicios Generales, un edificio austero pero funcional, donde el doctor Miranda, el médico encargado, ya nos espera. Mientras caminamos, no puedo evitar mirar a la niña

de reojo. Hay algo en su postura, en la forma en que observa todo a su alrededor con una curiosidad casi adulta, que me intriga de manera profunda. No parece asustada, como cabría esperar de una niña en un lugar como este, sino más bien... consciente, como si entendiera más de lo que su edad debería permitir.

En la oficina, el doctor Miranda nos recibe con su habitual amabilidad. Es un hombre de mediana edad, con gafas redondas y un aire de calma que inspira confianza. Nos invita a tomar asiento, y yo me coloco a un lado, lista para asistir en lo que sea necesario. La mujer mayor, que se presenta como la abuela paterna de Winter, comienza a hablar, y su relato nos sume a ambos en un silencio atónito.

—Mi nieta, Winter Yrenea Ojeda Rouyer, nació el 7 de diciembre de 1934 en El Triunfo, un pequeño poblado minero en Baja California Sur —comienza la abuela, con una voz firme pero cargada de preocupación—. Fue un parto prematuro, a los siete meses, y desde entonces, su vida ha sido todo menos ordinaria. Sus padres, mi hijo Gregorio Ojeda y mi nuera Ramona Rouyer, fallecieron en circunstancias trágicas cuando Winter tenía apenas dos años.

La abuela detalla la historia de Ramona, una mujer nacida en París en 1890, hija de un próspero comerciante minero francés, Gibert Rouyer Lacroix. Ramona llegó a México siendo apenas una bebé y creció en Santa Rosalía, un pueblo cercano a El Triunfo. A los dieciocho años se casó con Ernesto Fabio Wevkerley, un banquero neoyorquino, con quien tuvo dos hijos varones, Fabián y Ricardo, nacidos en 1918 y 1920 de forma respectiva. Ernesto murió en 1928 y dejó a Ramona viuda. Seis años después, en 1934, ella entonces de cuarenta y cuatro años, se casó con Gregorio, un joven de veintitrés años. De esa unión nació Winter, cuando Ramona tenía ya una edad avanzada para la maternidad.

—Winter no es como los demás niños —continúa la abuela, con un dejo de orgullo mezclado con temor—. Desde que nació,

llamó la atención. No solo por su apariencia, rubia y de ojos verdes en un pueblo donde todos son morenos, sino por lo que hacía. A los siete meses ya balbuceaba palabras; a los ocho, caminaba con firmeza y mantenía conversaciones que dejaban a todos boquiabiertos. A los tres años, sin que nadie le enseñara, aprendió a leer y escribir, e incluso enseñó a leer a varios adultos del pueblo. A los cuatro, hablaba inglés y francés con fluidez, lenguas que heredó de su madre, y tras un viaje reciente a Rusia, comenzó a aprender ruso, chino y japonés. Toca el violín como si hubiera nacido con él en las manos.

El doctor Miranda y yo intercambiamos una mirada de incredulidad. En este manicomio, estamos acostumbrados a escuchar historias de aflicción, de mentes quebradas, de personas que han perdido el rumbo. Pero esto... esto es algo único y distinto. Una niña de cinco años con habilidades tan extraordinarias suena más a un cuento de hadas que a un caso clínico. Sin embargo, la seriedad en el rostro de la abuela nos indica que no bromeaba.

—¿Hay algo más que debemos saber? —pregunta el doctor, después de un largo silencio.

La abuela asiente, y su expresión se torna aún más grave. Nos cuenta entonces lo que en realidad ha traído a Winter hasta aquí: su don, o su maldición, depende de cómo se mire. Desde muy pequeña, Winter ha demostrado una capacidad asombrosa para prever el futuro. Predijo con exactitud una inundación en Cabo San Lucas, un evento que dejó al pueblo en shock. También anunció, con una precisión escalofriante, la muerte de su propia abuela, la señora que ahora está frente a nosotros. Pero el incidente que marcó su destino ocurrió el 12 de diciembre de 1936, durante la celebración de la Virgen de Guadalupe en la iglesia del pueblo.

—Ese día, la iglesia estaba abarrotada —relata la abuela, con la voz quebrándose—. Winter, que apenas tenía dos años,

estaba con sus padres y sus hermanos. De repente, se puso histérica y gritaba que el techo se iba a caer. Tiró de la falda de su madre, rogándole que salieran. Ramona, Gregorio y los chicos obedecieron, aunque no sin desconcierto. Apenas cruzaron la puerta, el techo de la iglesia colapsó. Las veladoras encendidas provocaron un incendio que consumió todo en minutos. Cincuenta personas resultaron heridas, y veinte murieron aplastadas o quemadas.

El relato es tan vívido que siento un escalofrío. La abuela prosigue y explica cómo, al día siguiente, Ramona cometió el error de mencionar que su familia se había salvado gracias a un milagro de la Virgen. Esto desató la ira de los pobladores, quienes comenzaron a culpar a Winter, llamándola «fenómeno» y «diablo personificado». Las agresiones escalaron: piedras arrojadas a su casa, insultos, amenazas. Al final, una turba enfurecida atacó la casa de los Ojeda, rociándola con gasolina y prendiéndole fuego. Gregorio y Ramona murieron en el incendio, mientras Winter, por fortuna, estaba a salvo con su abuela en Río Hondo. Los hermanos de Winter, Fabián y Ricardo, lograron escapar, pero la tragedia marcó un antes y un después en la vida de la niña.

La abuela concluye su relato con una petición desesperada: quiere que evaluemos a Winter, que determinemos si su «don» es una enfermedad o algo más. El doctor Miranda, se notaba intrigado y accede a ingresarla para un estudio exhaustivo. Yo, por mi parte, no puedo dejar de mirar a la niña, que permanece en silencio, con esos ojos verdes que parecen ver más allá de lo que cualquier adulto podría imaginar.

Los días siguientes al ingreso de Winter transcurren en una mezcla de rutina y fascinación. Cada mañana, al cruzar la reja del manicomio, pienso en la niña, en su mirada penetrante y en las historias que su abuela nos relató. En el manicomio, el ambiente es siempre una danza entre la calma y el caos. Los pasillos, iluminados por la luz que se filtra a través de los altos ventanales, resuenan con los pasos apresurados de las enfermeras, los

murmullos de los internos y, a veces, los gritos que rompen el silencio. Pero Winter, en su pequeño cuarto en el pabellón infantil, parece existir en un mundo aparte.

El doctor Miranda, con su meticulosidad habitual, ha diseñado un plan de evaluación que incluye observaciones diarias, pruebas cognitivas y entrevistas con la niña. Yo, como jefa de enfermeras, participo en algunas de estas sesiones, y cada encuentro con Winter me deja más asombrada. Su inteligencia es deslumbrante. Durante una de las pruebas, le presentamos un libro en francés, y ella lo leyó con una fluidez que habría avergonzado a cualquier adulto. Cuando le pedimos que tocara el violín, trajo consigo un pequeño instrumento que su abuela le había proporcionado, y las notas que extrajo de él llenaron la sala de una melodía tan pura que varias enfermeras se detuvieron a escuchar, con lágrimas en los ojos.

Aunque no es solo su talento lo que me intriga. Hay algo en su forma de hablar, en la manera en que elige sus palabras, que parece trascender su edad. Durante una de nuestras conversaciones, mientras paseábamos por el jardín del manicomio, me miró de forma directa a los ojos y dijo: «Usted ha visto mucho dolor aquí, ¿verdad? Pero también ha dado mucho amor». Sus palabras me tomaron por sorpresa, y por un momento, sentí que era ella quien me evaluaba a mí.

El doctor Miranda, por su parte, está fascinado, aunque cauteloso. En una de nuestras reuniones, me confió que nunca había visto un caso como el de Winter. «No hay signos de enfermedad mental», me dijo, ajustándose las gafas. «Su mente es... extraordinaria. Sin embargo, su capacidad para prever eventos, si es real, escapa a cualquier explicación científica que podamos ofrecer». Decidimos continuar con las observaciones, pero ambos sabemos que pronto tendremos que tomar una decisión sobre su futuro.

Una semana después de su ingreso, Fabián, el hermano mayor de Winter, llegó al manicomio para recogerla. Es un joven alto, de rostro serio pero amable, que parece llevar el peso de la tragedia familiar sobre sus hombros. Los exámenes no han revelado nada anormal; al contrario, han confirmado que Winter es una niña excepcional y dotada. El doctor Miranda firmó su alta, y yo, aunque aliviada, siento una punzada de tristeza al despedirme de ella. Winter me abrazó antes de partir, y en ese breve contacto, siento una conexión que no puedo explicar.

Nota del autor:

En la madrugada del 3 de octubre de 1940, un ranchero ebrio afirmó haber sido atacado por un gato montés cerca del rancho de los Ojeda. Su relato, confuso y lleno de exageraciones, no fue tomado en serio hasta que, al amanecer, los hermanos de Winter descubrieron el cuerpo de la niña en el monte. Winter yacía descuartizada, rodeada de un charco de sangre coagulada, con un machete ensangrentado a pocos metros. Sus ojos verdes, abiertos y fijos, parecían mirar al cielo.

El cuerpo de Winter, debido a su estado, no pudo ser velado. Sus restos descansan en un modesto féretro en el cementerio de El Triunfo. En el lugar donde fue hallada, se erigió una capilla en su honor, conocida como la capilla de la niña vidente, considerada hoy la más milagrosa de Baja California Sur. Entre las muchas predicciones de Winter, se cumplió también la de la muerte de su abuela, Patricia, quien falleció poco después.

Se decía que Winter era una «saurina», una persona con un don especial, alguien que, según la creencia popular, lloró en el vientre de su madre y nació con la capacidad de sanar y prever. Su vida, breve pero intensa, dejó una marca imborrable en El Triunfo, un pueblo que nunca olvidará a la niña de ojos verdes que parecía llevar el peso del mundo en su mirada.

ACERCA DEL AUTOR

José Arturo Sarabia Campos (México, 1969) es un destacado escritor mexicano cuya trayectoria literaria se caracteriza por su versatilidad y pasión por la narrativa. Desde su juventud, mostró un profundo interés por la lectura y la escritura, actividades que, aunque en un inicio estuvieron limitadas por sus múltiples ocupaciones, se convirtieron en el eje de su carrera creativa. Con una producción que abarca diversos géneros, su obra refleja una exploración constante de las emociones humanas, los conflictos sociales y los matices de la imaginación, consolidándolo como una voz relevante en la literatura contemporánea mexicana.

Autor de once novelas, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. Este galardón no solo resalta la calidad de su escritura, sino también su capacidad para conectar con lectores a través de historias inquietantes y bien estructuradas. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

Además de su trabajo como novelista, ha participado de manera activa en antologías internacionales, lo que demuestra su compromiso con la difusión de la literatura y su integración en el panorama global. Estas colaboraciones han permitido que su obra trascienda fronteras, para conectar con audiencias de diferentes culturas y contextos. En la actualidad conformó una comunidad literaria internacional integrada por escritores de diversos países de habla hispana, con el propósito de publicar las antologías Ecos de Terror Paranormal y Ecos de Terror: Posesiones Demoníacas.

Aún sigue participando en diversos concursos literarios internacionales, donde su creatividad y dedicación siguen siendo reconocidas.

Obra protegida por derechos de autor

«El Diario de la Enfermera» es una novela histórica basada en hechos reales. La historia comienza con el hallazgo de unos cuadernos olvidados durante décadas en cajas de cartón en una librería de segunda mano. El empleado que los descubre, al hojearlos, deduce que podrían ser apuntes o, tal vez, un diario.

En estos cuadernos, una enfermera relata con detalle el día a día en el Manicomio General de La Castañeda, ubicado en el antiguo pueblo de Mixcoac, en lo que entonces era el Distrito Federal, hoy Ciudad de México, donde antes se alzaba la hacienda pulquera del mismo nombre. Inaugurado el 1 de septiembre de 1910 por el presidente Porfirio Díaz Mori, en un evento que reunió a la élite de la alta sociedad, el Manicomio fue considerado el más grande y moderno de Latinoamérica. Con una capacidad inicial para 1200 internos, llegó a albergar a más de 3500 personas —hombres, mujeres y niños— en condiciones de hacinamiento.

Durante sus 58 años de operación, atendió a más de 60,000 pacientes. Sin embargo, las denuncias por injusticias y maltratos llevaron a su cierre en 1968, bajo la «Operación Castañeda», ordenada por el presidente Gustavo Díaz Ordaz, para reubicar a los internos en hospitales psiquiátricos modernos.



Autor de once novelas y dos antologías internacionales como editor literario, las cuales destacan por su diversidad temática y estilística, donde abarca géneros como el terror, la narrativa histórica y la ficción contemporánea. Entre sus obras más reconocidas se encuentra «El Diario de la Monja», una novela que le valió el primer lugar en el género de terror en el prestigioso Reality Internacional Literario (RIL) 2024. Este galardón no solo resalta la calidad de su escritura, sino también su capacidad para conectar con lectores a través de historias inquietantes y bien estructuradas. La novela, caracterizada por su atmósfera envolvente, ha sido celebrada por su originalidad y profundidad psicológica.

ISBN 978274443968



90000

9 798274 443968

Obra protegida por derechos de autor

